

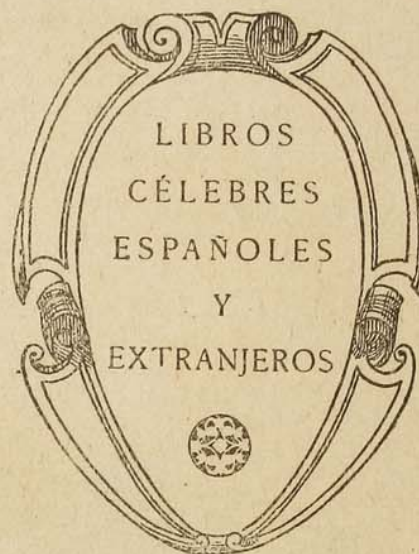
EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE



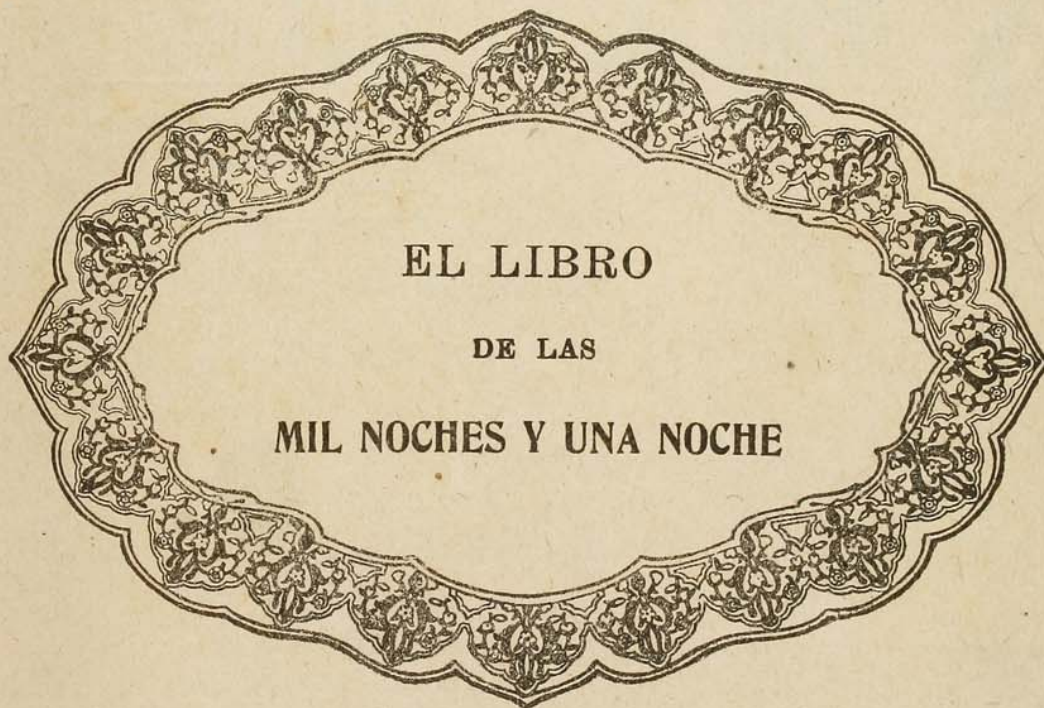
**EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA**

**TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL D.^r J.C. MARDRUS
VERSIÓN ESPAÑOLA DE
■ V. BLASCO IBAÑEZ ■
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO**

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)



Director literario: V. Blasco Ibáñez



EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE



ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL
Doctor J. C. MARDRUS

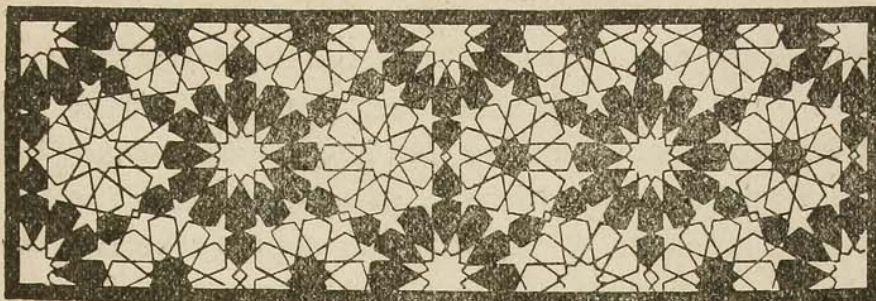
Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

TOMO DÉCIMOTERCERO

Historia de Califa y del califa.—Las aventuras
de Hassán Al-Bassri.

PROMETEO
Germanías, 33.—VALENCIA
(Published in Spain)



HISTORIA DE CALIFA Y DEL CALIFA



Y dijo Schahrazada:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y el pasado de la edad y del momento, había en la ciudad de Bagdad un hombre que era pescador de oficio y se llamaba Califa. Y era un hombre tan pobre, tan desgraciado y tan sin recursos, que no había podido reunir las escasas monedas de cobre necesarias para casarse; y así es que seguía soltero, mientras que los más pobres de los pobres tenían mujer é hijos.

Un día se echó sus redes á la espalda, como tenía por costumbre, y se fué á la orilla del agua

para arrojarlas muy de mañana, antes de que llegasen los demás pescadores. Pero las arrojó por diez veces consecutivas, sin sacar nada en absoluto. Y su despecho fué extremado en un principio; y se le oprimió el pecho, y su espíritu se hallaba perplejo; se sentó en la ribera, presa de la desesperación. Pero acabó por calmar sus malos pensamientos, y dijo: «¡Alah me perdone mi impulso! ¡Sólo hay recurso en Él! ¡Él se cuida de la subsistencia de sus criaturas, y lo que Él da no puede quitárnoslo nadie, y lo que rehusa Él nadie nos lo puede dar! Tomemos, pues, los días buenos y los malos como vengan, y aprestemos un pecho henchido de paciencia contra las desgracias. ¡Porque la mala fortuna es como el grano que no se revienta y sólo se resuelve á fuerza de cuidados pacienzudos!»

Cuando el pescador Califa se hubo reconfortado el alma con estas palabras, se levantó animosamente, y remangándose las mangas, apretándose el cinturón y levantándose la ropa, lanzó al agua sus redes tan lejos como alcanzaba su brazo, y esperó un buen rato; tras de lo cual atrajo á sí la cuerda y tiró de ella con todas sus fuerzas; pero pesaban tanto las redes, que hubo de tomar precauciones infinitas para arrastrarlas sin romperlas. Por fin lo consiguió, acarreándolas delicadamente; y cuando las tuvo delante de él, las abrió, con el corazón palpitante; pero no encontró dentro mas que un mono muy grande, tuerto y lisiado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 555.^a NOCHE**

Ella dijo:

...pero no encontró dentro mas que un mono muy grande, tuerto y lisiado.

Al ver aquello, exclamó el desgraciado Califa: «¡No hay fuerza ni poder mas que en Alah! ¡En verdad que pertenecemos á Alah y á Él volveremos! ¡Pero qué fatalidad me persigue hoy! ¿Y qué significan esta suerte desastrosa y este sino calamitoso? ¿Qué va á sucederme, pues, en este día bendito? Pero todo esto está escrito por Alah (¡exaltado sea!)» Y así diciendo, cogió al mono y le ató con una cuerda á un árbol que había en la ribera; luego tomó un látigo que llevaba consigo, y enarbolándolo en el aire, quiso emprenderla á golpes con el mono para desahogar su contrariedad. Pero de pronto el mono movió la lengua con ayuda de Alah, y de una manera elocuente, dijo á Califa: «¡Oh Califa, detén tu mano y no me pegues! ¡Déjame por el momento atado á este árbol, y ve á arrojar tu red al agua una vez más, fiándote en Alah, que te dará tu pan del día!»

Cuando Califa oyó este discurso del mono tuerto

y lisiado, contuvo su gesto amenazador y fué hacia el agua, donde arrojó su red, dejando flotar la cuerda. Y cuando quiso atraerla á sí, encontró la red más pesada todavía que la vez primera; pero tirando de ella con lentitud y precaución, consiguió llevarla á la orilla, y he aquí que halló dentro otro mono que no era tuerto ni ciego, sino muy hermoso, con los ojos prolongados con kohl, las uñas teñidas con alheña, los dientes blancos y separados por lindos intervalos, y un trasero sonrosado y no de color crudo, como el trasero de los demás monos; y llevaba ceñido al talle un traje rojo y azul, muy agradable á la vista, y pulseras de oro en las muñecas y en los tobillos, y pendientes de oro en las orejas; y se reía mirando al pescador, y guiñaba los ojos y chascaba la lengua.

Al ver aquello, exclamó Califa: «¡Por lo visto, hoy es día de monos! ¡Loores á Alah, que ha convertido en monos los pescados del agua! ¡Oh día de pez, cómo empiezas! ¡Eres cual el libro cuyo contenido se sabe al leer la primera página! Pero todo esto sólo me sucede por culpa del consejo que me dió el primer mono!» Y diciendo estas palabras, corrió hacia el mono tuerto atado al árbol, y enarboló sobre él su látigo, haciéndolo primero voltear tres veces en el aire, y gritando: «¡Mira ¡oh rostro de mal agüero! el resultado del consejo que me diste! ¡Por haberte escuchado y haber abierto mi día con el espectáculo de tu ojo tuerto y tu deformidad, heme aquí condenado á morir de fatiga y de ham-

bre!» Y le azotó en el lomo con el látigo, é iba á comenzar de nuevo, cuando le gritó el mono: «¡Oh Califa! ¡antes de pegarme, empieza por hablar á mi compañero el mono que acabas de sacar del agua! ¡Porque el trato que quieres darme ¡oh Califa! no te servirá de nada, sino al contrario! ¡Escúchame, pues, lo que te digo por tu bien!» Y muy perplejo, Califa se alejó del mono tuerto y se acercó al segundo, que le miraba llegar riendo de muy buena gana. Y le gritó el pescador: «Y tú, ¡oh rostro de pez! ¿quién eres?» Y el mono de los ojos hermosos contestó: «¡Cómo, oh Califa! ¿Es que no me conoces?» Y él dijo: «¡No, no te conozco! ¡Habla pronto, ó caerá sobre tu trasero este látigo!» Y el mono contestó: «No me parece oportuno ese lenguaje, ¡oh Califa! ¡Y mejor será que hables de otro modo, y retengas mis respuestas, que han de enriquecerte!» Entonces Califa arrojó lejos de sí el látigo, y dijo al mono: «Heme aquí dispuesto á escucharte, ¡oh señor mono, rey de todos los monos!» Y el otro dijo: «¡Has de saber, entonces, ¡oh Califa! que pertenezco á mi amo el cambista judío Abu-Saada, y que á mí me debe su fortuna y su éxito en los negocios!» Califa preguntó: «¿Y cómo es eso?» El mono contestó: «¡Sencillamente, porque yo soy la primera persona cuyo rostro mira él por la mañana y la última de quien se despide antes de marcharse á dormir!» Y al oír estas palabras, exclamó Califa: «¿Pues no es cierto el proverbio que dice: Calamitoso como el rostro del mono?»

Luego se encaró con el mono tuerto, y le gritó: «Lo oyes, ¿verdad? ¡Esta mañana tu rostro no me ha traído mas que la fatiga y la contrariedad! ¡No te ocurre lo que á este hermano tuyo!» Pero el mono de los ojos hermosos dijo: «¡Deja tranquilo á mi hermano ¡oh Califa! y escúchame por fin! Para experimentar la verdad de mis palabras, empieza, pues, por atarme al extremo de la cuerda que sujeta tus redes, y arrójalas al agua una vez más. ¡Y verás entonces si te traigo la buena suerte!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 556.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y verás entonces si te traigo la buena suerte!»

Entonces Califa hizo lo que el mono acababa de aconsejarle, y habiendo arrojado sus redes, sacó un magnífico pez tan grande como un carnero, con ojos como dos dinares de oro y escamas como diamantes. Y radiante cual si fuese el amo de la tierra y de sus dependencias, fué el pescador á llevárselo en triunfo al mono de los ojos hermosos, que le dijo: «¡Ya lo ves! Ahora ve á coger hierbas buenas y

frescas, ponlas en el fondo de tu cesto, coloca el pez encima, cúbrelo todo con una nueva capa de hierbas, échate el cesto al hombro y llévalo á la ciudad de Bagdad, dejándonos á los dos monos atados á este árbol. Y si los transeuntes te preguntan qué llevas, no les contestes una palabra. Y entrarás en el zoco de los cambistas, y en medio del zoco encontrarás la tienda de mi amo Abu-Saada el judío, jeíque de los cambistas. Y le hallarás sentado en un diván con un cojín detrás de sí y dos cajas delante, una para el oro y otra para la plata. Y verás en su casa mozos jóvenes, esclavos, servidores y empleados. Entonces te adelantarás hacia él, le pondrás delante el cesto de pescado, y le dirás: «Aquí tienes, ¡oh Abu-Saada! ¡Hoy fui de pesca, y he arrojado las redes en tu nombre, y Alah me ha enviado este pez que hay en el cesto!» Y descubrirás delicadamente el pez. Entonces te preguntará él: «¿Se lo has brindado á otro que no sea yo?» Dile: «No, ¡por Alah!» Y él cogerá el pez y te ofrecerá como precio un dinar; pero se lo devolverás. Y te ofrecerá dos dinares; pero se los devolverás. Y cada vez que te haga una oferta, la rechazarás, ¡aunque te ofreciera el peso del pez en oro! No aceptes, pues, nada de él, fíjate bien en esto. Y te dirá: «¡Dime, entonces, qué deseas!» Y le contestarás: «¡Por Alah! ¡sólo vendo el pez por dos palabras!» Y si te pregunta: «¿Cuáles son esas dos palabras?», le contestarás: «Alzate sobre tus pies, y di: «¡Sed testigos ¡oh vosotros todos los que estáis

presentes en el zoco! de que consiento en cambiar el mono de Califa el pescador por mi mono, que trueco mi suerte por su suerte y mi parte de dicha por su parte de dicha!» Y añadirás, dirigiéndote á Abu-Saada: «Tal es el precio de mi pez. ¡Porque no me importa el oro! ¡No conozco su olor, ni su sabor, ni su utilidad!» Hablarás así, ¡oh Califa! Y si el judío accede á ese trato, como seré yo propiedad tuya, todos los días muy de mañana te daré los buenos días y por la noche te daré las buenas noches; y así te traeré la buena suerte, y ganarás cien dinares al día. En cuanto á Abu-Saada el judío, inaugurará cada mañana su jornada con el espectáculo de este mono tuerto y lisiado, y tendrá la misma visión todas las noches; y cada día le afligirá Alah con un nuevo impuesto ó una carga ó una vejación; y de ese modo, al poco tiempo se arruinará, ¡y cuando no tenga ya nada entre las manos, se verá reducido á la mendicidad! ¡Así, pues, ¡oh Califa! retén bien en la memoria lo que acabo de decirte, y prosperarás y seguirás el camino recto de la dicha!»

Cuando Califa el pescador hubo oído este discurso del mono, contestó: «Acepto tu consejo, ¡oh rey de todos los monos! ¿Pero qué tengo que hacer, entonces, con ese tuerto de mal agüero? ¿Hay que dejarle atado al árbol? ¡Porque estoy muy perplejo con respecto á él! ¡Pluguiera á Alah no bendecirle nunca!» El mono contestó: «Déjale que vuelva al agua. Y déjame también á mí. ¡Es lo mejor!» Califa

contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y se acercó al mono tuerto y lisiado y le desató del árbol; y también dió libertad al mono consejero. Y al punto se echaron de dos zancadas al agua, donde se sumergieron y desaparecieron.

Entonces Califa cogió el pez, lo lavó, lo puso en el cesto encima de la hierba verde y fresca, lo cubrió con hierba asimismo, se lo echó todo al hombro, y se fué á la ciudad cantando á gritos.

Y he aquí que, cuando entró en los zocos, la gente y los transeúntes le reconocieron, y como de ordinario bromeaban con él, empezaron á preguntarle: «¿Qué llevas ahí, ¡oh Califa!?» Pero él no les contestaba y ni siquiera les miraba, y así durante todo el camino. Y llegó de tal suerte al zoco de los cambistas, y pasó las tiendas una á una hasta que llegó á la del judío. Y le vió en medio de su tienda sentado majestuosamente en un diván, teniendo dedicados á su servicio servidores numerosos de todas edades y de todos colores; ¡y parecía así un rey del Khorassán! Y tras de asegurarse de que aquel era el propio judío, Califa adelantóse entre sus manos y se detuvo. Y el judío levantó la cabeza hacía él, y dijo al reconocerle: «Comodidad y familia, ¡oh Califa! ¡Bien venido seas!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 557.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...Comodidad y familia, ¡oh Califa! ¡Bien venido seas! Y dime qué te trae y qué deseas. ¡Y si por casualidad te ha dicho malas palabras alguien ó te ha empujado ó te ha atropellado, dímelo en seguida, para que vaya yo contigo á buscar al walí y á pedirle completa reparación del daño que se te haya causado!» El aludido contestó: «¡No, por vida de tu cabeza, ¡oh jefe de los judíos y su corona! nadie me ha dicho malas palabras ni me ha empujado ni me ha atropellado, sino al contrario! Pero esta mañana salí de mi casa y me fui á la ribera y eché mis redes al agua á tu salud y en tu nombre. ¡Y las retiré y encontré dentro este pez!» Y así diciendo, abrió el cesto, sacó delicadamente de su lecho de hierbas al pez, y se lo presentó con ostentación al cambista judío. Y cuando éste vió aquel pez, lo encontró admirable, y exclamó: «¡Por el Pentateuco y los Diez Mandamientos! Sabe ¡oh pescador! que ayer, estando yo dormido, vi en sueños á la Virgen María, que se me apareció para decirme: «¡Oh Abu-Saada, mañana tendrás un regalo mío!» ¡Y he aquí que sin duda es éste el re-

galo consabído!» Luego añadió: «Dime, por tu religión, ¡oh Califa! ¿le has enseñado ó brindado este pez á otro que no sea yo?» Y Califa le contestó: «¡No, por Alah! ¡te juro por la vida de Abu-Bekr el Sincero, ¡oh jefe de los judíos y su corona! que no lo ha visto todavía nadie mas que tú!» Entonces el judío se encaró con uno de sus esclavos jóvenes, y le dijo: «¡Ven aquí! ¡Toma este pez y ve á llevarlo á casa, y dile á mi hija Saada que lo limpie, fria la mitad y ase la otra mitad, y me lo tenga todo caliente para cuando acabe yo de despachar los asuntos y pueda volver á casa!» Y para dar más fuerza á la orden, Califa dijo al mozo: «¡Sí, ¡oh mozo! recomienda bien á tu ama que no lo deje quemar, y hazle ver el hermoso color de sus agallas!» Y el mozo contestó: «Escucho y obedezco, ¡oh mi amo!» Y se fué.

¡Volvamos al judío! Ofreció con la punta de los dedos un dinar á Califa el pescador, diciéndole: «¡Toma esto para ti, ¡oh Califa! y gástalo con tu familia!» Y cuando Califa tomó instintivamente el dinar y lo vió brillar en la palma de su mano, él, que todavía no hubo visto en su vida el oro y ni siquiera sospechaba su valor, exclamó: «¡Gloria al Señor, Dueño de los tesoros y Soberano de las riquezas y de los dominios!» Luego dió algunos pasos para marcharse, pero de pronto se acordó de la recomendación del mono de los ojos hermosos, y volviendo sobre sus pasos, tiró el dinar al judío, y le dijo: «¡Coge tu oro y devuelve el pez al pobre!

¿Acaso crees que vas á burlarte impunemente de los pobres como yo?»

Cuando el judío hubo oído estas palabras, creyó que Califa quería bromear con él, y riendo mucho la ocurrencia, ¡le ofreció tres dinares en vez de uno! Pero Califa le dijo: «¡No, por Alah, basta de bromas desagradables! ¿Crees verdaderamente que voy á decidirme á vender mi pez por un precio tan irrisorio?» Entonces el judío le ofreció cinco dinares en vez de tres, y le dijo: «¡Toma estos cinco dinares como pago por tu pez, y no seas avaricioso!» Y Califa los cogió en la mano y se marchó muy contento; y miraba aquellos dinares de oro, y se maravillaba y se decía: «¡Gloria á Alah! ¡Sin duda que el califa de Bagdad no tiene en su casa tanto como tengo yo en mi mano hoy!» Y prosiguió su camino hasta que llegó al extremo del zoco. Entonces se acordó de las palabras del mono y de la recomendación que le había hecho; y volvió á casa del judío y le tiró el oro con desprecio. Y el judío le preguntó: «¿Qué quieres, pues, ¡oh Califa! y qué vienes á pedir? ¿Deseas cambiar tus dinares de oro por dracmas de plata?» El pescador contestó: «¡No quiero ni tus dracmas, ni tus dinares, sino que devuelvas el pez al pobre!»

Al oír estas palabras, se enfadó el judío; y gritó y dijo: «¿Cómo se entiende, ¡oh pescador!? ¡Me traes un pez que no vale un dinar, y te doy por él cinco dinares, y no te quedas satisfecho! ¿Estás loco? ¿Quieres, si no, decirme al fin el precio á que de-

seas cedérmelo?» Califa contestó: «¡No quiero cederlo por plata ni por oro, sino que quiero venderlo por dos palabras solamente!» Cuando el judío oyó que era cuestión de dos palabras, creyó que se trataba de las dos palabras que sirven de fórmula para la profesión de fe del Islam, y que el pescador le pedía que abjurase de su religión por un pez. Así es que la cólera y la indignación hicieron que se le abrieran los ojos hasta lo más alto de su cabeza, y se le paró la respiración, y se le agrietó el pecho, y le rechinaron los dientes; y exclamó: «¡Oh recortadura de uña de los musulmanes! ¿acaso quieres con tu pez separarme de mi religión y hacerme abjurar mi fe y mi ley, las que profesaron mis padres antes que yo?» Y llamó á sus servidores, que acudieron entre sus manos, y les gritó: «¡Maldición! ¡Sus, y á ese rostro de pez, y cogédmele por la nuca y azotadle concienzudamente hasta sacarle tiras de la piel! ¡Y no le perdonéis!

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 558.^a NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y no le perdonéis!» Y al punto los servidores le derribaron á palos, y no cesaron de golpearle hasta que rodó por los escalones de la tienda. Y el judío les dijo: «¡Dejadle levantarse ahora!» Y Califa se irguió sobre sus pies, á pesar de los golpes recibidos, como si no hubiese sentido nada. Y el judío le preguntó: «¿Quieres decirme ahora el precio que pretendes recibir por tu pez? ¡Estoy dispuesto á dártelo para acabar ya! ¡Y medita acerca del trato nada envidiable que acabas de sufrir!» Pero Califa se echó á reir y contestó: «¡No tengas ningún temor por mí ¡oh amo mío! en cuanto á los palos, porque puedo soportar tantos golpes como granos de cebada podrán comerse diez asnos á la vez! No me han impresionado lo más mínimo.» Y el judío también se echó á reir de estas palabras, y le dijo: «¡Por Alah sobre ti, dime lo que deseas, y te juro por la verdad de mi fe que te lo concederé!» Entonces contestó Califa: «¡Ya te lo he dicho! ¡Por este pez pido dos palabras solamente! ¡Y no vayas á creer de nuevo que se trata de pronunciar nuestro acto de fe musulmán! Porque, por Alah, ¡oh judío! si te haces musulmán, tu isla-

mismo no tendrá ninguna ventaja para los musulmanes y ninguna desventaja para los judíos; y si, por el contrario, te obstinas en permanecer en tu fe impía y en tu error de descreído, tu descreimiento no tendrá ninguna desventaja para los musulmanes ni ninguna ventaja para los judíos. ¡Las dos palabras que te pido no tienen que ver nada con eso! Deseo que te levantes sobre ambos pies y digas: «Sed testigos de mis palabras, ¡oh habitantes del zoco, oh mercaderes de buena fe! ¡Por voluntad propia consiento en cambiar mi mono por el mono de Califa, y en trocar mi suerte y mi sino de este mundo por su suerte y su sino, y mi dicha por su dicha!»

Al oír este discurso del pescador, le dijo el judío: «¡Si se reduce á eso tu demanda, la cosa es fácil para mí!» Y en aquella hora y en aquel instante, se irguió sobre ambos pies y dijo las palabras que le había pedido Califa el pescador. Tras de lo cual se encaró con él, y le preguntó: «¿Tienes que hacer algo más en mi casa?» Califa contestó: «¡No!» El judío le dijo: «¡Entonces, vete tranquilo!» Y sin más tardanza, se levantó Califa, cogió su cesto vacío y sus redes y volvió á la ribera.

Entonces, confiando en la promesa del mono de los ojos hermosos, arrojó sus redes al agua, las sacó luego, aunque con grandes dificultades, pues pesaban mucho, y las encontró llenas de peces de todas las especies. Y al punto pasó por junto á él una mujer que llevaba en equilibrio sobre su cabeza

una bandeja, y que le pidió un dinar de pescado; y se lo vendió él. Y también acertó á pasar por allí un esclavo, que le tomó otro dinar de pescado. ¡Y así sucesivamente, hasta que hubo vendido aquel día por valor de cien dinares! Triunfante entonces en el límite del triunfo, cogió sus cien dinares, y entró en el miserable albergue donde vivía, cerca del mercado de pescado. Y cuando llegó la noche, se sintió él muy inquieto por todo aquel dinero que poseía, y dijo para sí antes de echarse á dormir en su estera: «¡Oh Califa, todo el mundo en el barrio sabe que eres un pobre hombre, un desgraciado pescador que no tiene nada entre las manos! ¡Pero hete aquí ahora convertido en poseedor de cien dinares de oro! Y va á saberlo la gente, y también acabará por saberlo el califa Harún Al-Rachid, y un día que ande escaso de dinero, enviará á tu casa los guardias, para decirte: «Tengo necesidad de tanto dinero, y he sabido que tenías en tu casa cien dinares. ¡Y vengo á que me los prestes!» Entonces yo tomaré una actitud muy lamentable, y me quejaré golpeándome el rostro, y contestaré: «¡Oh Emir de los Creyentes, soy un pobre que no tiene nada! ¿Cómo iba yo á tener suma tan fabulosa? ¡Por Alah! que quien te lo contó es un insigne embustero! ¡Jamás tuve, ni tendré, semejante suma!» Entonces, para sacarme mi dinero y hacerme declarar el sitio en que lo he ocultado, me entregará al jefe de policía Ahmad-la-Tiña, que mandará que me desnuden y me den

una paliza hasta que declare y le entregue los cien dinares. Pero ahora pienso que lo mejor que puedo hacer para salir de este atolladero es no declarar. ¡Y para no declarar, es preciso que acostumbre mi piel á los golpes, aunque (¡loado sea Alah!) está ya bastante curtida! ¡Pero es necesario que lo esté del todo, no vaya á ser que mi delicadeza nativa no resista á los golpes y me obligue á hacer lo que no desea mi alma!»

Tras de pensar así, Califa no dudó ya más, y puso en ejecución el proyecto que le sugería su alma de tragador de haschich. Se levantó, pues, al instante, se quedó completamente desnudo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 559.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de pensar así, Califa no dudó ya más, y puso en ejecución el proyecto que le sugería su alma de tragador de haschich. Se levantó, pues, al instante, se quedó completamente desnudo, y cogió una almohada de piel que tenía, y la colgó de un clavo frente á él en la muralla; luego, asiendo un látigo de ciento ochenta nudos, empezó á dar al-

ternativamente un latigazo en su piel y otro latigazo en la piel de la almohada, y á lanzar al propio tiempo grandes gritos, como si ya estuviese en presencia del jefe de policía y se viese obligado á defenderse de la acusación. Y gritaba: «¡Huy! ¡Ay! ¡Por Alah, que es mentira, mi señor! ¡Huy! ¡una mentira manifiesta! ¡Ay! ¡Huy! ¡palabras de perdición contra mí! ¡Oh! ¡oh! ¡con lo delicado que soy! ¡Todos embusteros! ¡Yo soy un pobre! ¡Alah! ¡Alah! ¡un pobre pescador! ¡No poseo nada! ¡Huy! ¡ninguno de los bienes despreciables de este mundo! ¡Sí, poseo! ¡no, no poseo! ¡Sí, poseo! ¡no, no poseo!» Y continuó administrándose de aquella manera aquel remedio, dando sobre su piel un latigazo y otro en la almohada; y cuando se hacía demasiado daño, olvidaba su turno y daba en la almohada dos golpes seguidos; y acabó por no darse ya mas que un latigazo de cada tres, luego de cada cuatro, luego de cada cinco.

¡Eso fué todo!

Y los vecinos y los mercaderes del barrio, que oían resonar en la noche los gritos y los golpes, acabaron por conmoverse, y se dijeron: «¿Qué le habrá ocurrido á ese pobre mozo para que grite de esa manera? ¿Y qué golpes serán esos que llueven sobre él? ¡Acaso le hayan sorprendido unos ladrones y le peguen hasta hacerle morir!» Y entonces, como los gritos y los aullidos aumentaban, y los golpes se hacían más numerosos cada vez, salieron de sus casas todos y corrieron á casa de

Califa. Pero como encontraron cerrada la puerta, se dijeron: «¡Los ladrones han debido entrar en su casa por el otro lado, bajando por la terraza!» Y subieron á la terraza contigua y desde allí saltaron á la terraza de Califa, y bajaron á la casa por el tragaluz del techo. ¡Y le hallaron solo y todo desnudo, dedicado á darse latigazos alternados y á lanzar al mismo tiempo aullidos y protestas de inocencia! ¡Y se revolvía como un efrit, saltando sobre sus piernas!

Al ver aquello, los vecinos le preguntaron, estupefactos: «¿Qué te pasa, Califa? ¿Y por qué haces eso? ¡Los golpes y los aullidos que oímos han puesto en conmoción á todo el barrio y no nos han dejado dormir! ¡Y henos aquí con los corazones agitados tumultuosamente!» Pero Califa les gritó: «¿Qué queréis de mí? ¿Es que no soy dueño de mi piel y no puedo en paz acostumbrarla á los golpes? ¿Acaso sé lo que puede reservarme el porvenir? ¡Idos, buena gente! ¡Mejor será que hagáis como yo y os deis el mismo trato! ¡No estáis más al abrigo que yo de las exacciones y de las vejaciones!» Y sin reparar más en su presencia, Califa continuó aullando bajo los golpes que resonaban en su almohada, haciéndose la ilusión de que iban á parar á su propia piel.

Entonces, los vecinos, al ver aquello, se echaron á reir de tal manera, que se cayeron de trasero, y acabaron por marcharse como habían ido.

En cuanto á Califa, se cansó al cabo de cierto

tiempo; pero no quiso cerrar los ojos por temor á los ladrones, pues estaba muy preocupado con su reciente fortuna. Y por la mañana, antes de ir á su trabajo, todavía pensaba en sus cien dinares, y se decía: «Si los dejo en mi albergue, sin duda me los robarán; si los guardo en mi cinturón, se dará cuenta de ello algún ladrón, que se pondrá al acecho en algún paraje solitario para esperar á que yo pase, y saltará sobre mí, me matará y me robará. ¡Voy á hacer algo mejor que todo eso!» Entonces se levantó, partió en dos su capote, confeccionó un saco con una de las mitades, y guardó el oro en el saco, que se colgó al cuello con un cordel. Tras de lo cual cogió sus redes, su cesto y su cayado, y se encaminó á la ribera. Y llegado que fué allá, cogió sus redes y las arrojó al agua con toda la fuerza de su brazo. Pero el movimiento que hizo fué tan brusco y tan violento, que saltó de su cuello el saco de oro y siguió á las redes en el agua; y la fuerza de la corriente lo arrastró lejos por las profundidades.

Al ver aquello, Califa abandonó sus redes, se desnudó en un abrir y cerrar de ojos, tirando sus vestidos en la ribera, saltó al agua y se sumergió en busca de su saco; pero no consiguió dar con él. Entonces se metió en el agua por segunda vez y por tercera vez, y así sucesivamente hasta cien veces, pero en vano. Entonces, desesperado y en el límite de sus fuerzas, ganó la ribera y quiso vestirse; pero observó que sus ropas habían desapare-

cido, y no encontró mas que su red, su cesto y su cayado. Entonces se golpeó las manos una contra otra, y exclamó: «¡Ah, viles forajidos, que me han robado mi ropal! Pero todo esto me sucede sólo por hacer cierto el proverbio que dice: «¡No acaba para el camellero la peregrinación mas que cuando ha horadado á su camello!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 560.^a NOCHE

Ella dijo:

...«¡No acaba para el camellero la peregrinación mas que cuando ha horadado á su camello!» Y se decidió entonces á envolverse en su red, á falta de otra cosa; luego empuñó su cayado, y con el cesto á la espalda, empezó á recorrer la ribera á grandes zancadas, yendo de un lado á otro, de derecha á izquierda, de delante atrás, jadeante y desordenado y rabioso como un camello en celo, ¡y de todo punto semejante á un efrit rebelde que se hubiese escapado de la estrecha prisión de bronce en que le tenía encerrado Soleimán.

¡Y tal es lo referente á Califa el pescador!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe al califa Ha-

rún Al-Rachid, que también toma parte en esta historia!

En aquel tiempo había en Bagdad, en calidad de hombre de negocios y joyero del califa, un individuo muy notable, que se llamaba Ibn Al-Kirnas. Y era un personaje tan importante en el zoco, que cuanto se vendía en Bagdad de telas hermosas, joyas, objetos preciosos, mozos y jóvenes, no se vendía mas que por mediación suya ó después de haber pasado por sus manos ó haberlo sometido á su informe. Y un día entre los días, que Ibn Al-Kirnas estaba sentado en su tienda, vió ir hacia él al jefe de los corredores, que llevaba de la mano á una joven como jamás la había admirado nadie, pues llegaba al límite de la belleza, de la elegancia, de la finura y de la perfección. Y además de los encantos que atesoraba en sí, aquella joven conocía todas las ciencias, las artes, la poesía, el manejo de instrumentos armónicos, el canto y la danza. Así es que Ibn Al-Kirnas no vaciló en comprarla acto seguido por cinco mil dinares de oro; y después de vestirla con ropas que valían mil dinares, se la presentó al Emir de los Creyentes. Y pasó ella la noche con el califa. Y pudo éste poner á prueba por sí mismo entonces sus aptitudes y sus conocimientos variados. Y la encontró experta en todo y sin igual en la época. Se llamaba la joven Fuerza-de-los-Corazones, y era morena y de lozana piel.

De modo que, encantado de su nueva esclava,

el Emir de los Creyentes envió al día siguiente á Ibn Al-Kirnas diez mil dinares como pago de la compra. Y sintió por la joven una pasión tan violenta, y de tal modo quedó subyugado su corazón, que desdeñó á su prima Sett Zobeida, hija de Al-Kassim; y abandonó á todas sus favoritas; y permaneció encerrado con la esclava un mes entero, sin salir mas que para la plegaria del viernes y regresando inmediatamente á toda prisa. Así es que á los señores del reino les pareció la cosa demasiado grave para que se prolongara por más tiempo, y fueron á exponer sus quejas al gran visir Giafar Al-Barmaki. Y Giafar les prometió poner pronto remedio á aquel estado de cosas, y esperó á la plegaria del viernes siguiente para ver al califa. Y entró entonces en la mezquita y tuvo una entrevista con él, y durante largo rato pudo hablarle de las aventuras de amor y de sus consecuencias. Y después de escucharle sin interrumpirle, le contestó el califa: «¡Por Alah, ¡oh Giafar! para nada intervine en esta historia y en esta elección, y la culpa es de mi corazón, que dejóse prender en las redes del amor, sin que yo sepa cómo libertarle de ellas!» Y contestó el visir Giafar: «Piensa ¡oh Emir de los Creyentes! en que tu favorita Fuerza-de-los-Corazones estará siempre entre tus manos sometida á tus órdenes como una esclava entre tus esclavas, y ya sabes que cuando la mano posee, el alma deja de codiciar. Además, quiero indicarte un medio para que tu corazón no se canse de la favorita:

consiste en alejarte de ella de cuando en cuando, marchándote, por ejemplo, de caza ó de pesca, ¡porque es posible que las redes de pescar libren á tu corazón de las otras redes en que el amor hubo de apresarte! ¡Mejor será esto que empezar en seguida á ocuparte de los asuntos de gobierno, pues en la situación en que te encuentras te aburriría demasiado ese trabajo!» Y contestó el califa: «Excelente es tu idea, ¡oh Giafar! ¡Vámonos de paseo sin tardanza ni dilación!» Y en cuanto terminaron las plegarias, abandonaron la mezquita, montó en su mula cada cual, y se pusieron á la cabeza de su escolta, saliendo de la ciudad y caminando por los campos.

Después de haber errado mucho tiempo de un lado para otro en las horas de calor, acabaron por dejar á distancia tras ellos á su escolta, distraídos con la conversación; y Al-Rachid sintió una sed atroz, y dijo: «¡Oh Giafar, me tortura una sed muy grandel» Y miró en todos sentidos á su alrededor, buscando alguna vivienda, y divisó á lo lejos una cosa que se movía en lo alto de una colina, y preguntó á Giafar: «¿Ves algo que veo yo allá lejos?» El otro contestó: «Sí, ¡oh Comendador de los Creyentes! veo en lo alto de una colina una cosa vaga. ¡Debe ser algún jardinero ó un sembrador de cohombros! ¡De todos modos, como sin duda hay agua por allá, echaré á correr para traértela!» Al-Rachid contestó: «¡Mi mula es más veloz que tu mula! ¡Quédate aquí esperando á nuestra escolta,

mientras yo mismo voy á que me dé de beber ese jardinero, y vuelvo en seguida!» Y así diciendo, Al-Rachid guió su mula en aquella dirección, y se alejó con la rapidez de un viento tempestuoso ó de un torrente que cayera desde lo alto de una roca; y en un abrir y cerrar de ojos, alcanzó á la persona consabida, que no era otra que Califa el pescador. Y le vió desnudo y trabado en sus redes, y con los ojos enrojecidos, desorbitados y asustados, y con un aspecto horrible á la vista. Y de tal modo se asemejaba el pescador á uno de esos efrits malhechores que rondan por los lugares desiertos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 561.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y de tal modo se asemejaba el pescador á uno de esos efrits malhechores que rondan por los lugares desiertos. Y Harún le deseó la paz, y Califa correspondió al deseo, renegando y lanzándole una mirada llameante. Y Harún le dijo: «¡Oh hombre! ¿puedes darme un sorbo de agua?» Y Califa le contestó: «¡Oh tú! ¿eres ciego ó estás loco? ¿No ves correr el agua detrás de esta colina?» Entonces Ha-

rún dió la vuelta á la colina y fué á parar al Tigris, donde apagó su sed tendiéndose de bruces, y también hizo beber á su mula. Luego volvió junto á Califa, y le dijo: «¿Qué haces aquí, ¡oh hombre! y cuál es tu oficio?» Califa contestó: «En verdad que esa pregunta es todavía más extraña y más extraordinaria que la concerniente al agua. ¿Acaso no ves en mis hombros el aparejo de mi oficio?» Y al ver la red, le dijo Harún: «¡Sin duda eres pescador!» El otro dijo: «¡Tú lo has dicho!» Y Harún le preguntó: «¿Pero qué hiciste de tu ropón, de tu camisa y de tu saco?» Al oír estas palabras, Califa, que había perdido los diversos objetos que acababa de nombrar Al-Rachid, no dudó un instante de que tenía en su presencia al propio ladrón que se los había quitado en la playa, y precipitándose como un relámpago sobre Al-Rachid desde lo alto de la colina, asió por la brida á la mula, exclamando: «¡Devuélveme mis efectos y pon fin á esta broma de mal género!» Harún contestó: «¡Por Alah, que no he visto tus ropas ni sé de qué quieres hablar!» Y he aquí que, como es sabido, Al-Rachid tenía las mejillas gordas y abultadas y la boca muy pequeña. De modo que, al mirarle con más atención, Califa creyó que era un tañedor de clarinete, y le gritó: «¿Quieres ó no, ¡oh tañedor de clarinete! devolverme mis efectos, ó prefieres que te haga bailar á palos y orinarte en tus vestidos?»

Cuando el califa vió suspendido sobre su cabeza el enorme garrote del pescador, se dijo: «¡Por

Alah, que no podré soportar la mitad de un garrotazo de ese palo!» Y sin vacilar más, se quitó su hermoso traje de raso, y ofreciéndoselo á Califa, le dijo: «¡Oh hombre, toma este traje para reemplazar con él los efectos que perdiste!» Y Califa tomó el traje, le dió vueltas en todos sentidos, y dijo: «¡Oh tañedor de clarinete! mis efectos valen diez veces más que este traje tan mal adornado.» Al-Rachid dijo: «¡Bueno! ¡pero pónitelo, á pesar de todo, mientras busco tus efectos!» Y Califa lo cogió y se lo puso; pero, pareciéndole demasiado largo, empuñó su cuchillo, que estaba enganchado en el asa del cesto de pesca, y de un tajo cortó todo el tercio inferior del vestido, sirviéndose de aquel retazo para confeccionarse al punto un turbante, mientras el traje apenas le llegaba á las rodillas; sin embargo, él lo prefería así para poder moverse con facilidad. Luego se encaró con el califa, y le dijo: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh tañedor de clarinete! dime cuántos ingresos te produce al mes tu oficio!» El califa contestó, sin atreverse á contrariar á su interpelante: «¡Mi oficio de tañedor de clarinete me produce unos diez dinares al mes!» Y dijo Califa, con un gesto de conmiseración profunda: «¡Por Alah ¡oh pobre! que me entristece tu suerte! Porque esos diez dinares los gano yo en una hora, sin más que echar mi red y sacarla; pues tengo en el agua un mono que se ocupa de mis intereses, y se encarga de empujar los peces hacia mis redes cada vez que las echo. ¿Quieres, pues, ¡oh mejillas abul-

tadas! entrar á mi servicio para que yo te enseñe el oficio de pescador y llegar á ser un día mi socio en la ganancia, empezando primero por ganar cinco dinares diarios como ayudante mío? ¡Y además, te aprovecharás de la protección de este garrote contra las exigencias de tu antiguo maestro de clarinete, al cual me encargo yo de derrengar con un solo garrotazo, si lo necesitas!» Y Al-Rachid contestó: «¡Acepto la proposición!» Califa dijo: «¡Entonces apéate de la mula y sujétala á cualquier parte, á fin de que pueda servirnos para llevar el pescado al mercado cuando sea preciso! ¡Y ven pronto, para empezar tu aprendizaje de pescador!»

Entonces, el califa, suspirando con toda el alma y lanzando en torno suyo miradas inquietas, se apeó de su mula, la ató cerca de allí, se remangó lo que le quedaba de ropa y sujetó á su cinturón la orla de su camisa, yendo á situarse junto al pescador, que le dijo: «¡Oh tañedor de clarinete, toma esta red, échatela al brazo de *tal* manera, y lánzala al agua de *tal* otra manera!» Y Al-Rachid hizo con su corazón un llamamiento á todo el valor de que se sentía capaz, y ejecutando lo que le ordenaba Califa, arrojó la red al agua, y al cabo de algunos instantes quiso retirarla; pero la encontró tan pesada, que no pudo conseguirlo solo, y Califa se vió obligado á ayudarle; y entre los dos la atrajeron á la orilla, en tanto que Califa gritaba á su ayudante: «¡Oh clarinete de mi zib! ¡si, por des-

gracia, noto que se ha roto ó estropeado mi red con las piedras del fondo, te horadaré! ¡Y lo mismo que tú me cogiste mi ropa, te cogeré tu mula!» ¡Pero, felizmente para Harún, la red estaba intacta y llena de peces hermosísimos! De no ser así, Harún sin duda se habría visto ensartado por el zib del pescador, ¡y sólo Alah sabe cómo hubiera podido soportar semejante carga! ¡Sin embargo, no pasó nada! Por el contrario, el pescador dijo á Harún: «¡Oh clarinetel eres muy feo, y tu cara se parece exactamente á mi trasero; pero ¡por Alah! que si te fijas bien en tu nuevo oficio, llegará día en que seas un pescador extraordinario!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 562.ª NOCHE

Ella dijo:

...«¡Oh clarinetel eres muy feo, y tu cara se parece exactamente á mi trasero; pero ¡por Alah! que si te fijas bien en tu nuevo oficio, llegará día en que seas un pescador extraordinario! Por ahora, lo mejor que puedes hacer es montar otra vez en tu mula é ir al zoco á comprarme dos cestos grandes, para que ponga yo en ellos lo que no cabe

aquí de esta pesca prodigiosa; y me quedaré guardando el pescado hasta que regreses. Y no te preocupes por más, pues aquí tengo el peso de la pesca, las pesas y todo lo necesario para la venta al por menor. Y cuando lleguemos al zoco del pescado, toda tu obligación se reducirá á sostenerme el peso y á cobrar el dinero á los parroquianos. Pero date prisa á comprarme corriendo los dos cestos. ¡Y cuidado con holgazanear, si no quieres que el garrote te mida las costillas!» Y el califa contestó: «¡Escucho y obedezco!» Luego se apresuró á desatar su mula y á montar en ella para ponerla á galope tendido; y muriéndose de risa, fué al encuentro de Giafar, quien al verle ataviado de tan extraña manera, alzó los brazos al cielo y exclamó: «¡Oh Comendador de los Creyentes! ¡sin duda en contraste en tu camino algún jardín ameno, en donde te acostate y te revolcaste por la hierba!» Y el califa se echó á reir al oir estas palabras de Giafar. Luego, los demás Barmecidas de la escolta, que eran parientes de Giafar, besaron la tierra entre las manos del califa, y dijeron: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡ojalá Alah prolongue sobre tí las alegrías y aleje de tí las preocupaciones! ¿Pero cuál es la causa que te retuvo alejado tanto tiempo de nosotros, si sólo nos dejaste para beber un sorbo de agua?» Y el califa les contestó: «¡Acaba de ocurrirme una aventura prodigiosa, de las más dilatadoras y de las más extraordinarias!» Y les contó lo que le había ocurrido con Califa el pescador, y

cómo, para reemplazar los vestidos de cuyo robo se le acusaba, le había dado en cambio su traje de raso labrado. Entonces exclamó Giafar: «¡Por Alah ¡oh Emir de los Creyentes! que cuando te vi alejarte completamente solo tuve como un presentimiento de lo que iba á ocurrirte! ¡Pero no es grande el daño, pues ahora mismo voy á rescatar del pescador ese traje que le diste!» El califa se echó á reir más fuerte todavía, y dijo: «¡Debiste pensarlo antes, ¡oh Giafar! porque el bueno del hombre ha cortado ya un tercio del vestido para ajustárselo á la cintura, y se ha hecho un turbante con el retazo! Pero ¡oh Giafar! bastante ha sido ya esta pesca, y no tengo gana de emprender otra vez semejante tarea. ¡Y por cierto que he pescado de una vez tanto, que me dispensa de tener mejor éxito en lo futuro, pues la pesca que salió de mi red es de una abundancia milagrosa, y allá en la orilla queda guardada por mi amo Califa, que no espera mas que mi regreso con los cestos para ir al zoco á vender el producto de mi redada!» Y dijo Giafar: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡voy, entonces, á hacer que afluayan á vosotros dos los compradores!» Harún exclamó: «¡Oh Giafar! ¡por los méritos de mis antepasados los Puros, prometo un dinar por cada pez á los que compren de mi pesca á mi amo Califa!»

A la sazón, Giafar llamó á los guardias de la escolta: «¡Eh, guardias é individuos de la escolta, corred á la ribera y procurad traer pescado al

Emir de los Creyentes!» Y al punto todos los de la escolta echaron á correr hacia el paraje indicado, y se encontraron con Califa guardando su pesca; y le rodearon cual gavilanes que cercaran una presa, y arrebataron los peces amontonados delante de él, disputándoselos, aunque el garrote de Califa se agitaba amenazador. Y á pesar de todo, quedó Califa vencido por la mayoría, y exclamó: «¡Sin duda no es del Paraíso este pescado!» Y á fuerza de garrotazos consiguió salvar del saqueo los dos peces más hermosos de la pesca; y los cogió, cada uno con una mano, y se refugió en el agua para escapar de los que creía bandoleros salteadores de caminos. Y ya en el agua, alzó sus manos con un pez en cada una, y exclamó: «¡Oh Alah! ¡por los méritos de estos peces de tu Paraíso, haz que no tarde en llegar mi socio el tañedor de clarinete!»

Y he aquí que, pronunciada esta invocación, un negro de la escolta, que se había retrasado á los demás porque su caballo se paró en el camino para orinar, llegó á la ribera el último, y no viendo ya huella de pescado, miró á derecha y á izquierda y divisó en el agua á Califa con un pez en cada mano. Y le gritó: «¡Oh pescador, ven aquí!» Pero Califa contestó: «Vuelve la espalda, ¡oh tragador de zib!» Al oír estas palabras, el negro levantó su lanza en el límite del furor, y apuntando con ella á Califa, le gritó: «¿Quieres venir aquí y venderme esos dos peces al precio que te parezca, ó prefieres recibir esta lanza en el costado?» Y Califa

le contestó: «No tires, ¡oh bribón! ¡Mejor será darte el pescado que perder la vida!» Y salió del agua y arrojó con desdén los dos peces al negro, que los recogió y los puso en su pañuelo de seda ricamente bordado; luego se llevó la mano al bolsillo para sacar dinero, pero lo encontró vacío; y dijo al pescador: «¡Por Alah, que no tienes suerte, ¡oh pescador! pues al presente no llevo en el bolsillo ni un solo dracma! Pero ves mañana al palacio y pregunta por el negro eunuco Sándalo. Y los servidores te llevarán á mi presencia, y en mí hallarás una acogida generosa y lo que la suerte te haya deparado, ¡y luego te irás por tu camino!» Y sin atreverse á protestar, Califa lanzó al eunuco una mirada que decía más que mil insultos ó mil amenazas de horadación ó fornicación con la madre ó la hermana del interesado, y se alejó en dirección á Bagdad, golpeándose una contra otra las manos, y diciendo, con un tono de amargura y de ironía: «¡He aquí, en verdad, un día que desde sus albores está siendo bendito entre todos los días benditos de mi vida! ¡No cabe duda!» Y de tal modo franqueó los muros de la ciudad, y llegó á la entrada de los zocos.

Y cuando los transeuntes y los tenderos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 563.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y cuando los transeuntes y los tenderos vieron que el pescador Califa, no obstante llevar á la espalda sus redes, su cesto y su garrote, iba vestido con un traje y tocado con un turbante que entre ambos valdrian muy bien mil dinares, se agruparon en torno suyo y echaron á andar detrás de él para enterarse de la cosa, hasta que el pescador acertó á pasar por delante de la tienda del propio sastre del califa. Y desde la primera ojeada que echó á Califa, el sastre reconoció en el traje que llevaba aquel hombre el mismo que entregó él hacía poco al Comendador de los Creyentes. Y gritó al pescador: «¡Oh Califa! ¿de dónde te ha venido ese traje que llevas?» Y Califa, de muy mal humor, le contestó midiéndole con la mirada: «¿Y qué te importa eso á ti, impúdico con cara de excremento? Sabe, sin embargo, para que veas que no oculto nada, que este traje me lo ha dado el aprendiz á quien enseñó á pescar y que ahora es mi ayudante. ¡Y me lo ha dado para que no le cortaran la mano como consecuencia del robo de que se ha hecho culpable al quitarme mis efectos!»

Al oír estas palabras, el sastre comprendió que

el califa se habría encontrado al pescador durante su paseo y le habría embromado de aquel modo para reírse de él. Y dejó á Califa continuar en paz su camino y llegar á su casa, donde mañana le encontraremos.

Pero tiempo es ya de saber lo que pasó en palacio durante la ausencia del califa Harún Al-Rachid. Pues bien; pasaron allí cosas de extrema gravedad.

En efecto, sabemos que el califa no había salido de su palacio con Glafar mas que para tomar un poco el aire por los campos y distraerse por un momento de su pasión extremada hacia Fuerza-de-los-Corazones. Pero no era sólo á él á quien torturaba aquella pasión hacia la esclava. Su esposa y prima Sett Zobeida, desde que se presentó en palacio aquella joven que llegó á ser la favorita exclusiva del Emir de los Creyentes, no podía ya comer, ni beber, ni dormir, ni nada, de tan llena como tenía el alma de los celos que sienten de ordinario las mujeres hacia sus rivales. Y para vengarse de aquella afrenta continua que la humillaba á sus propios ojos y á los ojos de quienes la rodeaban, no aguardaba mas que una ocasión, bien una ausencia fortuita del califa, bien un viaje, bien una ocupación cualquiera, que le permitiese obrar con libertad. Así es que en cuanto supo que el califa había salido para ir de caza y de pesca, hizo preparar en sus habitaciones un festín suntuoso, en el cual no faltaban bebidas ni bandejas de porcelana llenas de confituras y pas-

teles. Y mandó á invitar con gran ceremonia á la favorita Fuerza-de-los-Corazones, haciendo que le dijeran las esclavas: «Nuestra ama Sett Zobeida, hija de Kassem, esposa del Emir de los Creyentes, te invita hoy á un festín que da en tu honor, ¡oh nuestra ama Fuerza-de-los-Corazones! Porque ha tomado hoy cierto medicamento, y como para que surta mejor sus efectos es preciso que se regocije el alma y dé reposo al espíritu, ella cree que el mejor reposo y la alegría mejor no pueden proporcionárselos mas que tu presencia y tus cantos maravillosos, de los que ha oído hablar con admiración al califa. ¡Y tiene muchas ganas de juzgar por sí misma!» Y Fuerza-de-los-Corazones contestó: «¡El oído y la obediencia son para Alah y para nuestra ama Sett Zobeida!» Y se levantó en aquella hora y en aquel instante; y no sabía lo que le reservaba el Destino en sus designios misteriosos. Y llevó consigo los instrumentos musicales que necesitaba, y acompañó al jefe eunuco á las habitaciones de Sett Zobeida.

Cuando estuvo en presencia de la esposa del califa, besó la tierra entre sus manos varias veces; luego se levantó, y con una voz infinitamente deliciosa, dijo: «¡La paz sobre la cortina levantada y el velo sublime de este harem, sobre la descendiente del Profeta y heredera de la virtud de los Abbasidas! ¡Pluguiera á Alah prolongar la dicha de nuestra ama mientras el día y la noche se sucedan uno á otro!» Y habiendo dicho este cumpli-

miento, retrocedió hasta colocarse en medio de las demás mujeres y esclavas.

Entonces, Sett Zobeida, que estaba echada en un amplio diván de terciopelo, alzó los ojos lentamente hacia la favorita y la miró con fijeza. Y quedó deslumbrada de la belleza que veía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 564.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y quedó deslumbrada de la belleza que veía en aquella joven perfecta, que tenía cabellos de noche, mejillas cual corolas de rosas, granadas en vez de senos, ojos brillantes, párpados lánguidos, una frente resplandeciente y un rostro de luna. Y sin duda debía salir el sol tras la franja de su frente, y las tinieblas de la noche se espesarían con su cabellera; el almizcle no debiera sacarse mas que de su aliento perfumado, y las flores le eran deudoras de su gracia y sus perfumes; la luna sólo brillaba cuando la arrebatava el resplandor de su frente; la rama sólo se balanceaba imitando el balanceo de su talle, y las estrellas sólo titilaban en sus ojos; el arco de los guerreros no era mas que

un remedo de sus cejas, y el coral de los mares enrojecía en sus labios nada más. ¡Si se irritaba ella, caían sin vida en tierra sus amantes! ¡Si ella se apaciguaba, las almas devolvían la vida á los cuerpos inanimados! Si lanzaba una mirada, hechizaba y sometía á su imperio ambos mundos. ¡Porque en verdad que era un milagro de belleza, honor de su tiempo y gloria de Quien la había creado y perfeccionado!

Cuando Sett Zobeida la admiró y detalló, le dijo: «¡Comodidad, amistad y familia! Bien venida seas entre nosotros, ¡oh Fuerza-de-los-Corazones! ¡Siéntate y diviértenos con tu arte y con los primores de tu ejecución!» Y contestó la joven: «¡Escucho y obedezco!» Luego se sentó, y tendiendo la mano, cogió primero un tamboril, instrumento admirable; y se le podrían entonces aplicar estos versos del poeta:

*¡Oh tañedora de tamboril, mi corazón vuela al oírtel!
¡Y mientras tus dedos baten el ritmo profundo,
el amor que me posee sigue el compás, y el sonido
repercute en mi pecho!*

*¡No te apoderarás mas que de un corazón herido!
¡Lo mismo cuando cantas con un tono ligero, que
cuando lanzas el grito del dolor, penetras en nuestra
alma!*

*¡Ah! levántate, ¡ah! desnúdate, ¡ah! tira el velo,
y alzando tus leves pies, ¡oh toda hermosa! señala
el paso de la delicia ligera y de nuestra locura!*

Y cuando hubo hecho resonar el instrumento sonoro, cantó, acompañándose, estos versos improvisados:

¡Sus hermanos los pájaros dijeron á mi corazón, pájaro herido: «¡Huye, huye de los hombres y de la sociedad!»

¡Pero yo dije á mi corazón, pájaro herido: «¡Corazón mío, obedece á los hombres y que tus alas tiemblen como abanicos! ¡Regocíjate para complacerles!»

Y cantó estas dos estrofas con una voz tan maravillosa, que las aves del cielo detuvieron su vuelo y el palacio se puso á bailar de entusiasmo con todos sus muros. Entonces Fuerza-de-los-Corazones dejó el tamboril y cogió la flauta de caña, en la cual apoyó sus labios y sus dedos. Y se le podrían entonces aplicar estos versos del poeta:

¡Oh tañedora de flauta! ¡el instrumento de insensible caña que tienen en tus labios tus ágiles dedos adquiere al paso de tu aliento un alma nueva!

¡Sopla en mi corazón! ¡Resonará mejor que la insensible caña de la flauta de agujeros sonoros, porque en él hallarás más de siete heridas, que han de avivarse al roce de tus dedos!

Cuando hubo encantado á los circunstantes con su maestría, dejó la flauta y cogió el laúd, instru-

mento admirable, y templando las cuerdas, le apoyó contra su seno, inclinándose sobre la caja con la ternura de una madre que se inclinara sobre su hijo, de modo que, sin duda, se refiere á ella y á su laúd el poeta que ha dicho:

¡Oh tañedora de laúd! ¡sobre las cuerdas persas tus dedos excitan ó calman la violencia á medida de tu deseo, cual un médico hábil que á su antojo hace brotar la sangre de las venas ó la deja circular por ellas tranquilamente, según se necesite!

¡Qué gusto da oír hablar bajo tus dedos delicados á un laúd de cuerdas persas, que habla á aquellos cuyo lenguaje no posee, viendo cómo todos los ignorantes comprenden su lenguaje sin palabras!

Y entonces preludió ella de catorce modos diferentes, y acompañándose cantó un canto completo, que confundió de admiración á quienes la veían y llenó de delicias á quienes la escuchaban.

Luego, tras de preludiar así en distintos instrumentos y cantar ante Sett Zobeida canciones variadas, Fuerza-de-los-Corazones se levantó con su gracia y su flexibilidad ondulante, ¡y bailó! Después de lo cual se sentó y ejecutó distintos juegos de destreza, prestidigitaciones y escamoteos, y lo hizo con tan ligera mano y con tanto arte y habilidad, que, á pesar de los celos, el despecho y el deseo de venganza, Sett Zobeida estuvo á punto de caer enamorada de ella y declararle su pasión.

Pero pudo reprimir á tiempo aquel impulso, pensando para su ánima: «¡En verdad que no debiera censurarse á mi primo Al-Rachid por estar tan enamorado de ella!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 565.ª NOCHE**

Ella dijo:

...«¡En verdad que no debiera censurarse á mi primo Al-Rachid por estar tan enamorado de ella!» Y dió orden á los esclavos para que sirvieran el festín, y dejó á su odio sobreponerse á estos primeros sentimientos. Sin embargo, no dejó que la compasión huyera de su corazón enteramente, y en lugar de realizar el proyecto de envenenar á su rival, como había pensado en un principio, y des-
embarazarse así de ella para siempre, se limitó á mezclar en los pasteles servidos á Fuerza-de-los-Corazones una dosis muy fuerte de bang narcótico. Y no bien la favorita se llevó á los labios un trozo de aquellos pasteles, echó la cabeza atrás y se sumió en las tinieblas de la inconsciencia. Y Sett Zobeida, fingiendo un dolor grande, ordenó á las esclavas que la transportaran á un aposento secreto.

Luego hizo correr la noticia de su muerte, diciendo que se había atragantado por comer demasiado de prisa, y mandó celebrar un simulacro de funerales solemnes y de entierro, y le erigió en seguida una tumba suntuosa en los jardines mismos de palacio.

Todo eso acaeció durante la ausencia del califa. Pero cuando después de su aventura con el pescador Califa entró aquél en el palacio, su primer cuidado consistió en preguntar á los eunucos por su bienamada Fuerza-de-los-Corazones. Y los eunucos, á quienes Sett Zobeida había amenazado con la horca en caso de indiscreción, contestaron al califa con acento fúnebre: «¡Ay! ¡oh señor nuestro! ¡Alah prolongue tus días y vierta sobre tu cabeza las bienandanzas que se merecía nuestra ama Fuerza-de-los-Corazones! ¡Tu ausencia ¡oh Emir de los Creyentes! le ha causado una desesperación y un dolor tan grandes, que no ha podido soportar su emoción, y la ha asaltado una muerte repentina! ¡Y está ahora en la paz del Señor!»

Al oír estas palabras, el califa echó á correr por el palacio como un insensato, tapándose las orejas y preguntando á grandes gritos por su bienamada á cuantos encontraba. Y á su paso se arrojaba de bruces todo el mundo ó se escondía tras las columnatas. Y llegó de tal suerte al jardín donde se alzaba la falsa tumba de la favorita, y dió con la frente en el mármol, y tendiendo los brazos y llorando todas sus lágrimas, exclamó:

¡Oh tumba! ¿Cómo es posible que tus sombras frías y las tinieblas de tu noche encierren á la bien-amada?

¡Oh tumba! ¡por Alah, dime si la belleza y los encantos de mi amiga se borraron para siempre! ¿Se desvaneció para siempre el espectáculo regocijante de su hermosura?

¡Oh tumba! ¡sin duda no eres el Jardín de las Delicias ni el alto cielo! Pero ¿por qué veo, entonces, brillar dentro de ti la luna y florecer la rama?

Y el califa siguió sollozando y desahogando de este modo su dolor durante una hora de tiempo. Tras de lo cual se levantó y corrió á encerrarse en sus habitaciones, sin querer oír consuelos ni recibir á su esposa y á sus íntimos.

En cuanto á Sett Zobeida, apenas vió el éxito de su estratagema, mandó encerrar en secreto á Fuerza-de-los-Corazones en un arca (porque la joven continuaba bajo los efectos adormecedores del bang) y ordenó á dos esclavos de confianza que sacaran del palacio el arca y la vendieran en el zoco al primer comprador que se presentase, con la condición de hacer la compra sin levantar la tapa.

¡Y he aquí lo referente á todos ellos!

Volvamos ahora al pescador Califa. Cuando se despertó al día siguiente al de la pesca, su primer pensamiento fué para el negro castrado que no le había pagado los dos peces, y se dijo: «¡Me parece

que lo mejor que puedo hacer es ir á palacio á preguntar por ese eunuco Sándalo, hijo de una negra maldita de narices anchas, pues que él mismo me lo ha recomendado así! Y como no quiera cumplir conmigo, ¡por Alah, que le horado!» Y se dirigió al palacio.

Pero al llegar á palacio encontró á todo el mundo en movimiento; y la primera persona con quien se encontró en la misma puerta fué el negro eunuco Sándalo, que estaba sentado en medio de un grupo respetuoso de otros negros y otros eunucos, discutiendo y gesticulando. Y se adelantó Califa hacia él, y como un joven mameluco quería impedirle el paso, le empujó y le gritó: «¡Déjame, hijo de perro!» Al oír este grito, el eunuco Sándalo volvió la cabeza y vió que estaba allí Califa el pescador. Y riendo, el eunuco le dijo que se acercara; y Califa avanzó, y dijo: «¡Por Alah, que te hubiera conocido entre mil, ¡oh rubiales mío! ¡oh tizón mío!» Y el eunuco se echó á reír al escuchar estas palabras, y le dijo con amabilidad: «Siéntate un momento, ¡oh mi amo Califa! ¡En seguida te pagaré lo que te debo!» Y se metió la mano en el bolsillo para coger dinero y dárselo, cuando un grito anunció la presencia del gran visir Giafar, que salía de ver al califa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 566.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y se metió la mano en el bolsillo para coger dinero y dárselo, cuando un grito anunció la presencia del gran visir Giafar, que salía de ver al califa. Así es que los eunucos, los esclavos y los jóvenes mamelucos se levantaron para ponerse en dos filas; y Sándalo, á quien el visir hizo con la mano seña de que tenía que hablarle, dejó al pescador y á toda prisa se puso á las órdenes de Giafar. Y empezaron á hablar ambos largamente, paseándose.

Cuando Califa vió que el eunuco tardaba en volver junto á él, creyó que aquello era una estratagema suya para no pagarle, máxime cuando el eunuco parecía haberle olvidado completamente, sin preocuparse ya de su presencia y como si no existiera el pescador. Entonces éste comenzó á moverse y á hacer al eunuco desde lejos señas que querían decir: «¡Vuelve ya!» Pero como el otro no le prestaba la menor atención, le gritó Califa con irónico acento: «¡Oh mi señor Tizón, dame lo que me debes para que me vaya!» Y á causa de la presencia de Giafar, el eunuco se avergonzó mucho de este apóstrofe, y no quiso contestarle. Por el

contrario, se puso á hablar con más viveza para no atraer hacia el otro la atención del gran visir; pero fué trabajo perdido. Porque Califa se acercó más y exclamó con una voz formidable, haciendo muchos gestos: «¡Oh tramposo pillastre! ¡confunda Alah á las gentes de mala fe y á cuantos privan de lo suyo á los pobres!» Después cambió de acento y le gritó con sorna: «Bajo tu protección me pongo, ¡oh mi señor Barriga-Hueca! Y te suplico que me des lo que me debes, para que me marche.» Y el eunuco llegó al límite de la confusión, pues Giafar había visto y oído aquella vez; pero como aún no sabía de qué se trataba, preguntó al eunuco: «¿Qué le ocurre á ese hombre? ¿Y quién le ha engañado?» Y el eunuco contestó: «¡Oh mi señor! ¿no sabes quién es ese hombre?» Giafar dijo: «¡Por Alah! ¿cómo voy á conocerle si es la primera vez que le veo?» El eunuco dijo: «¡Oh señor nuestro! ¡si precisamente es el pescador á quien ayer disputamos los peces para llevárselos al califa! Y como yo le prometí dinero por los dos últimos peces que le quedaban, le dije que viniera hoy á buscarme para que le pagase lo que le debía! ¡Y hace un rato iba á pagarle, cuando tuve que acudir entre tus manos! ¡Y por eso me apostrofa ahora de esa manera, impaciente ya el buen hombre!»

Cuando el visir Giafar hubo oído estas palabras, sonrió ligeramente, y dijo al eunuco: «¿Cómo te has atrevido ¡oh jefe de los eunucos! á faltar así

al respeto, á la prontitud y á los miramientos que se deben al propio amo del Emir de los Creyentes? ¡Pobre Sándalo! ¿qué dirá el califa si llega á enterarse de que no se ha honrado en extremo á su socio y maestro Califa el pescador?» Luego Giafar añadió de pronto: «¡Oh Sándalo! ¡sobre todo no le dejes marchar, porque nos puede hacer mucha falta! Precisamente el califa tiene el pecho oprimido, el corazón afligido, el alma condolida, y está sumido en la desesperación con la muerte de la favorita Fuerza-de-los-Corazones; y he tratado inútilmente de consolarle por todos los medios usuales. Pero quizá consigamos dilatarle el pecho con la ayuda de ese pescador Califa. ¡Retenle, pues, en tanto que voy yo á tantear el ánimo del califa!» Y contestó el eunuco Sándalo: «¡Oh mi señor, haré lo que juzgues oportuno! ¡Y Alah te conserve y te guarde por siempre como sostén, pilar y piedra angular del imperio y de la dinastía del Emir de los Creyentes! ¡Y caiga sobre ti y sobre ella la sombra protectora del Altísimo! ¡Y ojalá la rama, el tronco y la raíz permanezcan intactos durante siglos!» Y se apresuró á reunirse con Califa, mientras Giafar iba á ver al califa. Y al ver por fin llegar al eunuco, el pescador le dijo: «¡Hete aquí ya, ¡oh Barriga-Hueca!» Y como el eunuco daba á los mamelucos orden de detener al pescador y de impedirle que se marchara, le gritó éste: «¡Ah! ¡eso es lo que yo me esperaba! ¡El acreedor se convierte en deudor, y el demandante resulta demandado! ¡Ah, Ti-

zón de mi zib! ¡Vengo aquí á reclamar mi deuda, y se me coge preso con pretèxto de atraso en las contribuciones y de falta de pago de impuestos!» Y he aquí lo referente á él.

En cuanto al califa, cuando Giafar penetró en su aposento, le encontró doblado por la cintura, con la cabeza entre las manos y el pecho hinchado de sollozos. Y recitaba lentamente estos versos:

¡Sin cesar me reprochan mis censores el dolor inconsolable que me embarga! Pero ¿qué voy á hacer, si el corazón rechaza todo consuelo? ¿Acaso depende de mí este corazón independiente?

¿Y cómo, sin morir, podré soportar la ausencia de una niña cuyo recuerdo llena mi alma, de una niña encantadora y dulce, y tan dulce, ¡oh corazón mío!?

¡Oh, no! ¡jamás la olvidaré! ¡Olvidarla cuando la copa ha circulado entre nosotros, copa en que bebí el vino de sus miradas, vino que me embriaga todavía!

Y cuando Giafar estuvo entre las manos del califa, dijo: «¡La paz sea contigo, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡oh defensor del honor de nuestra Fe! ¡oh descendiente del tío del Príncipe de los Apóstoles! ¡Que la plegaria y la paz de Alah sean con Él y con todos los suyos sin excepción!» Y el califa alzó hacia Giafar unos ojos llenos de lágrimas, mirándole con una mirada dolorosa, y le contestó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 567.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y el califa alzó hacia Giafar unos ojos llenos de lágrimas, mirándole con una mirada dolorosa, y le contestó: «¡Y contigo ¡oh Giafar! la paz de Alah y su misericordia y sus bendiciones!» Y Giafar preguntó: «¿Permite el Comendador de los Creyentes que le hable su esclavo, ó se lo prohíbe?» Y Al-Rachid contestó: «¿Y desde cuándo ¡oh Giafar! te está prohibido hablarme, á ti, que eres señor y cabeza de todos mis visires? ¡Dime cuanto tengas que decirme!» Y Giafar dijo entonces: «¡Oh señor nuestro! cuando yo salía de entre tus manos, de vuelta para mi casa, he encontrado de pie, á la puerta de palacio, en medio de los eunucos, á tu amo y profesor y compañero, Califa el pescador, que tenía muchas quejas que formular contra ti, y se querellaba diciendo: «¡Gloria á Alah! ¡no comprendo nada de lo que me sucede! ¡Le he enseñado el arte de la pesca, y no solamente no me guarda ninguna gratitud, sino que se marchó para comprarme dos cestos y ha tenido buen cuidado de no volver! ¿Se puede llamar á eso una intención formal

y un buen aprendizaje? ¿O acaso es así como se corresponde con los amos?» ¡De modo que yo, ¡oh Emir de los Creyentes! me he apresurado á venir á avisarte de la cosa, para que, si sigues teniendo la intención de ser su asociado, lo seas, y si no, para que le avises el haberse terminado el acuerdo existente entre ambos, á fin de que pueda él encontrar otro socio ó compañero!»

Cuando el califa hubo oído estas palabras de su visir, á pesar de los sollozos que le ahogaban, no pudo por menos de sonreir primero, riendo luego á carcajadas, y de pronto sintió que se le dilataba el pecho, y dijo á Giafar: «¡Por mi vida sobre ti, ¡oh Giafar! dime la verdad! ¿Es cierto que el pescador Califa está á la puerta del palacio ahora?» Y Giafar contestó: «¡Por tu vida, ¡oh Emir de los Creyentes! que á la puerta está el propio Califa con sus dos ojos!» Y dijo Harún: «¡Oh Giafar! ¡por Alah, que necesito hacerle justicia hoy con arreglo á sus méritos, y darle lo que le corresponde! ¡Así, pues, si por mediación mía Alah le envía suplicios ó sufrimientos, no se le perdonará ninguno, y si, por el contrario, le escribe para suerte suya la prosperidad y la fortuna, las tendrá también!» Y diciendo estas palabras, el califa cogió una hoja grande de papel, la cortó en trozos pequeños de igual tamaño, y dijo: «¡Oh Giafar! ¡escribe con tu propia mano primero en veinte de estas papeletas sumas de dinero que oscilen entre un dinar y mil dinares, y los nombres de todas las dignidades de

mi imperio, desde la dignidad de califa, de emír, de visir y de chambelán hasta los más ínfimos cargos de palacio; luego escribe en las otras veinte papeletas todas las clases de castigos y de torturas, desde los azotes hasta la horca y la muerte!» Y contestó Giafar: «¡Escucho y obedezco!» Y cogió un cálamo y escribió con su propia mano en las papeletas las indicaciones ordenadas por el califa, tales como «un millar de dinares», «cargo de chambelán», «emirato», «dignidad de califa» y «sentencia de muerte», «prisión», «azotes» y otras cosas parecidas. Luego dobló de igual manera todas las papeletas, las metió en una palangana de oro, y se lo entregó todo al califa, que le dijo: «¡Oh Giafar! ¡por los méritos sagrados de mis santos antecesores los Puros, y por mi ascendencia real que se remonta á Hamzah y á Akil, juro que, cuando Califa el pescador se halle aquí dentro de poco, voy á ordenarle que saque una papeleta entre esas papeletas, cuyo contenido sólo yo y tú conocemos, y le concederé lo que tenga escrito el papel que él saque, cualquiera que sea la cosa escrita! ¡Y si le tocara mi propia dignidad de califa, yo la abdicaré al instante en favor suyo y se la transmitiré con toda generosidad de alma! ¡Pero si, por el contrario, le corresponde la horca, ó la mutilación, ó la castración, ó cualquier género de muerte, se la haré sufrir sin apelación! ¡Ve, pues, por él, y tráemele sin tardanza!»

Al oír estas palabras, Giafar dijo para sí: «¡No

hay majestad ni poder mas que en Alah el Glorioso, el Omnipotente! ¡Es posible que la papeleta que saque ese pobre sea una papeleta de las malas que ocasione su perdición! ¡Y sin quererlo, seré yo entonces la causa primera de su desdicha! Porque lo ha jurado el califa, y no hay que pensar en hacer que cambie de resolución! ¡Por tanto, tengo que limitarme á buscar á ese pobre hombre! ¡Y no ha de suceder mas que lo que estuviera escrito por Alah!» Luego salió en busca de Califa el pescador, y cogiéndole de la mano, quiso arrastrarle al interior del palacio. Pero Califa, que hasta entonces no había cesado de gesticular, quejarse de su arresto y arrepentirse por haber ido á la corte, estaba á punto de perder del todo la razón, y exclamó: «¡Qué estúpido fui al hacerme caso á mí mismo y venir aquí en busca de ese eunuco negro, de ese Tizón funesto, de ese hijo maldito de una maldita negra de narices anchas, de ese Barriga-Hueca!» Pero Giafar le dijo: «¡Vamos, sígueme!» Y le arrastró con él, precedido y escoltado por la muchedumbre de esclavos y de mozos, á quienes Califa no cesaba de injuriar. Y le hicieron pasar por siete inmensos vestibulos, y Giafar le dijo: «¡Atención, ¡oh Califa! porque vas á estar en presencia del Emir de los Creyentes, el defensor de la Fe!» Y levantando un cortinón le empujó á la sala de recepción, en cuyo trono aparecía sentado Harún Al-Rachid, á quien rodeaban sus emires y los grandes de su corte. Y Califa, que no tenía la menor

idea de lo que estaba viendo, no se desconcertó lo más mínimo, sino que, al mirar con la mayor atención á Harún Al-Rachid en medio de su gloria, se adelantó hacia él riendo á carcajadas, y le dijo: «¡Ah! por fin te encuentro, ¡oh clarinete! ¿Te parece que has obrado legalmente al dejarme ayer solo para que guardara el pescado, después de que te enseñé el oficio y te encargué que fueras á comprarme dos cestos? ¡Me dejaste indefenso y á merced de una porción de eunucos que, como una bandada de buitres fueron á robarme y á quitarme mi pescado, que hubiera podido producirme cien dinares lo menos! ¡Y también tú eres el causante de lo que me sucede ahora entre todos estos individuos que me retienen aquí! Pero dime ya, ¡oh clarinete! ¿quién pudo echarte mano y apresarte y atarte á esa silla?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 568.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Pero dime ya, ¡oh clarinete! ¿quién pudo echarte mano y apresarte y atarte á esa silla?»

Al oír estas palabras de Califa, el califa sonrió,

y cogiendo con las dos manos la jofaina de oro en que estaban las papeletas escritas por Giafar, le dijo: «¡Acércate, ¡oh Califa! y ven á sacar una papeleta entre estas papeletas!» Pero exclamó Califa, echándose á reír: «¡Cómo! ¡oh clarinete! ¿cambiaste ya de oficio y abandonaste la música? ¡Y hete aquí ahora convertido en astrólogo! ¡Y ayer eras aprendiz de pescador! ¡Créeme, clarinete, que ese proceder no te llevará lejos! ¡Porque cuantos más oficios se tienen, menos provecho se saca de ellos! ¡Da, pues, de lado á la astrología, y torna á ser clarinete ó vuelve conmigo para continuar tu aprendizaje de pescador!» Y aún iba á proseguir hablando, cuando Giafar se acercó á él, y le dijo: «¡Basta ya de semejante palabrería, y ven á sacar una de esas papeletas, como te ha ordenado el Emir de los Creyentes!» Y le empujó hacia el trono.

Entonces, Califa, aunque resistiéndose al empujón de Giafar, se adelantó renegando hacia la jofaina de oro, y metiendo en ella con torpeza toda su mano, sacó un puñado de papeletas á la vez. Pero Giafar, que le vigilaba, le hizo soltarlas, y le dijo que cogiera una sola. Y Califa, rechazándole de un codazo, volvió á meter la mano y no sacó aquella vez mas que una sola papeleta, diciendo: «¡Lejos de mí toda idea de volver á tomar á mi servicio en adelante á este tañedor de clarinete de mejillas abultadas, á este astrólogo sacador de horóscopos!» Y así diciendo, desdobló la papeleta, y con ella al revés, pues no sabía leer, se la dió al

califa, preguntándole: «¿Quieres decirme, ¡oh clarinetel el horóscopo escrito en esta papeleta? ¡Y ten cuidado con no ocultarme nada.» Y el califa cogió la papeleta, y sin leerla, se la dió á su vez á Giafar, diciéndole: «¡Dinos en alta voz lo que está escrito ahí!» Y Giafar cogió la papeleta, y habiéndola leído, alzó los brazos, y exclamó: «¡No hay majestad ni poder mas que en Alah el Glorioso, el Omnipotentel» Y el califa preguntó á Giafar, sonriendo: «¡Supongo que serán buenas noticias, ¡oh Giafar! ¿De qué se trata? ¡Habla! ¿Es preciso que baje yo del trono? ¿Hay que sentar aquí á Califa, ó hay que apoderarse de él?» Y Giafar contestó con mohíno acento: «¡Oh Emir de los Creyentes! en esta papeleta han escrito: «Cien palos al pescador Califa».

Entonces, á pesar de los gritos y protestas de Califa, el califa dijo: «¡Que se ejecute la sentencia!» Y el porta-alfanje Massrur hizo que se apoderaran del pescador, que aullaba como un loco, y cuando le echaron de bruces, mandó que le aplicaran cien palos justos, ni uno más ni uno menos. Y aunque Califa no sentía dolor alguno, á causa del encallecimiento que había adquirido, daba gritos espantosos y lanzaba mil imprecaciones contra el tañedor de clarinete. ¡Y el califa se reía extremadamente! Y cuando hubieron acabado de administrarle los cien golpes, Califa se levantó como si no hubiese pasado nada, y exclamó: «¡Maldiga Alah tu música, ¡oh hinchado! ¿Desde cuándo for-

man los palos parte de las bromas entre las gentes distinguidas?» Y Giafar, que tenía un alma misericordiosa y un corazón compasivo, se encaró con el califa, y le dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡permite al pescador que saque otra papeleta! ¡Quizá la suerte le sea esta vez más propicia! ¡Y después de todo, no querrás que tu antiguo amo se aleje del río de tu liberalidad sin haber apagado su sed!» Y el califa contestó: «¡Por Alah, ¡oh Giafar! que eres muy imprudente! ¡Ya sabes que los reyes no tienen costumbre de desdecirse de sus juramentos y promesas! ¡De modo que puedes estar seguro de antemano de que, si al sacar la segunda papeleta el pescador, le toca la horca, se le ahorcará sin remisión! ¡Y así serás tú el causante de su muerte!» Y Giafar contestó: «¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que la muerte del desdichado es preferible á su vida!» Y el califa dijo: «¡Sea! ¡Que saque, entonces, otra papeleta!» Pero Califa exclamó, encarándose con el califa: «¡Oh clarinete funesto, que Alah te recompense por tu liberalidad! Pero dime, ¿es que no podrías encontrar en Bagdad otra persona que yo para hacerle experimentar tan agradable prueba? ¿Ó acaso yo solo estoy disponible en todo Bagdad?» Pero Giafar se acercó á él, y le dijo: «¡Coge otra papeleta, y Alah te la elegirá!»

Entonces Califa metió la mano en la jofaina de oro, y al cabo de un momento, sacó una papeleta, que entregó á Giafar. Y Giafar la desdobló, la leyó y bajó los ojos sin hablar. Y el califa le pre-

guntó con sereno acento: «¿Por qué no hablas, ¡oh hijo de Yahia!?» Y contestó Giafar: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡en esta papeleta no hay nada escrito! ¡Es una papeleta en blanco!» Y el califa dijo: «¡Ya lo estás viendo! ¡La fortuna de este pescador no le espera entre nosotros! ¡Dile, pues, ahora que se quite de mi vista cuanto antes! ¡Ya estoy harto de verle!» Pero Giafar dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡te conjuro, por los méritos sagrados de tus santos antecesores los Puros, á que permitas al pescador que saque la tercera papeleta! ¿Quién sabe si encontrará así con qué no morir de hambre?» Y contestó Al-Rachid: «¡Bueno! ¡Que coja, pues, la tercera papeleta, pero nada más!» Y Giafar dijo á Califa: «¡Anda, ¡oh pobre! coge la tercera y última!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 569.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Anda, ¡oh pobre! coge la tercera y última!» Y una vez más sacó un papel Califa, y cogiendo la papeleta, Giafar leyó en voz alta: «¡Un dinar al pescador!» Al oír estas palabras, exclamó Califa

el pescador: «¡Maldición sobre ti, ¡oh clarinete funesto! ¡Un dinar por cien palos! ¡Vaya una generosidad! ¡Así te recompense Alah el día del Juicio!» Y el califa se echó á reir con toda su alma, y Giafar, que al fin y al cabo había conseguido distraerle, cogió de la mano al pescador Califa y le hizo salir de la sala del trono.

Cuando Califa llegó á la puerta del palacio, se encontró con el eunuco Sándalo, que le llamó y le dijo: «¡Ven, Califa, ven á hacernos participar de la gratificación que te haya dado la generosidad del Emir de los Creyentes!» Y le contestó Califa: «¡Ah! ¿quieres participar de ella, negro de brea? ¡Ven, pues, á recibir la mitad de cien palos sobre tu piel negra, antes de que Eblis te los administre en el infierno! ¡Toma ahora el dinar que me ha dado tu amo el tañedor de clarinete!» Y le tiró á la cara el dinar que Giafar le puso en la mano, y quiso trasponer la puerta para marcharse por su camino. Pero el eunuco echó á correr detrás de él, y sacando del bolsillo una bolsa con cien dinares, se la ofreció á Califa, diciéndole: «¡Oh pescador, toma estos cien dinares para pago del pescado que te compré ayer! ¡Y vete en paz!» Y al ver aquello, Califa se alegró mucho y tomó la bolsa con los cien dinares y también el dinar que le dió Giafar, y olvidando su mala suerte y el trato que acababa de sufrir, se despidió del eunuco y se volvió á su casa, lleno de gloria y en el límite de la satisfacción.

Y ahora... Como cuando Alah decreta una cosa

la ejecuta siempre, y aquella vez su decreto se refería precisamente á Califa el pescador, hubo de cumplirse su voluntad. En efecto, al atravesar los zocos, de regreso para su casa, Califa se vió detenido, ante el mercado de los esclavos, por un corro considerable de personas que miraban todas á un mismo sitio. Y se preguntó Califa: «¿Qué mira así este tropel de gente?» É impulsado por la curiosidad, apartó á la multitud empujando á mercaderes y corredores, á ricos y pobres, quienes se echaban á reir cuando le reconocían, diciéndose unos á otros: «¡Paso! ¡dejad paso al opulento valiente que va á comprar todo el mercado! ¡Paso al sublime Califa, maestro de taladradores!» Y Califa, sin desconcertarse y animado al sentirse provisto de los dinares de oro que llevaba en su cinturón, llegó en medio de la primera fila y miró para ver de qué se trataba. Y vió á un anciano que tenía delante de sí un arca en la cual estaba sentado un esclavo. Y aquel anciano recitaba á voces un pregón que decía: «¡Oh mercaderes! ¡oh gente rica! ¡oh nobles habitantes de nuestra ciudad! ¿quién de vosotros quiere colocar su dinero en un negocio que le rentará un ciento por ciento, si compra con su contenido, que ignoramos, esta arca de buen origen, procedente del palacio de Sett Zobelda, hija de Kassem, esposa del Emir de los Creyentes? ¡Ofreced por él! ¡Y que Alah bendiga al que más ofrezca!» Pero un silencio general respondió á su llamamiento, porque los mercaderes no se atrevían á

aventurar una suma de dinero en aquella arca cuyo contenido ignoraban, ¡y mucho se temían que hubiese dentro alguna superchería! Pero uno de ellos alzó por fin la voz, y dijo: «¡Por Alah, que es muy aventurado el trato! ¡Y se corre mucho riesgo! ¡Sin embargo, voy á hacer una oferta, á condición de que no se me reproche por ella! ¡Voy á decir una palabra, y nada de censuras para conmigo! Hela aquí: ¡veinte dinares, y ni uno más!» Pero inmediatamente pujó otro mercader, y dijo: «¡Es mío por cincuenta!» Y pujaron otros mercaderes; y las ofertas llegaron á cien dinares. Entonces gritó el subastador: «¿Hay quien puge más entre vosotros, ¡oh mercaderes!? ¿Quién da más? ¡Cien dinares! ¿Quién da más?» Entonces alzó la voz Califa y dijo: «¡Es mío por cien dinares y un dinar!»

Al oír estas palabras de Califa, los mercaderes, que sabían estaba tan limpio de dinero como una alfombra sacudida y golpeada, creyeron que bromeaba, y se echaron á reír. Pero Califa se quitó el cinturón, y repitió con voz más fuerte y furiosa: «¡Cien dinares y un dinar!» Entonces, á pesar de las risas de los mercaderes, el subastador dijo: «¡Por Alah, que le pertenece el arca! ¡Y sólo á él se la vendo!» Luego añadió: «Toma, ¡oh pescador! ¡paga los ciento y uno, y llévate el arca con su contenido! ¡Alah bendiga la venta! ¡Y sea contigo la prosperidad merced á esta compra!» Y Califa vació entre las manos del subastador su cinturón, que contenía los cien dinares y un dinar justos; y

la venta se hizo con pleno consentimiento mutuo de ambas partes. Y el arca quedó desde entonces como propiedad de Califa el pescador.

Entonces, viendo ultimada la venta, todos los cargadores del zoco se precipitaron sobre el cofre, regañando por quién conseguiría llevárselo para ganar su salario. Pero aquello no entraba en los cálculos del desventurado Califa, que con aquella compra se había privado de cuanto dinero poseía, ¡y no llevaba encima ni con qué comprar una cebolla! Y los cargadores continuaban pegándose á más y mejor y quitándose el arca unos á otros, hasta que los mercaderes intervinieron para separarlos, y dijeron: «¡Ha llegado primero el cargador Zoraik! ¡A él, pues, le corresponde la carga!» Y ahuyentaron á todos los cargadores, excepción hecha de Zoraik, y á pesar de las protestas de Califa, que quería llevar él mismo el arca, se la cargaron á la espalda del cargador, y le dijeron que siguiera con su carga á su amo Califa. Y el cargador echó á andar detrás de Califa con el arca á la espalda...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 570.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y el cargador echó á andar detrás de Califa con el arca á la espalda. Y mientras caminaba, se decía para su ánima Califa: «¡Ya no llevo encima ni oro, ni plata, ni cobre, ni siquiera el olor de semejante cosa! ¿Y cómo voy á arreglarme para pagar á este maldito cargador al llegar á casa? ¿Y qué necesidad tenía yo de cargador? ¿Y qué necesidad tenía yo tampoco de esta arca funesta? ¿Y quién pudo meterme en la cabeza la idea de comprarla? ¡Pero ha de ocurrir lo que está escrito! Por lo pronto, para salir de mi compromiso con este cargador, voy á hacerle correr y andar y perderse por las calles hasta que esté extenuado de fatiga. Entonces se parará por su voluntad y se negará á seguir. ¡Y me aprovecharé de su negativa para negarme á pagarle á mi vez, y me echaré á la espalda el arca yo mismo!»

Y tras de imaginar de aquel modo su proyecto, lo puso en práctica inmediatamente. Empezó, pues, por ir de calle en calle y de plaza en plaza, y por hacer que el cargador diera vueltas con él por toda la ciudad, y así estuvo desde mediodía hasta la puesta del sol, de modo que el cargador estaba ya

completamente extenuado, y acabó por refunfuñar y murmurar, y se decidió á decir á Califa: «¡Oh amo mío! ¿dónde está tu casa?» Y contestó Califa: «¡Por Alah, que ayer sabía yo aún dónde estaba, pero hoy lo he olvidado completamente! ¡Y heme aquí dedicado á buscar contigo donde se halle!» Y dijo el cargador: «¡Pues dame mi salario y toma tu arca!» Y dijo Califa: «¡Espera un poco todavía y anda despacio, mientras yo ordeno mis recuerdos y reflexiono acerca del sitio en que está mi casa!» Luego, al cabo de cierto tiempo, como el cargador se pusiera á protestar entre dientes, le dijo: «¡Oh Zoraik, no llevo encima dinero para darte tu salario aquí mismo! ¡Porque me he dejado el dinero en casa, y se me ha olvidado cuál es mi casa!»

Y cuando el cargador se paraba, sin poder andar ya, é iba á dejar su carga, acertó á pasar un conocido de Califa, que le dió en el hombro, y le dijo: «¡Por Alah! ¿eres tú, Califa? ¿Y qué te trae por este barrio tan alejado de tu barrio? ¿Y qué lleva para ti este hombre?» Pero antes de que el consternado Califa tuviese tiempo de contestarle, el cargador Zoraik se encaró con el transeunte consabido, y le preguntó: «¡Oh tío! ¿dónde está la casa de Califa?» El hombre contestó: «¡Por Alah! ¡Vaya una pregunta! ¡La casa de Califa está precisamente al otro extremo de Bagdad, en el khan ruinoso que hay junto al mercado del pescado, en el barrio de los Rawassin!» Y se marchó riendo.

Entonces Zoraik el cargador dijo á Califa el pescador: «¡Vamos, anda, ¡oh miserable! ¡Ojalá no pudieras vivir ni andar!» Y le obligó á ir delante de él y conducirle á su vivienda del khan ruinoso cercano al mercado del pescado. Y hasta que llegaron no cesó de injuriarle y de reprocharle su conducta, diciéndole: «¡Oh tú, rostro nefasto! ¡así te cortara Alah el pan cotidiano en este mundo! ¡Cuántas veces no habremos pasado por delante de tu casa de desastre, sin que hicieras el menor ademán para que me parases! ¡Anda, ayúdame ahora á descargarme de la espalda tu arca! ¡Y ojalá estuvieras pronto encerrado para siempre en ella!» Y sin decir palabra, Califa le ayudó á descargar el arca, y limpiándose con el dorso de la mano las gordas gotas de sudor que le caían de la frente, dijo Zoraik: «¡Ahora vamos á ver la capacidad de tu alma y la generosidad de tu mano en el salario que me corresponde por todas las fatigas que me has hecho soportar sin necesidad! ¡Y date prisa, para que me vaya por mi camino!» Y le dijo Califa: «¡Claro que serás retribuido espléndidamente, compañero! ¿Quieres, pues, que te traiga oro ó plata? ¡Escoge!» Y contestó el cargador: «¡Tú sabrás mejor lo que conviene!»

Entonces, Califa, dejando á la puerta al cargador con el arca, entró en su vivienda, y salió de ella en seguida llevando en la mano un formidable látigo con correas claveteadas cada una con cuarenta clavos agudos, capaces de derribar á un ca-

mello al primer golpe. Y se precipitó sobre el cargador con el brazo en alto y enarbolando el látigo, y lo dejó caer sobre la espalda del otro, y comenzó de nuevo, de modo que el cargador empezó á aullar, y volviendo la espalda, pasó por delante de él, tapándose la cara con las manos, y desapareció tras una esquina.

Libre así del cargador, que al fin y al cabo había cargado con el arca por propia iniciativa, Califa se creyó en el deber de arrastrar el arca aquella hasta su vivienda. Pero al oír aquel ruido, afluyeron los vecinos, y al ver el extraño atavío de Califa con el traje de raso cortado por las rodillas y el turbante de la misma calidad, y al advertir también el arca que arrastraba, le dijeron: «¡Oh Califa! ¿de dónde sacaste ese traje y esa arca tan pesada?» Él contestó: «¡Me los ha dado mi criado y aprendiz, que tiene el oficio de clarinete y se llama Harún Al-Rachid!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

**PERO CUANDO LLEGO
LA 571.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Me los ha dado mi criado y aprendiz, que tiene el oficio de clarinete y se llama Harún Al-Rachid!» Al oír estas palabras, los habitantes del khan, vecinos de Califa, sintieron que el espanto les invadía el alma, y se dijeron unos á otros: «¡No conviene que nadie oiga hablar así á este insensato! ¡Pues si se enteran le va á prender la policía y le ahorcarán sin remisión! ¡Y destruirán completamente nuestro khan, y acaso también á nosotros, por culpa suya, nos ahorquen á la puerta del khan ó nos castiguen con algún castigo terrible!» Y en extremo aterrados, le obligaron á guardarse la lengua en la boca, y para acabar antes, le ayudaron á llevar el arca á su vivienda y cerraron la puerta detrás de él.

Pero la vivienda de Califa era tan exigua, que el arca la llenaba por entero, exactamente como si estuviese hecha para embutirse allí. Y sin saber ya dónde meterse á pasar la noche, Califa se echó encima del arca cuan largo era, y de aquella manera se puso á reflexionar acerca de lo que le había ocurrido durante la jornada. Y se preguntó de pronto: «Pero, vamos á ver, ¿á qué espero para abrir el

arca y enterarme de su contenido?» Y saltó sobre ambos pies y trabajó con las manos cuanto pudo para abrirla, pero en vano. Y se dijo: «¿Cómo se me turbaría la razón hasta el punto de decidirme á comprar esta arca que ni siquiera puedo abrir?» Y de nuevo intentó romper el candado y hacer saltar la cerradura, pero sin conseguirlo. Entonces se dijo: «¡Esperemos á mañana, para ver cómo nos arreglamos!» Y otra vez se echó sobre el arca cuan largo era, y no tardó en dormirse, roncando á más y mejor.

Pero al cabo de una hora de hallarse allí, se despertó de repente, sobresaltado de espanto, y dió con la cabeza en el techo de su vivienda. Porque acababa de sentir que se movía algo en el interior del arca. Y de repente huyó de su cabeza el sueño en compañía de la razón, y exclamó: «¡Sin duda hay algún genni aquí dentro! ¡Loor á Alah, que me inspiró al no dejarme abrir la tapa! ¡Pues si la hubiera abierto, habrían salido, abalanzándose a mí en medio de la oscuridad, y quién sabe lo que me hubieran hecho! ¡Y al fin y al cabo, ciertamente que no saldría yo ganando entonces!» Pero en el mismo instante en que formulaba de aquel modo su pensamiento de terror, redobló el ruido en el interior del arca, y llegó á oídos de Califa una especie de gemido. Entonces, en el límite del espanto, Califa buscó por instinto una lámpara para encender luz; pero se olvidaba de que la pobreza le impidió siempre tener lámpara, y mientras iba tanteando

con las manos en las paredes de su vivienda, le rechinaban los dientes, y se decía: «¡Esto ya es terrible, completamente terrible!» Luego, como aumentaba su miedo, abrió la puerta y se precipitó fuera, en medio de la noche, gritando con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡Oh habitantes del khan, oh vecinos! ¡acudid! ¡socorro!» Y los vecinos, que en su mayoría dormían tranquilamente, se despertaron muy sobresaltados y fueron á él, en tanto que las mujeres asomaban por las puertas entreabiertas sus cabezas á medio velar. Y le preguntaron todos: «Pero ¿qué te ocurre, ¡oh Califa!?» Él contestó: «¡Pronto, dadme pronto una lámpara, porque han venido á visitarme los genn!» Y los vecinos se echaron á reir, y uno de ellos, á pesar de todo, acabó por darle una lámpara. Y Califa cogió la lámpara y volvió á su casa algo más reanimado. Pero cuando se inclinaba sobre el arca, oyó de repente una voz que decía: «¡Ah! ¿dónde estoy?» Y más espantado que nunca, lo abandonó todo y se precipitó fuera como un loco, gritando de nuevo: «¡Oh vecinos! ¡Socorredme!» Y los vecinos le dijeron: «¡Oh maldito Califa! ¿pero qué calamidad te ocurre? ¿Acabarás de molestarnos?» Él contestó: «¡Oh buenas gentes, el genni está en el arca! ¡Se mueve y habla!» Ellos le preguntaron: «¡Oh embusterol! ¿y qué dice el genni?» Él contestó: «Me ha dicho: «¿Dónde estoy?» Los vecinos le contestaron, riendo: «¡Pues en el infierno sin duda, ¡oh maldito! ¡Ojalá no disfrutes de sueño nunca hasta tu muerte! Has puesto

en movimiento á todo el khan y á todo el barrio! ¡Como no te calles, bajaremos á molerte los huesos!» Y aunque estaba medio muerto de terror, Califa se decidió á volver una vez más á su vivienda, y haciendo acopio de todo su valor, cogió un pedrusco y rompió la cerradura del arca, é hizo saltar al golpe la tapa.

Y vió echada dentro, lánguida y con los párpados entreabiertos, á una joven hermosa como una huri y brillante de pedrerías. ¡Era Fuerza-de-los-Corazones! Y al sentirse libre y respirando á plenos pulmones el aire fresco, se despertó del todo, y cesaron completamente los efectos adormecedores del bang. ¡Y allí estaba ella, pálida y hermosa y verdaderamente deseable!

Al advertir aquello, el pescador, que en su vida había visto al descubierto, no sólo una belleza semejante, sino ni siquiera una mujer vulgar, cayó de hinojos ante ella y le preguntó: «¡Por Alah, oh mi señora! ¿quién eres?»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 572.^a NOCHE**

Ella dijo:

...cayó de hinojos ante ella y le preguntó: «¡Por Alah, oh mi señora! ¿quién eres?» Ella abrió los ojos, unos ojos negros, de pestañas curvadas, y dijo: «¿Dónde está Jazmín? ¿Dónde está Narciso?» Aquellos eran los nombres de dos esclavas jóvenes que tenía á su servicio en el palacio. Y creyendo Califa que le preguntaba por el jazmín y por el narciso, contestó: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! que en este momento no tengo aquí mas que algunas flores secas de alheña!» Y al oír esta respuesta y aquella voz, la joven recobró por completo el sentido, y abriendo sus ojos cuan grandes eran, preguntó: «¿Quién eres? ¿Y dónde estoy?» Y lo dijo con una voz más dulce que el azúcar, acompañada de un encantador movimiento de la mano. Y Califa, que en el fondo tenía un alma delicadísima, conmovióse mucho con lo que veía y oía, y contestó: «¡Oh mi señora! ¡oh verdaderamente bellísima! ¡soy Califa el pescador, y te encuentras en mi casa precisamente!» Y preguntó Fuerza-de-los-Corazones: «Entonces ¿es que ya no estoy en el palacio del califa Harún Al-Rachid?» El pescador contestó: «¡No, por Alah, estás en mi casa, en esta vivienda

que es un palacio desde que te aloja! ¡Y la venta y la compra te ha hecho esclava mía, pues te he comprado hoy mismo, con tu arca, en pública subasta, por cien dinares y un dinar! ¡Y te transporté á mi casa, dormida en esta arca! ¡Y no supe tu presencia hasta que me asustaron tus movimientos de antes! ¡Y ahora me doy cuenta de que mi estrella asciende bajo auspicios felices, por más que anteriormente fuese tan rastrera y nefasta!» Y al oír estas palabras, Fuerza-de-los-Corazones sonrió, y dijo: «¿Así es que me has comprado en el zoco sin verme, ¡oh Califa!?» Y contestó él: «¡Sí, por Alah, sin suponer siquiera tu presencia!» Y entonces comprendió Fuerza-de-los-Corazones que cuanto le ocurrió había sido tramado contra ella por Sett Zobeida, é hizo que el pescador le contara cuanto hubo de sucederle, desde el principio hasta el fin. Y estuvo charlando de aquel modo con él hasta por la mañana. Y entonces le dijo ella: «¡Oh Califa! ¿no tienes nada de comer? ¡Porque siento mucha hambre!» El pescador contestó: «¡No tengo nada de comer ni de beber, nada absolutamente! ¡Y ya hace dos días, por Alah, que no me he llevado nada á la boca!» Ella preguntó: «¿Tienes encima algún dinero, por lo menos?» El pescador dijo: «¿Dinero, ¡oh mi señora!? ¡Alah me conserve esta arca, en cuya compra invertí mi última moneda, impulsado por mi destino y mi curiosidad! ¡Y heme aquí en la miseria!» Y al oír estas palabras, se echó á reír la joven, y le dijo:

«¡A pesar de todo, sal para traerme algo de comer, pidiéndoselo á los vecinos, que no te lo negarán! ¡Porque los vecinos se deben á sus vecinos!»

Entonces se levantó Califa y salió al patio del khan, y en medio del silencio del amanecer, se puso á gritar: «¡Oh habitantes del khan! ¡oh vecinos! ¡he aquí que el genni del arca me pide de comer ahora! ¡Y no tengo á mano nada para dárselo!» Y los vecinos, que temían aquella voz y que al mismo tiempo le tenían lástima á causa de su pobreza, bajaron á verle, quién llevándole medio pan que había sobrado de la comida de la víspera, quién un trozo de queso, quién un cohombro, quién un rábano. Y le pusieron todo aquello en el faldón de su traje recortado y se subieron á sus casas. Y contento del acopio hecho, Califa volvió á su vivienda y colocó todo aquello entre las manos de la joven, diciéndole: «¡Come, come!» Y se echó ella á reir, y dijo: «¿Cómo voy á comer, si no tengo una vasija ó un jarro en que beber? ¡Se me detendrían en el gáznate los bocados, y moriría entonces!» Y contestó Califa: «¡Lejos de ti el mal, ¡oh perfectamente bella! ¡Ahora mismo voy á traerte, no un jarro, sino una cuba!» Y salió al patio del khan, y gritó con todos sus pulmones: «¡Oh vecinos! ¡oh habitantes del khan!» Y de todas partes salieron voces irritadas que le insultaron, y le dijeron: «¿Pero qué quieres todavía, ¡oh maldito!?» Él contestó: «¡El genni del arca pide de beber ahora!» Y los vecinos bajaron hasta donde él es-

taba, quién llevándole un jarro, quién un ánfora, quién una vasija, quién una cuba; y lo cogió él, llevando un recipiente en cada mano, otro á la cabeza en equilibrio y otro debajo del brazo, y se apresuró á llevárselo todo á Fuerza-de-los-Corazones, diciéndole: «¡Te traigo lo que anhela tu alma! ¿Deseas alguna cosa más?» Ella dijo: «¡No, los dones de Alah son numerosos!» Dijo él: «¡Entonces, ¡oh mi señora! dirígeme á tu vez tu palabra tan dulce, y cuéntame tu historia, pues no la conozco!»

Entonces Fuerza-de-los-Corazones miró á Califa, sonrió, y dijo: «¡Sabe, pues, ¡oh Califa! que mi historia se resume en dos palabras! ¡Los celos de mi rival, Sett Zobeida, la propia esposa del califa Harún Al-Rachid, me sumieron en esta situación, de que tú me salvaste, felizmente para tu destino! ¡Porque soy Fuerza-de-los-Corazones, la favorita del Emir de los Creyentes! ¡Por lo que á ti respecta, tu dicha está asegurada en adelante!» Y Califa le preguntó: «¿Pero ese Harún es el mismo á quien enseñé el arte de la pesca? ¿Es ese espantajo que vi en palacio, sentado en una silla muy grande?» Ella contestó: «¡El mismo precisamente!» Dijo él: «¡Por Alah, que en mi vida encontré un tañedor de clarinete ni un bribón mayor! ¡No sólo me ha robado ese miserable de cara abotargada, sino que me ha dado un dinar después de administrarme cien palos! ¡Como vuelva á encontrarle, le destrozo con este palo!» Pero Fuerza-de-los-Corazones le dijo, imponiéndole silencio: «¡Deja de

usar ese lenguaje inconveniente, porque en la nueva situación en que vas á encontrarte necesitas ante todo abrir los ojos de tu espíritu y cultivar la cortesía y los buenos modales! ¡Y entonces, cuando pases por tu piel el cepillo de la galantería, ¡oh Califa! te convertirás en un ciudadano de alto rango y en un personaje dotado de distinción y delicadeza!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 573.ª NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y entonces, cuando pases por tu piel el cepillo de la galantería, ¡oh Califa! te convertirás en un ciudadano de alto rango y en un personaje dotado de distinción y delicadeza!»

Cuando Califa hubo oído estas palabras de Fuerza-de-los-Corazones, sintió que dentro de él se operaba una súbita transformación, y se le abrían los ojos del espíritu, y se le ensanchaba la comprensión de las cosas, y se afinaba su inteligencia. ¡Y fué para bien suyo todo aquello! ¡Qué verdad es que las almas finas ejercen una influen-

cia grande sobre las almas groseras! Así, pues, con las palabras dulces de Fuerza-de-los-Corazones, el pescador Califa, insensato y brutal hasta entonces, se convertía por momentos en un elegante ciudadano, dotado de modales excelentes y de elocuente lenguaje.

En efecto, cuando Fuerza-de-los-Corazones hubo de indicarle de aquel modo la conducta que tenía que seguir, sobre todo en el caso de que le llamaran otra vez á presencia del Emir de los Creyentes, el pescador Califa contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Tus advertencias ¡oh señora mía! son mi norma de conducta, y tu benevolencia es la sombra en que me complazco! ¡Escucho y obedezco! ¡Alah te colme con sus bendiciones y satisfaga tus menores deseos! ¡He aquí entre tus manos al más abnegado de tus esclavos, á Califa el pescador, obediente y lleno de cortesía para con tus méritos!» Luego añadió: «¡Habla, ¡oh mi señora! ¿Qué puedo hacer para servirte?» Ella contestó: «¡Oh Califa! solamente necesito un cálamo, un tintero y una hoja de papel.» Y Califa apresuróse á correr á casa de un vecino, que le procuró aquellos diversos objetos; y se los llevó á Fuerza-de-los-Corazones, que en seguida escribió una larga misiva al hombre de negocios del califa, al mismo joyero Ibn Al-Kirnas, que en otro tiempo la había comprado y ofrecido como regalo al califa. Y en aquella carta le ponía al corriente de cuanto hubo de acaecerle, y le explicaba que se encontraba en la vivienda

del pescador Califa, á quien pertenecía en virtud de la venta y la compra. Y dobló la misiva y se la entregó á Califa, diciéndole: «¡Toma esta misiva y ve á entregársela en el zoco de los joyeros á Ibn Al-Kirnas, el hombre de negocios del califa, cuya tienda conoce todo el mundo! ¡Y no olvides mis recomendaciones con respecto á los buenos modales y al lenguaje!» Y Califa contestó con el oído y la obediencia, cogió la misiva, llevándosela á los labios y á la frente luego, y se apresuró á correr al zoco de los joyeros, en donde preguntó por la tienda de Ibn Al-Kirnas, la cual le indicaron. Y se acercó á la tienda, y con muy escogidas maneras se inclinó ante el joyero y le deseó la paz. Y el joyero correspondió á su deseo, pero á todo esto sin mirarle apenas, y le preguntó: «¿Qué quieres?» Y por toda respuesta, Califa le entregó la misiva. Y el joyero la cogió con la punta de los dedos y la dejó á su lado, en la alfombra, sin leerla ni siquiera abrirla, pues creía que se trataba de una instancia en demanda de limosna y que Califa era un mendigo. Y dijo á uno de sus servidores: «¡Dale medio dracma!» Pero Califa rechazó dignamente aquella limosna, y dijo al joyero: «¡No pido limosna! ¡Sólo te ruego que leas la esquela!» Y el joyero recogió la misiva, la desdobló y la leyó; y de improviso la besó y se la llevó á la cabeza respetuosamente, é invitó á sentarse á Califa, y le preguntó: «¡Oh hermano mío! ¿dónde está tu casa?» El pescador contestó: «En *tal* barrio y *tal*

calle y *tal* khan.» El joyero dijo: «¡Perfectamente!» Y llamó á sus dos empleados principales y les dijo: «Conducid á este honorable á la tienda de mi cambista Mohsén, á fin de que le dé mil dinares de oro. ¡Después traedle aquí lo más pronto posible!» Y los dos empleados condujeron á Califa á casa del cambista, al cual dijeron: «¡Oh Mohsén, da á este honorable mil dinares de oro!» Y el cambista pesó los mil dinares de oro y se los entregó á Califa, que volvió con ambos empleados á la tienda de Ibn Al-Kirnas; y le halló montado en una mula magníficamente enjaezada, rodeado de cien esclavos vestidos con ricos trajes. Y el joyero le indicó otra mula no menos hermosa, y le dijo que montara en ella y le siguiera. Pero dijo Califa: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! que en mi vida monté en una mula, y no sé ir á caballo ni en asno!» Y el joyero le dijo: «¡No importa! ¡Pues aprenderás hoy!» Y dijo Califa: «¡Tengo miedo de que me tire al suelo y me rompa las costillas!» El joyero contestó: «¡No tengas miedo y monta!» Y dijo Califa: «¡En el nombre de Alah!» Y de un salto montó en la mula, pero colocándose al revés, y le cogió la cola en vez de la brida. Y la mula, que era en exceso cosquillosa, se estremeció y empezó á corcovear, dando con él en tierra sin tardanza. Y Califa se levantó dolorido, y dijo: «¡Bien sabía yo que nunca podré ir de otro modo que sobre mis pies!»

¡Pero esta fué la última de las tribulaciones de Califa! Y en lo sucesivo su destino había de condu-

cirle resueltamente por el camino de las prosperidades...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 574.^a NOCHE**

Ella dijo:

...¡Pero esta fué la última de las tribulaciones de Califa! Y en lo sucesivo su destino había de conducirle resueltamente por el camino de las prosperidades.

En efecto, el joyero dijo á dos de sus esclavos: «¡Conducid al hammam á este amo vuestro que aquí veis, y decid que le den un baño de primera calidad! ¡Y llevadle después á mi casa, adonde iré á buscarle!» Y se marchó solo á la vivienda de Califa, en busca de Fuerza-de-los-Corazones, para llevársela á su casa también.

En cuanto á Califa, los dos esclavos le condujeron al hammam, en donde no había puesto los pies él en su vida, y se lo confiaron al mejor masajista y á los mejores bañeros, que al punto se dedicaron á lavarle y frotarle. ¡Y le sacaron de la piel y de los cabellos una porción de suciedades de todas clases, y piojos y chinches de todas las variedades!

Y le arreglaron y le refrescaron, y después de secarle, le vistieron con un suntuoso traje de seda que habían ido á comprar á toda prisa ambos esclavos. Y ataviado de tal modo, le condujeron á la morada de su amo Ibn Al-Kirnas, que ya estaba allí de vuelta con Fuerza-de-los-Corazones.

Y al entrar en la sala principal de la casa, Califa vió á la joven sentada en un hermoso diván y rodeada por una muchedumbre de servidoras y esclavas que se apresuraban á servirla. Y por cierto que á la misma puerta de la casa, al divisarle el portero, se apresuró á levantarse en honor suyo y besarle la mano respetuosamente. Y todo aquello sumía en el mayor asombro á Califa. Pero no lo demostró por temor de parecer mal educado. É incluso cuando todo el mundo se agrupó á su alrededor para decirle: «¡Sea delicioso tu baño!», supo contestar con urbanidad y elocuencia; y al herirle en los oídos sus propias palabras, le maravillaban y le halagaban agradablemente.

De modo que, cuando estuvo en presencia de Fuerza-de-los-Corazones, se inclinó ante ella y esperó á que le dirigiese primero la palabra. Y Fuerza-de-los-Corazones levantóse en honor suyo y le cogió de la mano, y le hizo sentarse á su lado en el diván. Luego le presentó un tazón lleno de sorbete de azúcar perfumado con agua de rosas; y lo tomó él y lo bebió despacio, sin hacer ruido con la boca, y para mostrar mejor su educación, lo vació sólo á medias, en lugar de tomárselo todo y

meter luego el dedo para rebañar, como hubiese hecho antes, sin duda. Y hasta dejó el tazón en la bandeja sin romperlo, y pronunció con palabra muy elocuente la fórmula de cortesía que entre la gente bien educada se pronuncia cuando se ha aceptado algo de comer ó de beber: «¡Ojalá dure siempre la hospitalidad de esta casa!» Y Fuerza-de-los-Corazones le contestó, encantada: «¡Y que tu vida dure otro tanto!» Y después de regalarle con un festín excelente, le dijo: «¡Ahora ¡oh Califa! ha llegado el momento de que muestres toda tu inteligencia y tus méritos! ¡Por tanto, escúchame bien, y no olvides lo que escuches! Desde aquí vas á ir al palacio del Emir de los Creyentes, y pedirás una audiencia, la cual te será concedida, y después de los homenajes que se deben al califa, le dirás: «¡Oh Emir de los Creyentes, te ruego que me otorgues un favor como recuerdo de la enseñanza que te di!» ¡Y te lo otorgará de antemano! Y le dirás: «¡Deseo que me hagas el honor de ser mi invitado esta noche!» ¡Eso es todo! ¡Y ya veremos si acepta ó no!»

Entonces se levantó Califa y salió acompañado por un séquito numeroso de esclavos puestos á su servicio, y vestido con un traje de seda que valdría muy bien mil dinares. Y de tal modo, aparecía en su plenitud la belleza nativa de sus facciones, ¡y estaba asombrador! Porque dice el proverbio: «¡Pon magníficos vestidos á una caña, y la caña resultará una recién casada!»

Cuando llegó á palacio fué advertido desde lejos por el jefe eunuco Sándalo, que se quedó estupefacto de aquella transformación, y corrió con toda la fuerza de sus piernas á la sala del trono, y dijo al califa: «¡Oh Emir de los Creyentes, no sé lo que pasa! ¡pero el caso es que Califa el pescador se ha convertido en rey! ¡Porque he aquí que viene vestido con un traje que valdrá muy bien mil dinares, y acompañado por un cortejo espléndido!» Y dijo el califa: «¡Hazle entrar!»

Así, pues, Califa fué introducido en la sala del trono, donde se hallaba Harún Al-Rachid en medio de su gloria. Y el pescador se inclinó como sólo saben inclinarse los más grandes de entre los emires, y dijo: «La paz sobre ti, ¡oh Comendador de los Creyentes, oh califa del Dueño de los Tres Mundos, defensor del pueblo de los fieles y de nuestra fe! ¡Alah el Altísimo prolongue tus días y honre tu reino y exalte tu dignidad y la eleve hasta el rango más alto!»

Y al ver y oír todo aquello, el califa llegó al límite de la maravilla. Y no podía comprender por qué camino había llegado tan rápidamente á Califa la fortuna. Y preguntó á Califa: «¿Me dirás, ante todo, ¡oh Califa! de dónde sacaste esas ropas tan hermosas?» El pescador contestó: «De mi palacio, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa preguntó: «¿Pero tienes un palacio, ¡oh Califa!?» El pescador contestó: «Tú lo has dicho, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Y precisamente vengo á invitarte para que esta

noche lo ilumines con tu presencia! Eres, pues, mi invitado.» Y Al-Rachid, cada vez más estupefacto, acabó por sonreír, y preguntó: «¿Tu invitado? ¡Sea! ¿Pero lo soy yo solo ó yo y todos los que están aquí conmigo?» El pescador contestó: «Tú y todos los que quieras llevar contigo!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 575.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Tú y todos los que quieras llevar contigo!» Y Harún miró á Giafar, y Giafar se acercó á Califa y le dijo: «Seremos tus huéspedes esta noche, ¡oh Califa! ¡Así lo desea el Emir de los Creyentes!» Y Califa, sin añadir una palabra más, besó la tierra entre las manos del califa, y después de dar á Giafar las señas de su nueva morada, volvió junto á Fuerza-de-los-Corazones, á la cual dió cuenta del éxito de su empresa.

En cuanto al califa, se había quedado muy perplejo, y dijo á Giafar: «¿Cómo puedes explicarte, ¡oh Giafar! esta transformación tan repentina de Califa, el mísero villano de ayer, en un ciudadano tan fino y tan elocuente, y en rico entre los emires

y mercaderes más ricos?» Y contestó Giafar: «¡Sólo Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! conoce los recodos del camino que el Destino sigue!»

Y cuando fué de noche, el califa montó á caballo, y acompañado de Giafar, de Massrur y de algunos íntimos, se presentó en la morada adonde le invitaron. Y al llegar á ella, vió que, desde la entrada hasta la puerta de recepción, estaba el suelo cubierto de hermosos tapices de valor, y los tapices estaban sembrados de flores de todos colores. Y advirtió al pie de la escalera á Califa, que le esperaba sonriendo, y que se apresuró á tenerle el estribo para ayudarle á bajar del caballo. Y le deseó la bienvenida, inclinándose hasta el suelo, y le introdujo, diciendo: «¡Bismilah!»

Y el califa se encontró en una sala grande, alta de techo, suntuosa y rica, en medio de la cual había un trono cuadrado de oro macizo y de marfil, erguido sobre cuatro pies de oro, y en el cual le rogó Califa que se sentara. Y al punto entraron con inmensas bandejas de porcelana unos coperos jóvenes como lunas, que les presentaron copas preciosas llenas de cocimientos de almizcle puro helados, refrescantes y deliciosos. Después entraron otros mozos jóvenes, vestidos de blanco y más hermosos que los anteriores, sirviéndoles manjares de colores admirables, patos rellenos, pollos, corderos asados, y toda clase de aves asadas. Luego entraron otros esclavos blancos, jóvenes y encantadores, de cintura ceñida y elegante, que levan-

taron los manteles y sirvieron las bandejas de bebidas y dulces. ¡Y coloreábanse los vinos en vasos de cristal y en tazones de oro enriquecidos con pedrerías! Y cuando corrieron entre las manos blancas de los coperos, exhalaban un aroma no parecido á ningún otro, de modo que en verdad podían aplicárseles estos versos del poeta:

¡Coperero, échame de ese vino añejo, y échaselo también á mi camarada, que es este niño al que amo!

¡Oh precioso vino! ¿qué nombre digno de tus virtudes te daré? ¡Te llamaré «licor de la recién casada»!

Así es que el califa, más maravillado cada vez, dijo á Giafar: «¡Oh Giafar! ¡por vida de mi cabeza, que no sé lo que debo admirar más aquí, si la magnificencia de esta recepción ó las maneras refinadas, exquisitas y nobles de nuestro huésped! ¡En verdad que no llega á tanto mi entendimiento!» Pero Giafar contestó: «¡Cuanto estamos viendo nada es en comparación de lo que puede hacer todavía Quien no tiene mas que decir á las cosas: «¡Sed!» para que sean! ¡De todos modos, ¡oh Emir de los Creyentes! lo que yo admiro especialmente en Califa es la seguridad de su palabra y su sabiduría consumada! ¡Y eso me parece una señal de su buen destino! ¡Porque Alah, cuando distribuye sus dones á los humanos, concede la sabiduría á aquellos que su deseo elige entre todos, y les otorga con preferencia los bienes de este mundo!»

Entretanto, volvió Califa, que se había ausentado un momento, y tras nuevos deseos de bienvenida, dijo al califa: «¿Quiere el Emir de los Creyentes permitir á su esclavo que le presente una cantarina tañedora de laúd para encantar las horas de su noche? ¡Porque en este momento no hay en Bagdad cantarina más experta ni música más hábil!» Y contestó el califa: «¡Claro que te está permitido!» Y Califa se levantó, entró á ver á Fuerza-de-los-Corazones, y le dijo que había llegado el momento.

Entonces, Fuerza-de-los-Corazones, que ya estaba toda ataviada y perfumada, no tuvo mas que envolverse en su gran izar y cubrirse la cabeza y el rostro con el ligero velillo de seda, para estar dispuesta á presentarse. Y Califa la cogió de la mano, y velada de aquel modo la introdujo en la sala, emocionándose los circunstantes á la vista de sus andares reales.

Y cuando ella hubo besado la tierra entre las manos del califa, que no podía adivinar quién fuese, se sentó no lejos de él, templó las cuerdas de su laúd, y preludió con una ejecución que arrebató en un éxtasis á todo el auditorio. Luego cantó:

*¿Devolverá el tiempo á nuestro amor aquellos á
quienes amamos? ¡Ah, dulce unión de los amantes!
¿volveré á saborearte?*

*¡Oh encanto de las noches en la morada amorosa!
¡oh encanto de mis noches! ¿Viviría yo aún sin
esperarte?*

Al oír de nuevo aquella voz, cuyos acentos le eran tan conocidos...

En este momento de su narración, Scharazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 576.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Al oír de nuevo aquella voz, cuyos acentos le eran tan conocidos, el califa, emocionado en un grado de intensidad extraordinaria, se puso muy pálido, y cuando se exhalaban las últimas palabras del canto, cayó desvanecido. Y todo el mundo se agrupó á su alrededor, prodigándole grandes cuidados. Pero Fuerza-de-los-Corazones llamó á Califa, y le dijo: «¡Di á todos que se retiren por un momento á la sala contigua, y nos dejen solos!» Y Califa rogó que se retiraran á los invitados, con el fin de que Fuerza-de-los-Corazones tuviese libertad para prodigar al califa los cuidados necesarios. Y cuando abandonaron los demás la sala, Fuerza-de-los-Corazones arrojó lejos de sí, con un movimiento rápido, el izar que la envolvía y el velillo que le tapaba el rostro, y apareció vestida con un traje semejante por completo á los que vestía en el palacio, cuando el califa la acompañaba. Y se acercó

á Al-Rachid, que seguía tendido sin movimiento, y se sentó junto á él, y le roció con agua de rosas y le hizo aire con un abanico, y acabó por reanimarle.

Y el califa abrió los ojos, y al ver al lado suyo á Fuerza-de-los-Corazones, estuvo á punto de desmayarse por segunda vez; pero se apresuró ella á besarle las manos, sonriendo y con lágrimas en los ojos; y el califa exclamó en el límite de la emoción: «¿Estamos en el día de la Resurrección, y se despiertan en sus tumbas los muertos, ó es que estoy soñando?» Y contestó Fuerza-de-los-Corazones: «¡Oh Emir de los Creyentes, ni estamos en el día de la Resurrección, ni sueñas! ¡Porque soy Fuerza-de-los-Corazones, y estoy viva! ¡Y mi muerte sólo ha sido un simulacro!» Y en pocas palabras le contó desde el principio hasta el fin cuanto le había ocurrido. Luego añadió: «¡Y toda la felicidad que nos viene ahora se la debemos á Califa el pescador!» Y al oír todo aquello, Al-Rachid tan pronto lloraba y sollozaba como reía de gusto. Y cuando acabó de hablar ella, la estrechó entre sus brazos, y la besó en los labios durante mucho tiempo, apretándola contra su pecho. ¡Y no pudo pronunciar una palabra! Y así permanecieron ambos durante una hora.

Entonces Califa se levantó, y dijo: «¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! ahora no creo harás que me azoten!» Y el califa, repuesto ya del todo, se echó á reír, y le dijo: «¡Oh Califa! ¡cuanto yo

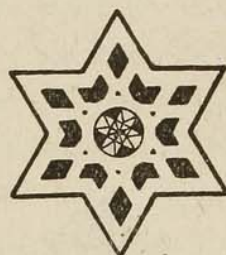
pudiera hacer por ti en lo sucesivo, no será nada en comparación de lo que te debemos! Sin embargo, ¿quieres ser mi amigo y gobernar una provincia de mi Imperio?» Y contestó Califa: «¿Puede el esclavo rehusar las ofertas de su amo magnánimo?» Entonces Al-Rachid le dijo: «Pues bien, Califa; no solamente quedas nombrado gobernador de provincia, con emolumentos de diez mil dinares al mes, ¡sino que deseo que la propia Fuerza-de-los-Corazones escoja para ti á su gusto, entre las jóvenes de palacio y las hijas de los emires y de los notables, una joven que será tu esposa! ¡Y yo mismo me encargo de su ropa y de la dote que tú has de aportar á su padre! ¡Y en adelante quiero verte todos los días, y tenerte en los festines á mi lado y en primera fila entre mis íntimos! ¡Y poseerás un tren de casa digno de tus funciones y de tu rango, y todo aquello que pueda desear tu alma!»

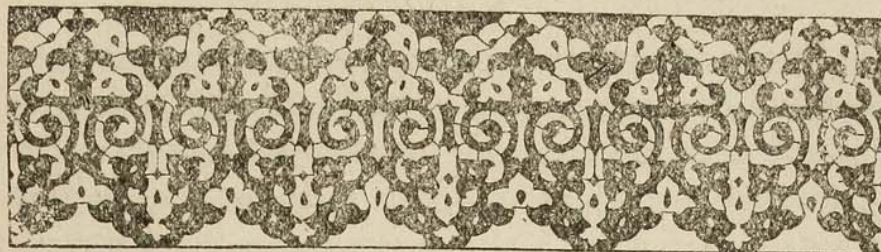
Y Califa besó la tierra entre las manos del califa. ¡Y tuvo toda esta dicha y muchas otras felicidades más! Y dejó de ser soltero, y vivió años y años con la joven esposa que hubo de escogerle Fuerza-de-los-Corazones, y que era la más bella y la más modesta de las mujeres de su tiempo. ¡Así fué! ¡Gloria al que otorga sus favores á las criaturas y reparte á su arbitrio alegrías y felicidades!

Luego dijo Schahrazada: «¡Pero no creas ¡oh rey afortunado! que esta historia es más admirable ó más

maravillosa que la que te reservo para acabar esta noche!» Y exclamó el rey Schahriar: «En verdad ¡oh Schahrazada! que no dudo ya de tus palabras. ¡Pero dime pronto el nombre de esa historia que tenías reservada para esta noche! ¡Pues debe ser extraordinaria, si es más admirable que la de Califa el pescador!» Y Schahrazada sonrió, y dijo: «Sí, ¡oh rey! Esa historia se llama LAS...







LAS AVENTURAS DE HASSAN AL-BASSRI



Y Schahrazada dijo al rey Schahriar:

Has de saber, ¡oh rey afortunado! que la historia maravillosa que voy á contarte tiene un origen extraordinario que es preciso que te revele antes de empezar; de otro modo no sería fácil comprender cómo llegó hasta mí.

En efecto, en los años y las edades de hace mucho tiempo, había un rey entre los reyes de Persia y del Khorasán, que tenía bajo su dominación al país de la India, de Sindh y de la China, así como á los pueblos que habitan al otro lado del Oxus, en las tierras bárbaras. Se llamaba el rey Kendamir. Y era un héroe de valor indomable y un jinete muy brioso, que sabía manejar la lanza,

y le apasionaban los torneos, las cacerías y las cabalgadas guerreras; pero prefería mucho más que ninguna cosa la conversación con gente agradable y personas instruidas, y en los festines concedía el sitio de honor junto á él á los poetas y á los narradores. ¡Pero hay más aún! Cuando un extranjero, tras de aceptarle su hospitalidad y experimentar los efectos de su espléndidez y de su generosidad, le relataba algún cuento desconocido todavía para el monarca ó alguna historia hermosa, el rey Kendamir le colmaba de favores y de beneficios, y no le enviaba á su país hasta que había satisfecho sus menores deseos, y hacía que le acompañara durante todo el viaje un cortejo espléndido de jinetes y esclavos á sus órdenes. En cuanto á sus narradores habituales y á sus poetas, les trataba con las mismas consideraciones que á sus visires y á sus emires. Y de aquel modo, el palacio habíase convertido en morada grata de cuantos sabían construir versos, ordenar odas ó hacer revivir con su palabra el pasado y las cosas muertas.

Así, pues, no hay por qué asombrarse de que, al cabo de cierto tiempo, el rey Kendamir hubiese oído todos los cuentos conocidos de los árabes, de los persas y de los indios, y los conservase en su memoria con los pasajes más hermosos de los poetas y las enseñanzas de los analistas versados en el estudio de los pueblos antiguos. De modo que, después de recapitular cuanto sabía, no le quedó nada que aprender ni nada que escuchar.

Cuando se vió en aquel estado, se sintió poseído de una tristeza extremada y sumido en una gran perplejidad. Entonces, sin saber ya cómo ocupar sus ocios habituales, se encaró con su jefe eunuco, y le dijo: «¡Vete en seguida en busca de Abu-Alí!» Abu-Alí era el narrador favorito del rey Kendamir; y era tan elocuente y tenía tan altas dotes, que podía hacer durar un cuento un año entero, sin interrumpirlo y sin cansar ni una sola noche la atención de sus oyentes. Pero, como todos sus compañeros, había agotado ya su saber y sus recursos de elocuencia, y desde hacía mucho tiempo se encontraba falto de historias nuevas.

El eunuco se apresuró, pues, á buscarle y á introducirle en el aposento del rey. Y el rey le dijo: «¡He aquí ¡oh padre de la elocuencia! que agotaste tu saber y te encuentras falto de historias nuevas! ¡Sin embargo, te hice venir, porque es absolutamente necesario que, á pesar de todo, relates un cuento extraordinario y desconocido para mí y tal como no hube de oírle! Porque ahora me gustan más que nunca las historias y el relato de las aventuras. Así es que, como logres encantarme con las palabras hermosas que me harás oír, corresponderé regalándote inmensas tierras de las que serás el amo, y fortalezas y palacios, con un firmán que te libre de todo género de cuotas y tributos; y también te nombraré mi gran visir y te haré sentar á mi derecha; y gobernarás á tu arbitrio, con autoridad plena y entera, en medio de mis vasallos y

de los súbditos de mis reinos. ¡Y si lo anhelas, incluso te legaré el trono después de mi muerte, y mientras yo esté vivo, te pertenecerá cuanto me pertenezca! ¡Pero si tu destino es lo bastante nefasto para que no puedas satisfacer el deseo que acabo de expresarte, y que supone para mi alma mucho más que poseer la tierra entera, desde ahora puedes ir á despedirte de tus parientes y decirles que te espera el palo!»

Al oír estas palabras del rey Kendamir, el narrador Abu-Alí comprendió que estaba perdido irremisiblemente, y repuso: «¡Escucho y obedezco!» Y bajó la cabeza, con el rostro muy pálido, presa de una desesperación sin remedio. Pero al cabo de cierto tiempo, levantó la cabeza, y dijo: «¡Oh rey! ¡Tu ignorante esclavo, antes de morir, pide una gracia á tu generosidad!» Y preguntó el rey: «¿Y qué es ello?» El otro dijo: «Que le concedas sólo un plazo de un año para permitirle encontrar lo que le pides. ¡Y si pasado ese plazo no encuentra el cuento consabido, ó si, aunque lo encuentre, no es el más hermoso, el más maravilloso y el más extraordinario que haya llegado á oídos de los hombres, sufriré, sin amargura en mi alma, el suplicio del palo!»

Al oír estas palabras, el rey Kendamir se dijo: «¡Muy largo es ese plazo! ¡Y ningún hombre sabe si ha de vivir aún el día siguiente!» Luego añadió: «¡No obstante, es tan grande mi deseo de oír una historia más, que te concedo ese plazo de un año;

pero es con la condición de que no te muevas de tu casa durante todo ese tiempo!» Y el narrador Abu-Alí besó la tierra entre las manos del rey y se apresuró á regresar á su casa.

Ya en ella, tras de reflexionar gran rato, llamó á cinco de sus jóvenes mamalik, que sabían leer y escribir, y que, además, eran los más sagaces, los más abnegados y los más distinguidos de entre sus servidores todos, y á cada uno de ellos le entregó cinco mil dinares de oro. Luego les dijo: «¡Os eduqué y cuidé y alimenté en mi casa para cuando llegara un día como este! ¡Á vosotros incumbe, pues, socorrerme y ayudarme á salir de entre las manos del rey!» Ellos contestaron: «Ordena, ¡oh amo nuestro! ¡Nuestras almas te pertenecen, y te serviremos de rescate!» Él dijo: «¡Escuchad! ¡Cada uno de vosotros partirá para los países extranjeros por los diferentes caminos de Alah! Recorred todos los reinos y todas las comarcas de la tierra en busca de los sabios, de las personas sagaces, de los poetas y de los narradores más célebres! ¡Y preguntadles, á fin de transmitírmela, si conocen la historia de LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI! ¡Y si, por un favor del Altísimo, la conoce alguno de ellos, rogadle que os la cuente ú os la escriba á cualquier precio! ¡Porque sólo merced á esa historia podréis salvar á vuestro amo del palo que le espera!» Luego encaróse con cada uno de ellos en particular, y dijo al primer mameluco: «¡Tú irás por los países de las Indias y del Sindh y por las co-

marcas y provincias que de ellos dependen!» Y dijo al segundo: «¡Tú irás por Persia y China y por los países limítrofes!» Y dijo al tercero: «¡Tú recorrerás el Khorasán y sus dependencias!» Y dijo al cuarto: «¡Tú explorarás todo el Maghreb de Oriente á Occidente!» Y dijo al quinto: «¡En cuanto á ti, ¡oh Mobarak! visitarás el país de Egipto y la Siria!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 577.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡En cuanto á ti, ¡oh Mobarak! visitarás el país de Egipto y la Siria!»

Así habló á sus cinco abnegados mamalik el narrador Abu-Alí. Y les escogió para la partida un día de bendición, y les dijo: «¡Partid en este día bendito! ¡Y volved con la historia de que dependerá mi redención!» Y se despidieron ellos de él, y se dispersaron en cinco direcciones distintas.

Pero, al cabo de once meses, los cuatro primeros regresaron uno tras de otro muy desencantados, y dijeron á su amo que, á pesar de las más exactas pesquisas por los países lejanos que acababan de recorrer, el destino no les había puesto sobre

la pista del narrador ó del sabio que anhelaban, y no habían encontrado por ninguna parte, ni en las ciudades ni en las tiendas ni en el desierto, mas que narradores y poetas vulgares, cuyas historias eran universalmente conocidas; pero en cuanto á las aventuras de Hassán Al-Bassri, ¡ninguno las conocía!

Al oír estas palabras, el pecho del viejo narrador Abu-Alí se oprimió hasta el límite de la opresión, y ante su rostro se ennegreció el mundo. Y exclamó: «¡No hay recurso ni fuerza mas que en Alah el Omnipotente! ¡Al presente veo bien que en el libro del Angel está escrito que me espera en el palo mi destino!» É hizo sus preparativos y su testamento antes de morir con aquella muerte de brea. ¡Y he aquí lo referente á él!

Pero respecto al quinto mameluco, que se llamaba Mobarak, he aquí que recorrió todo el país de Egipto y una parte notable de Siria, sin hallar huella de lo que buscaba. Y ni siquiera los narradores famosos del Cairo pudieron informarle acerca del particular, aunque su saber supera al entendimiento. ¡Más aún! ¡Ni siquiera oyeron hablar nunca á sus padres ó á sus abuelos, narradores como ellos, de la existencia de aquella historia! Así es que el joven mameluco tomó el camino de Damasco, aunque no esperaba poder realizar satisfactoriamente aquella empresa.

Y he aquí que, en cuanto llegó á Damasco, se sintió en seguida poseído por el encanto de su clima,

de sus jardines, de sus aguas y de su magnificencia. Y su entusiasmo habría llegado á los límites extremos si él no tuviese el espíritu tan preocupado por su misión irrealizable. Y como era tarde, recorría las calles de la ciudad en busca de algún khan donde pasar la noche, cuando al volver de los zocos vió una muchedumbre de cargadores, barrenderos, arrieros, cavadores, mercaderes y aguadores, así como otras muchas personas, que corrían presurosos en una misma dirección todo lo más de prisa posible. Y se dijo: «¿Quién sabe adónde irá toda esta gente?» Y cuando se disponía á correr con ellos, le empujó con violencia un joven que acababa de tropezar enganchándose el pie en las orlas de su traje á causa de su precipitación en la marcha. Y el mameluco le ayudó á levantarse, y después de secarle la espalda, le preguntó: «¿Adónde vas de esta manera? ¡Te veo muy preocupado y lleno de impaciencia, y no sé qué pensar al ver también á los demás haciendo lo que tú!» El joven le contestó: «Advierto que eres un extranjero, ya que así ignoras el motivo de nuestra carrera. Pues has de saber que, por mi parte, quiero ser uno de los primeros en llegar allá lejos, á la sala abovedada en que se halla el jeique Ishak Al-Monabbi, el narrador sublime de nuestra ciudad, el que cuenta las historias más maravillosas del mundo. ¡Y como siempre tiene fuera y dentro una gran muchedumbre de oyentes, y los que llegan los últimos no pueden disfrutar como es debido de la

historia contada, te ruego que dispenses ahora mi prisa por dejarte!» Pero el joven mameluco se cogió á la ropa del habitante de Damasco, y le dijo: «¡Oh hijo de gentes de bien! te suplico que me lleves contigo, á fin de que encuentre un buen sitio cerca del jeique Ishak. ¡Porque yo también anhelo vivamente oírle, y por él precisamente es por quien vengo de mi lejano país!» Y contestó el joven: «¡Sígueme, pues, y corramos!» Y empujando á derecha y á izquierda á las gentes pacíficas que entraban á sus casas, se abalanzaron á la sala donde celebraba sus sesiones el jeique Ishak Al-Monabbi.

Y he aquí que, al entrar en aquella sala de techo abovedado, del que descendía una frescura dulce, Mobarak divisó, sentado en un sillón en medio del círculo silencioso de cargadores, mercaderes, notables, aguadores y demás, á un venerable jeique de rostro señalado por la bendición, de frente aureolada de esplendor, que hablaba con una voz grave, continuando la historia que hubo de comenzar hacía más de un mes ante sus oyentes fieles. Pero la voz del jeique no tardó en animarse contando las hazañas insuperables de su guerrero. Y de pronto levantóse de su asiento, sin poder ya contener su vehemencia, y empezó á recorrer la sala de un extremo á otro entre sus oyentes, haciendo voltear el alfanje del guerrero cortador de cabezas y destrozando en mil añicos á los enemigos. ¡Mueran los traidores! ¡Y sean malditos y abrasados en el fuego del infierno! ¡Y Alah preserve al guerrero! ¡Ya está

preservado! ¡Pero no! ¿Dónde están nuestras espadas, dónde están nuestros palos, para volar en su socorro? ¡Hele aquí! ¡Sale triunfante de la refriega, aplastando á sus enemigos, derribados con ayuda de Alah! ¡Así, pues, gloria al Todopoderoso, dueño de la valentía! ¡Y vaya ahora el guerrero á la tienda en que le espera la enamorada, y que las bellezas diversas de la joven le hagan olvidar los peligros corridos por ella! ¡Y loores á Alah, que ha creado á la mujer para que ponga bálsamo en el corazón del guerrero y fuego en sus entrañas!

Como el jeique Ishak ponía fin á la sesión con estas palabras aquella tarde, los oyentes se levantaron en el límite del éxtasis, y repitiendo las últimas palabras del narrador, salieron de la sala. Y el mameluco Mobarak, maravillado de arte tan admirable, se acercó al jeique Ishak, y después de besarle la mano, le dijo: «¡Oh mi señor, soy un extranjero, y deseo pedirte una cosa!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 578.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Oh mi señor, soy un extranjero, y deseo pedirte una cosa!» Y el jeique le devolvió su zalema, y contestó: «¡Habla! El extranjero no es para nosotros extranjero. ¿Qué te hace falta?» El otro contestó: «¡Vengo desde muy lejos á ofrecerte un regalo de mil dinares de oro de parte de mi amo el narrador Abu-Alí del Khorasán! ¡Porque te considera el maestro de todos los narradores de este tiempo, y quiere probarte así su admiración!» El jeique Ishak contestó: «¡Ciertamente, nadie sabrá ignorar la fama del ilustre Abu-Alí del Khorasán! Acepto, pues, de todo corazón amistoso el regalo de tu amo, y quisiera en cambio enviarle alguna cosa por mediación tuya. ¡Dime, pues, lo que más le gusta, á fin de que mi regalo le agrade más aún!» Al oír estas palabras tanto tiempo esperadas, el mameluco Mobarak se dijo: «¡Heme aquí al cabo de mis deseos! ¡Y este será mi último recurso!» Y contestó: «Alah te colme con sus bendiciones, ¡oh mi señor! ¡Pero los bienes de este mundo son numerosos sobre la cabeza de Abu-Alí, que no desea mas que una cosa, y es adornar su espíritu con lo que no conoce! ¡Así es que me ha enviado á ti para pedirte por favor que le

enseñes algún cuento nuevo con el que pueda endulzar los oídos de nuestro rey! ¡Por ejemplo, nada podría conmoverle más que saber por ti, si acaso la conoces, la historia que se llama LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI.» El jeique contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡tu deseo será satisfecho, y con creces, porque conozco esa historia, y por cierto que soy el único narrador que la conoce sobre la faz de la tierra! Y razón tiene en buscarla tu amo Abu-Alí, pues sin duda es una de las historias más extraordinarias que existen, y en otro tiempo me la contó un santo derviche, muerto ya, que la sabía por otro derviche, muerto también. Y para hacer honor á la generosidad de tu amo, no solamente voy á contártela, sino á dictártela con todos sus detalles desde el principio hasta el fin. ¡Sin embargo, para esta donación de mi parte, pongo una condición expresa, que te comprometerás, por juramento, á cumplir, si quieres tener esa copia!» El mamluco contestó: «¡Estoy dispuesto á aceptar todas las condiciones, aun poniendo en peligro mi alma!» El narrador dijo: «Pues bien; como esta historia es de las que no se cuentan á cualquiera y no está hecha para todo el mundo, sino sólo para personas escogidas, vas á jurarme en nombre tuyo y en el de tu amo, que jamás dirás una palabra de ella á cinco clases de personas: los ignorantes, porque su espíritu grosero no sabría estimarla; los hipócritas, que se asustarían al oirla; los maestros de escuela, incapaces y atrasados, que no

la comprenderían; los idiotas, porque son como los maestros de escuela; y los descreídos, que no podrían sacar de ella una enseñanza provechosa.» Y exclamó el mameluco: «¡Lo juro ante la faz de Alah y ante ti, ¡oh mi señor!» Luego se desciñó el cinturón y extrajo de él un saco que contenía mil dinares de oro, y se lo entregó al jeique Ishak. Y el jeique, á su vez, le presentó un tintero y un cá-lamo y le dijo: «¡Escribe!» Y se puso á dictarle palabra por palabra toda la historia de LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI, tal como le fué transmitida por el derviche. Y aquel dictado duró siete días y siete noches sin interrupción. Tras de lo cual el mameluco volvió á leer al jeique lo que había escrito, y aquél rectificó diversos pasajes y corrigió las faltas ortográficas. Y en el límite de la alegría el mameluco Mobarak besó la mano al jeique, y después de decirle adiós, se apresuró á emprender el camino del Khorasán. Y como la dicha le tornaba ligero, no invirtió en llegar mas que la mitad del tiempo que de ordinario necesitaban las caravanas.

Y he aquí que sólo faltaban diez días para que expirase el año fijado como plazo por el rey y para que se levantase delante de la puerta de palacio el palo que sería el suplicio de Abu-Alí. Y se había desvanecido por completo la esperanza en el alma del infortunado narrador, y había congregado éste á todos sus parientes y amigos para que le ayudasen á soportar con menos terror la hora espantosa que le esperaba. Y de improviso, en medio

de las lamentaciones, hizo su entrada el mameluco Mobarak, blandiendo el manuscrito, y se acercó á su amo, y después de besarle la mano, le entregó las hojas preciosas, la primera de las cuales ostentaba en letras grandes el título: HISTORIA DE LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL-BASSRI.

Al ver aquello, el narrador Abu-Alí se levantó y abrazó á su mameluco, y le hizo sentarse á su diestra, y se quitó sus propios trajes para ponérselos á él, y le colmó de muestras de honor y de beneficios; luego, tras de haberle libertado, le dió como regalo diez caballos de raza noble, cinco yeguas, diez camellos, diez mulas, tres negros y dos mozos jóvenes. Tras de lo cual cogió el manuscrito que le salvaba la vida, y lo copió de nuevo él mismo en letras de oro sobre un papel magnífico con su caligrafía más hermosa, poniendo anchos espacios entre las palabras, de manera que la lectura se hiciese grata y fácil. Y empleó en aquel trabajo nueve días enteros, tomándose apenas tiempo para pegar los ojos ó comer un dátil. Y el décimo día, á la hora señalada para su empalamiento, puso el manuscrito en una arquilla de oro y subió á ver al rey...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 579.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y el décimo día, á la hora señalada para su empalamiento, puso el manuscrito en una arquilla de oro y subió á ver al rey.

Al punto el rey Kendamir reunió á sus visires, á sus emires y á sus chambelanes, así como á los poetas y los sabios, y dijo á Abu-Alí: «¡La palabra de los reyes debe difundirse! ¡Léenos, pues, esa historia prometida! ¡Y á mi vez, no olvidaré yo lo que se convino entre nosotros en un principio!» Y Abu-Alí sacó de la arquilla de oro el maravilloso manuscrito, y desenrolló la primera hoja y comenzó su lectura. Y desenrolló la segunda hoja, y la tercera hoja y muchas hojas más, y continuó leyendo en medio de la admiración y de la maravilla de toda la asamblea. ¡Y fué tan extraordinario el efecto producido en el rey, que no quiso éste levantar la sesión aquel día! Y allí se comió, se bebió y se volvió á comenzar; y así hasta el final.

Entonces, el rey Kendamir, entusiasmado hasta el límite del entusiasmo y seguro para en lo sucesivo de que nunca más tendría un instante de aburrimiento, puesto que en su mano poseía semejante historia, se levantó en honor de Abu-Alí y le nom-

bró acto seguido gran visir suyo, destituyendo de su cargo al antiguo, y después de haberle puesto su propio manto real, le donó como propiedad hereditaria una provincia entera de su reino con sus ciudades, villas y fortalezas; y le retuvo á su lado como compañero íntimo y confidente. Luego le hizo guardar la arquilla con el manuscrito precioso en el armario de los papeles, para sacarlo después y que le leyeran la historia cuantas veces se presentara á las puertas de su alma el fastidio.

«Y esa es precisamente, ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—la historia maravillosa que voy á poder contarte, gracias á una copia exacta que ha llegado hasta mí.»

Se cuenta—¡pero Alah es más sabio y más prudente y más bienhechor!—que, en los años que se presentaron y transcurrieron hace mucho tiempo, había en la ciudad de Bassra un joven que era el más gracioso, el más hermoso y el más delicado entre todos los mozos jóvenes de su tiempo. Y se llamaba Hassán, y verdaderamente nunca nombre alguno había convenido de manera tan perfecta á un hijo de los hombres (1). Y el padre y la madre de Hassán le querían con un amor grande, porque no le tuvieron hasta los días de su extrema senilidad, y fué merced al consejo de un sabio lector de

(1) Hassán: hermoso.

libros mágicos, que les hizo comer las partes situadas entre la cabeza y la cola de una serpiente de la calidad de las serpientes grandes, según prescripción de nuestro señor Soleimán (¡con Él la paz y la plegaria!). Y he aquí que, al llegar el término fijado, Alah el que todo lo oye, el que todo lo ve, decretó la admisión del mercader, padre de Hassán, en el seno de Su misericordia; y el mercader murió en la paz de su Señor (¡Alah le tenga siempre en Su piedad!). Y de tal suerte encontróse el joven Hassán como único heredero de los bienes de su padre. Pero como estaba mal educado por sus padres, que le habían querido mucho, se apresuró á frecuentar el trato de los jóvenes de su edad, y en su compañía, no tardó en comerse en festines y en dissipaciones las economías de su padre. Y ya no le quedó nada entre las manos. Entonces, su madre, que tenía un corazón compasivo, no pudo sufrir el verle triste, y con su propia parte de herencia, le abrió en el zoco una tienda de orfebrería.

Y he aquí que la belleza de Hassán pronto atrajo hacia la tienda, con asentimiento de Alah, las miradas de todos los transeuntes; y no atravesaba el zoco ninguno que no se parase ante la puerta para contemplar la obra del Creador y maravillarse de ella. Y de tal suerte se convirtió la tienda de Hassán en centro de una aglomeración continua de mercaderes, de mujeres y de niños que reuníanse allá para verle manejar el martillo de orfebre y admirarle á su antojo.

Y he aquí que, un día entre los días, estando Hassán sentado en el interior de su tienda, mientras afuera aumentaba la acostumbrada aglomeración, acertó á pasar por allí un persa de larga barba blanca y gran turbante de muselina blanca. Su rostro y sus modales indicaban desde luego que era un notable y un hombre de importancia. Y tenía en la mano un libro antiguo. Y se detuvo delante de la tienda y se puso á mirar á Hassán con atención sostenida. Luego acercóse más á él, y dijo de manera que fuese oído: «¡Por Alah! ¡excelente orfebre!» Y empezó á mover la cabeza con los signos más evidentes de una admiración sin límites. Y permaneció allí quieto hasta que los transeuntes se dispersaron para la plegaria de la tarde. Entonces entró en la tienda y saludó á Hassán, que le devolvió la zalema y le invitó cortésmente á sentarse. Y el persa se sentó sonriéndole con gran ternura, y le dijo: «¡En verdad, hijo mío, que eres un joven muy agraciado! Y como yo no tengo hijos, quisiera adoptarte, á fin de enseñarte los secretos de mi arte, único en el mundo, y que millares y millares de personas me suplicaron inútilmente que les enseñara. Y ahora mi alma y la amistad que nació en mi alma por ti me impulsan á revelarte lo que hasta hoy oculté cuidadosamente, para que después de mi muerte seas tú el depositario de mi ciencia. Y de tal suerte pondré entre ti y la pobreza un obstáculo infranqueable, y te libraré de ese trabajo fatigoso del martillo y de ese oficio poco lucrativo, indigno

de tu persona encantadora, ¡oh hijo mío! y que ejerces en medio del polvo, del carbón y de la llama!» Y contestó Hassán: «¡Por Alah, ¡oh mi venerable tío! que sólo deseo ser tu hijo y el heredero de tu ciencia! ¿Cuándo quieres, pues, comenzar á iniciarme?» El persa contestó: «¡Mañana!» Y levantándose en seguida, cogió con sus dos manos la cabeza de Hassán y le besó. Luego salió sin añadir una palabra más...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 580.ª NOCHE

Ella dijo:

...cogió con sus dos manos la cabeza de Hassán y le besó. Luego salió sin añadir una palabra más.

Entonces, Hassán, extremadamente turbado con todo aquello, se apresuró á cerrar su tienda y corrió á casa para contar á su madre lo que acababa de ocurrir. Y la madre de Hassán repuso, muy conmovida: «¿Qué me cuentas ya, Hassán? ¿Y cómo puedes creer en las palabras de un persa hereje?» Hassán dijo: «¡Ese venerable sabio no es un hereje, pues lleva un turbante de muselina blanca como el de los verdaderos creyentes!» Ella contestó: «¡Ah

hijo mío, desengáñate! ¡Esos persas son unos miserables, unos seductores! ¡Y su ciencia es la alquimia! ¡Y sólo Alah sabe las asechanzas que tramman en la negrura de su alma, y el número de estratagemas de que se valen para despojar á la gentel! Pero Hassán se echó á reir, y dijo: «¡Oh madre mía, nosotros somos pobres, y no tenemos, en verdad, nada que pueda tentar la codicia de los demás! ¡En cuanto á ese persa, en toda la provincia de Bassra no hay ninguno que tenga un rostro y unos modales mejores! ¡Y he visto en él las señales más evidentes de la bondad y de la virtud! ¡Demos gracias á Alah, que hizo que su corazón se compadeciera de mi cualidad!» Al oir estas palabras, nada contestó ya la madre. Y Hassán aquella noche no pudo cerrar los ojos, de tan perplejo é impaciente como estaba.

Al día siguiente, se presentó muy temprano en el zoco con sus llaves, y abrió su tienda antes que todos los demás mercaderes. Y al punto vió entrar al persa, y se levantó con viveza en honor suyo y quiso besarle la mano; pero el otro no lo consintió, y le estrechó en sus brazos, y le preguntó: «¿Estás casado, ¡oh Hassán!?» Hassán contestó: «¡No, por Alah! ¡soy soltero, aunque mi madre no cesa de inclinarme al matrimonio!» El persa dijo: «¡Muy bien, entonces! ¡Porque si fueses casado, nunca habrías podido entrar en la intimidad de mis conocimientos!» Luego añadió: «¿Tienes cobre en tu tienda, hijo mío?» Hassán dijo: «¡Ahí tengo una

bandeja vieja, toda mellada, de cobre amarillo!» El persa dijo: «¡Eso mismo es lo que me hace falta! ¡Empieza, pues, por encender tu hornillo, pon al fuego tu crisol y haz funcionar tus fuelles! ¡Coge luego esa bandeja vieja de cobre y córtala en pedacitos con tus tijeras!» Y Hassán se apresuró á ejecutar la orden. Y el persa le dijo: «¡Ahora pon esos pedazos de cobre en el crisol, y activa el fuego hasta que se liquide todo el metal!» Y Hassán echó en el crisol los pedazos de cobre, activó el fuego y se puso á soplar con la caña sobre el metal hasta la licuefacción. Entonces levantóse el persa y se acercó al crisol y abrió su libro, y ante el líquido hirviente, leyó unas fórmulas en lengua desconocida; luego, levantando la voz, gritó: «¡*Hakh! ¡makh! ¡bakh!* ¡Oh vil metal, que el sol te penetre con sus virtudes! ¡*Hakh! ¡makh! ¡bakh!* ¡Oh vil metal, que la virtud del oro ahuyente tus impurezas! ¡*Hakh! ¡makh! ¡bakh!* ¡Oh cobre, conviértete en oro!» Y al pronunciar estas palabras, el persa alzó la mano hacia su turbante, y sacó de entre los pliegues de la muselina un paquete de papel doblado, que abrió; y cogió unos polvos amarillos como el azafrán, que apresuróse á echar en medio del cobre líquido dentro del hornillo. ¡Y al instante se solidificó el líquido y se convirtió en un pan de oro, del oro más puro!

Al ver aquello, Hassán quedó estupefacto en el límite de la estupefacción; y á una seña del persa, cogió su lima de ensayo y frotó con ella un extremo

del pan brillante; y comprobó que era oro de la calidad más fina y más estimada. Entonces, poseído de admiración, quiso coger la mano al persa y besársela; pero éste no se lo permitió, y le dijo: «¡Oh Hassán, ve en seguida al zoco á vender este pan de oro! ¡Y cobra el importe, y vuelve á tu casa á guardar el dinero, sin decir una palabra de lo que sabes!» Y Hassán fué al zoco, y entregó el pan al pregonero público, quien, después de comprobar su peso y calidad, lo pregonó y obtuvo por él en seguida mil dinares de oro y después dos mil al segundo pregón. Y se adjudicó en este precio el pan á un mercader, y Hassán cogió los dos mil dinares y fué á llevárselos á su madre, volando de alegría. Y la madre de Hassán, al ver todo aquel oro, no pudo en un principio pronunciar palabra, de tan llena de asombro como estaba; luego, cuando Hassán, riendo, le contó que aquello procedía de la ciencia del persa, ella alzó las manos y exclamó, aterrada: «¡No hay más dios que Alah, y no hay fuerza y poder más que en Alah! ¿Qué hiciste ¡oh hijo mío! con ese persa versado en la alquimia?» Pero Hassán contestó: «¡Precisamente ¡oh madre! ese venerable sabio está instruyéndome en la alquimia! ¡Y ha empezado por hacerme ver cómo se cambia un vil metal en el oro más puro!» Y sin prestar atención ya á las objeciones de su madre, Hassán cogió de la cocina el almirez grande de cobre en que su madre machacaba ajo y cebolla y confeccionaba las albóndigas de trigo molido, y co-

rrió á su tienda en busca del persa, que le esperaba. Y tiró al suelo el almirez de cobre y se puso á activar el fuego. Y el persa le preguntó: «¿Pero qué quieres hacer, ya Hassán?» Hassán contestó: «¡Quisiera convertir en oro el almirez de mi madre!» Y el persa se echó á reir y dijo: «¡Eres un insensato, Hassán, al querer mostrarte en el zoco por dos veces en el mismo día con lingotes de oro que despertarían las sospechas de los mercaderes, los cuales adivinarían que nos dedicamos á la alquimia, y atraerían sobre nuestra cabeza algo muy enojoso!» Hassán contestó: «¡Tienes razón! ¡pero quisiera que me enseñaras el secreto de la ciencia!» Y el persa se echó á reir más fuerte aún que la primera vez, y dijo: «¡Eres un insensato, Hassán, al creer que la ciencia y los secretos de la ciencia pueden enseñarse así, en plena calle ó en las plazas públicas, y que se pueden aprender en medio del zoco, á la vista de los guardias! ¡Pero si verdaderamente, ya Hassán, abrigas el firme propósito de instruirte de un modo completo, no tienes mas que recoger tus herramientas y seguirme á mi casa!» Y Hassán contestó sin vacilar: «¡Escucho y obedezco!» Y levantándose, recogió sus herramientas, cerró su tienda y siguió al persa.

Pero por el camino Hassán se acordó de las palabras de su madre acerca de los persas, y como le invadían el espíritu mil pensamientos, se detuvo en su marcha, sin saber á punto fijo lo que hacía, y con la cabeza baja se puso á reflexionar profun-

damente. Y el persa, que había vuelto, le vió en aquel estado y se echó á reir; luego le dijo: «¡Eres un insensato, Hassán! ¡Porque si estuvieras tan dotado de razón como de gentileza, no te detendrías ante el buen destino que te aguarda! ¿Cómo es posible que vaciles cuando quiero hacer tu felicidad?» Luego añadió: «¡Sin embargo, hijo mío, para que no tengas la más ligera duda acerca de mis intenciones, prefiero revelarte los secretos de mi ciencia en tu propia casa!» Y Hassán contestó: «¡Sí, ¡por Alah! así se tranquilizará mi madre!» Y dijo el persa: «¡Precédeme, pues, para enseñarme el camino!» Y Hassán echó á andar delante, y el persa detrás; y de tal suerte llegaron á casa de la madre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 581.^a NOCHE**

Ella dijo:

...y de tal suerte llegaron á casa de la madre. Y Hassán rogó al persa que esperara en el vestíbulo, y corriendo como un potro que triscase por los prados en la primavera, fué á prevenir á su madre de que tenían por huésped al persa. Y añadió: «Puesto que va á comer de nuestra comida en

nuestra casa, estaremos ligados por el pan y la sal, y así ya no podrás inquietarte por mí en lo sucesivo.» Pero la madre contestó: «¡Alah nos proteja, hijo mío! ¡El lazo del pan y de la sal es sagrado entre nosotros; pero no lo respetan esos persas abominables, que son adoradores del fuego, pervertidos y perjuros! ¡Ah hijo mío, qué calamidad nos persigue!» Hassán dijo: «¡Cuando veas á ese venerable sabio, no querrás dejarle salir de nuestra casa!» Ella dijo: «¡No! ¡por la tumba de tu padre, que no he de permanecer aquí mientras esté ese hereje! ¡Y cuando se marche, fregaré las baldosas de la habitación, y quemaré incienso, y ni siquiera te tocaré á ti durante un mes entero, pues temo que pudiera mancharme con tu contacto!» Luego añadió: «¡Sin embargo, puesto que ya está en nuestra casa y guardamos el oro que nos ha dado, voy á prepararos de comer, y después me marcharé en seguida á casa de los vecinos!» Y en tanto que Hassán iba en busca del persa, ella extendió el mantel, y tras de hacer muchas compras, puso en las bandejas pollos asados y cohombrós y diez clases de pasteles y confituras, y apresuróse á refugiarse en casa de los vecinos.

Entonces Hassán introdujo en el comedor á su amigo el persa, y le invitó á sentarse, diciéndole: «¡Es preciso que nos liguén el pan y la sal!» Y contestó el persa: «¡Sin duda que ese lazo ha de ser cosa inviolable!» Y se sentó al lado de Hassán, y se puso á comer con él sin dejar de conversar. Y le decía:

«¡Oh hijo mío Hassán! ¡por el lazo sagrado del pan y de la sal que existe ahora entre nosotros, créeme, que si no te quisiera con un cariño tan vivo, no te enseñaría las cosas secretas que nos han traído aquí!» Y así diciendo, sacó de su turbante el paquete de polvos amarillos, y mostrándoselo añadió: «¿Ves estos polvos? Pues bien; has de saber que con un poco de ellos puedes transformar en oro diez okes de cobre. Porque estos polvos no son otra cosa que el elixir quintaesenciado, solidificado y pulverizado que extraje de la sustancia de mil cuerpos simples y de mil ingredientes, á cuál más complicado. ¡Y sólo conseguí este descubrimiento al cabo de trabajos y fatigas que ya conocerás un día!» Y entregó el paquete á Hassán, quien se puso á mirarlo con tanta atención, que no vió al persa sacar rápidamente de su turbante un trozo de bang y mezclarlo á un pastel. Y el persa ofreció el pastel á Hassán, quien sin dejar de mirar los polvos, se lo tragó, para caer al punto de espaldas, sin conocimiento, dando en el suelo con la cabeza antes que con los pies.

Inmediatamente, lanzando un grito de triunfo, el persa saltó sobre ambos pies, diciendo: «¡Ah encantador Hassán! ¡cuántos años hace ya que te busco sin encontrarte! ¡Pero hete ahora entre mis manos, sin que hayas de escapar á mis deseos!» Y se alzó las mangas, se ciñó la cintura, y acercándose á Hassán, le dobló en dos, poniéndole la cabeza sobre las rodillas, y en esta posición le ató

los brazos á las piernas y las manos á los pies. Luego abrió un arca, la vació, y metió dentro á Hassán con todo el oro que produjo su operación de alquimia. Después salió á llamar á un mandadero, le cargó el arca á la espalda, y le hizo llevarla á la orilla del mar, en donde había un navío dispuesto á hacerse á la vela. Y el capitán, que no esperaba mas que la llegada del persa, levó el ancla. ¡Y empujado por la brisa de tierra, el navío se alejó de la orilla á toda vela! ¡Y he aquí lo referente al persa, raptor de Hassán y del arca en que estaba encerrado Hassán!

¡Pero he aquí ahora lo que atañe á la madre de Hassán! Cuando advirtió que su hijo había desaparecido con el arca y el oro, y que las ropas estaban esparcidas por la habitación, y que la puerta de la casa había quedado abierta, comprendió que en adelante Hassán estaba perdido para ella y que se había ejecutado el designio del Destino. Entonces se entregó á la desesperación, y se golpeó mucho el rostro, y rasgó sus vestiduras, y se puso á gemir, á sollozar, á lanzar gritos dolorosos y á verter llanto, diciendo: «¡Ay! ¡oh hijo mío! ¡ah! ¡Ay del fruto vivo de mi corazón! ¡ah!» Y se pasó toda la noche corriendo enloquecida, á preguntar por su hijo en casa de todos los vecinos, pero sin resultado. Y las vecinas trataron de consolarla; pero estaba inconsolable. Y desde entonces dejó transcurrir sus días y sus noches entre lágrimas de duelo, junto á la tumba que erigió en medio de su

casa, y en la cual escribió el nombre de su hijo Hassán y la fecha del día en que fué arrebatado á su afecto. Y también hizo grabar en el mármol de la tumba estos dos versos, á fin de recitárselos llorando sin cesar:

¡Cuando me duermo por la noche, se me presenta una forma engañosa que viene á errar, triste, en torno de mi lecho y de mi soledad!

¡Quiero estrechar entre mis brazos la amada forma de mi hijo, y me despierto ¡ay! en medio de la casa desierta, cuando ya ha pasado la hora de la visita!

Y así es como vivía con su dolor la pobre madre.

En cuanto al persa que se marchó en el navío con el arca...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 582.^a NOCHE**

Ella dijo:

...En cuanto al persa que se marchó en el navío con el arca, era realmente un mago muy formidable; y se llamaba Bahram el Gauro, Adorador del Fuego,

alquimista de oficio. Y cada año escogía entre los hijos de los musulmanes un joven bien formado, para llevárselo y hacer con él lo que le impulsaba á hacer su descreimiento, su perversión y su raza maldita; porque, como ha dicho el Maestro de los proverbios, ¡era *«un perro, hijo de perro, nieto de perro, y todos sus antepasados eran perros! ¿Cómo iba á ser entonces otra cosa que un perro, ni hacer otra cosa que las acciones de un perro?»* Y he aquí que mientras duró el viaje por mar, bajaba una vez al día al fondo del navío, en donde estaba el arca, levantaba la tapa y daba de comer y de beber á Hassán, metiéndole él mismo los alimentos en la boca y dejándole sumido siempre en estado de somnolencia. Y cuando el navío llegó al término del viaje, hizo desembarcar el arca y bajó él también á tierra, mientras que el navío reanudaba su rumbo.

Entonces el mago Bahram abrió el arca, desató las ligaduras de Hassán y destruyó el efecto del bang haciéndole aspirar vinagre y echándole en las narices polvo de antibang. Y al punto recobró Hassán el uso de sus sentidos, y miró á derecha y á izquierda; y se vió echado en una playa marina cuyos guijarros y arena estaban coloreados de rojo, de verde, de blanco, de azul, de amarillo y de negro; y por eso comprendió que no era la playa de su mar natal. Entonces, muy asombrado de verse en aquel lugar que no conocía, se levantó y vió sentado detrás de él en una roca al persa, que le

miraba con un ojo abierto y un ojo cerrado. Y sólo con ver aquello, tuvo el presentimiento de que había sido víctima del mago y de que en adelante estaba á merced suya. Y se acordó de las desgracias que le predijo su madre, y se resignó á los decretos del Destino, diciéndose: «¡Pongo mi confianza en Alah!» Luego se acercó al persa, que le dejaba avanzar sin moverse, y le preguntó con voz muy alterada: «¿Qué quiere decir esto, padre mío? ¿Es que no hubo entre nosotros una vez el lazo del pan y de la sal?» Y Bahram el Gauro se echó á reir, y exclamó: «¡Por el Fuego y la Luz! ¿Para qué me hablas del pan y de la sal á mí, que soy Bahram el Adorador de la Llama y la Chispa, del Sol y de la Luz? ¿Y no sabes que, lo mismo que á ti, he tenido en mi poder á novecientos noventa y nueve jóvenes musulmanes que rapté, y que tú eres el milésimo? ¡Pero, ¡por el Fuego y la Luz! tú eres el más hermoso de todos! ¡Y no creía ¡oh Hassán! que caerías tan fácilmente en mis redes! ¡Pero ¡gloria al Sol! hete aquí entre mis manos, y pronto verás cuánto te amo!» Luego añadió: «¡Primero empezarás por abjurar de tu religión y adorar lo que yo adoro!» Al oir estas palabras, la sorpresa de Hassán se tornó en una indignación sin límites, y gritó al mago: «¡Oh jeique de maldición! ¿qué te atreves á proponerme? ¿Y qué abominación quieres hacerme cometer?» Cuando el persa vió á Hassán en tal estado de cólera, como tenía otros proyectos con respecto á él, no quiso insistir más aquel día, y le

dijo: «¡Oh Hassán! ¡lo que te proponía, al pedirte que abjuraras de tu religión, no era mas que una farsa de mi parte para poner á prueba tu fe y añadirte un mérito ante el Retribuidor!» Luego añadió: «¡Mi único objeto, al traerte aquí, es iniciarte, en soledad, en los misterios de la ciencia! ¡Mira esa alta montaña á pico que domina el mar! ¡Es la Montaña de las Nubes, y en ella se encuentran los elementos necesarios para el elixir de las transmutaciones! ¡Y si quieres dejarte conducir á su cima, te juro por el Fuego y la Luz que no tendrás que arrepentirte de ello! ¡Porque si hubiera querido conducirte allí contra tu voluntad, lo hubiese hecho durante tu sueño! Y una vez que hayamos llegado á la cumbre, cogeremos los tallos de las plantas que crecen en esa región situada por encima de las nubes. ¡Y entonces te indicaré lo que tienes que hacer!» Y Hassán, que á pesar suyo sentíase dominado por las palabras del mago, no se atrevió á rehusar, y dijo: «¡Escucho y obedezco!» Luego, recordando dolorido á su madre y á su patria, se echó á llorar amargamente.

Entonces Bahram le dijo: «¡No llores, Hassán! ¡Pronto verás lo que vas á ganar con seguir mis consejos!» Y Hassán preguntó: «Pero ¿cómo podremos realizar la ascensión á esta montaña á pico cual una muralla?» El mago contestó: «¡No te detenga esa dificultad! ¡Llegaremos allá con más facilidad que el avel!»

Habiendo dicho estas palabras, el persa sacó de

entre su traje un tamboril de cobre en el cual había extendida una piel de gallo y aparecían grabados caracteres talismánicos. Y se puso á tocar con sus dedos en el tamboril. Y al punto se alzó una polvareda, desde el seno de la cual se hizo oír un relincho prolongado; y súbitamente, surgió ante ellos un gran caballo negro alado, que empezó á golpear el suelo con sus cascos, echando llamas por las narices. Y el persa le montó en seguida y ayudó á Hassán á encaramarse á la grupa. Y al instante el caballo batió las alas y remontó el vuelo; y en menos tiempo del que se necesita para abrir un párpado y cerrar el otro, les dejó en la cumbre de la Montaña de las Nubes. Luego desapareció.

Entonces el persa miró á Hassán de tan mala manera como en la playa, y lanzando una carcajada estridente, exclamó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 583.^a NOCHE

Ella dijo:

...Entonces el persa miró á Hassán de tan mala manera como en la playa, y lanzando una carcajada estridente, exclamó: «¡Ahora, Hassán, estás definitivamente en mi poder; y ninguna criatura podría socorrertel ¡Prepárate, pues, á satisfacer todos mis caprichos con corazón sumiso, y empieza ante todo por abjurar de tu religión y reconocer como único poder al Fuego, padre de la Luz!»

Al oír estas palabras, Hassán retrocedió, exclamando: «¡No hay más dios que Alah! ¡Y Mahomed es el Enviado de Alah! ¡En cuanto á ti, ¡oh vil persa! sólo eres un impío y un descreído! ¡Y el Dueño de la Omnipotencia va á castigarte por mediación mía!» Y rápido como el relámpago, Hassán se abalanzó al mago y le quitó de las manos el tambor; luego le empujó al borde de la montaña á pico, y haciendo fuerza con ambos brazos, le precipitó al abismo. Y girando sobre sí mismo, el mago perjuro é impío fué á estrellarse contra las rocas del mar, y exhaló su alma en el descreimiento. Y Eblis recogió su último aliento para atizar con él el fuego del infierno. Y tal fué la muerte de que murió Bahram el Gauro, mago engañoso y alquimista.

En cuanto á Hassán, libre así del hombre que quería hacerle cometer todas las abominaciones, comenzó primeramente por examinar en todas sus partes el tambor mágico en que estaba extendida la piel de gallo. Pero, como no sabía de qué manera servirse de él, prefirió abstenerse de manejarlo; y se lo colgó del cinturón. Tras de lo cual volvió los ojos en torno suyo, y vió que, efectivamente, la cima en que se encontraba era tan alta, que dominaba las nubes acumuladas en su base. Y sobre aquel elevado monte se extendía una llanura inmensa, formando cual un mar sin agua entre el cielo y la tierra. Y muy lejos brillaba una llamarada chispeante. Y pensó Hassán: «¡Allá donde hay fuego hay algún ser humano!» Y echó á andar en aquella dirección, internándose por aquella llanura donde no había más presencia que la presencia de Alah. Y cuando se acercaba ya al final, acabó por advertir que la llamarada chispeante era sólo el brillo que daba el sol á un palacio de oro con cúpula de oro soportada por cuatro altas columnas de oro.

Al ver aquello, Hassán se preguntó: «¿Qué rey ó que genní habitará en estos lugares?» Y como estaba muy cansado por todas las emociones que acababa de experimentar y por la caminata que acababa de emprender, se dijo: «Voy á entrar, con la gracia de Alah, en este palacio, y á pedir al portero que me dé un poco de agua y algún alimento para no morir de hambre. ¡Y si es un

hombre de bien, quizá me albergue en un rincón por una noche!» Y confiándose al Destino, llegó ante la gran puerta, que estaba tallada en un bloque de esmeralda, y trasponiendo el umbral, penetró en el patio de entrada.

Pero apenas había dado Hassán algunos pasos por aquel primer patio, cuando advirtió sentadas en un banco de mármol á dos jóvenes resplandecientes de belleza que jugaban al ajedrez. Y como estaban muy atentas á su juego, no notaron en el primer momento la entrada de Hassán. Pero, al oír ruido de pasos, la más joven levantó la cabeza y vió al hermoso Hassán, que también sorprendióse al divisarlas. Y se levantó ella rápidamente, y dijo á su hermana: «¡Mira, hermana mía, qué joven tan hermoso! ¡Debe ser sin duda el último de los infortunados á quienes el mago Bahram trae cada año á la Montaña de las Nubes! ¿Pero cómo habrá podido arreglarse para escapar de entre las manos de ese demonio?» Al oír estas palabras, Hassán, que en un principio no se atrevió á moverse de su sitio, se adelantó hacia las jóvenes, y arrojándose á los pies de la más pequeña, exclamó: «¡Sí, ¡oh mi señora! soy ese infortunado!» Y al ver á sus pies aquel joven tan hermoso, que tenía gotas de llanto en el borde de sus ojos negros, la joven se conmovió hasta el fondo de sus entrañas; y se levantó con semblante compasivo, y dijo á su hermana, mostrándole al joven Hassán: «¡Sé testigo, hermana mía, de que juro ante Alah y ante ti que

desde este instante adopto como hermano mío á este joven, y quiero compartir con él los placeres y alegrías de los días buenos y las penas y aflicciones de los días menos dichosos!» Y cogió de la mano á Hassán y le ayudó á levantarse, y le besó como una hermana amante besaría á su hermano querido. Después, teniéndole cogido de la mano siempre, le condujo al interior del palacio, donde, ante todo, empezó por darle en el hammam un baño que le refrescara perfectamente; luego le vistió con trajes magníficos, tirando sus ropas viejas y sucias del viaje, y ayudada por su hermana, que fué á reunirse con ellos en el hammam, le condujo á su propio aposento, sosteniéndole por debajo de un brazo, mientras su hermana le sostenía por debajo del otro. Y ambas jóvenes invitaron á su joven huésped á sentarse entre las dos para tomar algún alimento. Tras de lo cual le dijo la más joven: «¡Oh hermano mío bienamado! ¡oh querido, cuya llegada hace bailar de alegría á las piedras de la casa!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 584.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Oh hermano mío bienamado! ¡oh querido, cuya llegada hace bailar de alegría á las piedras de la casa! ¿quieres decirnos el nombre encantador por que te llaman y el motivo que te trajo á la puerta de nuestra morada?» Él contestó: «Sabe ¡oh hermana que me interrogas, y tú también, nuestra hermana mayor! que me llamo Hassán. ¡Respecto al motivo que me trajo á este palacio, no fué otro que mi dichoso destino! ¡No obstante, es verdad que, si estoy aquí, fué después de haber sufrido tribulaciones muy grandes!» Y contó desde el principio hasta el fin lo que le había ocurrido con el mago Bahram el Gauro. Pero no hay utilidad en repetirlo. É indignadas por la conducta del persa, exclamaron á la vez las dos hermanas: «¡Oh perro maldito! ¡Se tenía muy merecida la muerte, y has hecho bien ¡oh hermano nuestro! en impedirle por siempre respirar el aire de la vida!»

Tras de lo cual se encaró la mayor con la más joven, y le dijo: «¡Oh Botón-de-Rosa! ¡ahora te corresponde á ti contarle á nuestro hermano nuestra historia, á fin de que la retenga en su memoria!» Y la encantadora Botón-de-Rosa dijo:

«¡Has de saber ¡oh hermano mío, oh el más hermoso! que nosotras somos princesas! Yo me llamo Botón-de-Rosa, y esta hermana mía que ves aquí se llama Grano-de-Mirto; pero también tengo otras cinco hermanas, más bellas todavía que nosotras, que están de caza en este momento y que no tardarán en regresar. La mayor de todas nosotras se llama Estrella-de-la-Mañana, la segunda se llama Estrella-de-la-Tarde, la tercera Cornalina, la cuarta Esmeralda, y la quinta Anémona. Pero yo soy la más joven de las siete. Y somos hijas del mismo padre, pero no de la misma madre; y yo y Grano-de-Mirto somos hijas de la misma madre. Y nuestro padre, que es uno de los poderosos reyes de los genn y de los mareds, es un tirano tan orgulloso, que no juzgando á nadie digno de convertirse en esposo de una de sus hijas, juró que no nos casaría nunca. Y para tener la certeza de que jamás se defraudaría su voluntad, hizo comparecer á sus visires y les preguntó: «¿Sabéis de algún lugar que no lo frecuenten ni los hombres ni los genn, y que pueda servir de vivienda á mis siete hijas?» Los visires contestaron: «¿Y para qué, ¡oh rey nuestro!?» Él dijo: «¡Para poner á mis siete hijas al abrigo de los hombres y de los genn de especie masculina!» Ellos dijeron: «¡Oh rey nuestro, creemos que las mujeres y las jóvenes sólo fueron creadas por el Bienhechor para que se unieran á los hombres por los órganos delicados! Y por cierto que ha dicho el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!): «¡Ninguna

mujer envejecerá virgen en el Islam!» ¡Así, pues, caería un gran oprobio sobre la cabeza de nuestro rey si sus hijas envejecieran con su virginidad! Y además, ¡por Alah! ¡qué lástima para su juventud!» Pero nuestro padre contestó: «¡Antes quiero verlas morir que casarlas!» Y añadió: «¡Si no me indicáis en seguida el paraje por que os pregunto, saltará de vuestro cuello vuestra cabeza!» Entonces los visires contestaron: «En ese caso, ¡oh rey! sabe que hay un paraje muy á propósito para resguardar á tus hijas: la Montaña de las Nubes, que en los tiempos antiguos estaba habitada por los efrits rebeldes á las órdenes de Soleimán. Allá se yergue un palacio de oro levantado antaño por los efrits rebeldes para que les sirviera de refugio, pero que está abandonado desde entonces y permanece desierto. ¡Y la región en que se halla situado se ve favorecida por un clima admirable y abundante en árboles, en frutas y en aguas deliciosas más frescas que el hielo y más dulces que la miel!» Al oír estas palabras, nuestro padre se apresuró á enviarnos aquí con una escolta formidable de genn y de mareds, los cuales, una vez que nos pusieron en seguridad, retornaron al reino de nuestro padre.

» ¡Y he aquí que, desde que llegamos, vimos que, efectivamente, esta comarca, aislada de todas las criaturas de Alah, era una comarca florida, rica en selvas, en pastos lozanos, en vergeles y en manantiales de aguas corrientes que se deslizaban

en abundancia, comparables á collares de perlas y á lingotes de plata; que los arroyos se empujaban unos á otros para contemplar y mirarse en las flores que les sonreían; que el aire estaba encantado con trinos y perfumes; que los palomos de collar y las tórtolas salmodiaban desde las ramas por la primavera y cantaban loas al Creador; que los cisnes nadaban gloriosamente en los lagos, y que los pavos reales, con sus espléndidas vestiduras incrustadas de coral y pedrerías de color á millares, eran semejantes á recién casadas; que la tierra era una tierra pura y alcanforada, hermosa con todas las bellezas del Paraíso; y en fin, que éste era un país elegido por las bendiciones!

»Así es, ¡oh hermano mio! que de ningún modo nos creemos desgraciadas por vivir en semejante país, dentro de este palacio de oro; y dando siempre las gracias al Retribuidor por sus favores, no sentimos mas que una cosa, y es no tener, para que nos haga compañía, ningún hombre de rostro agradable á la vista cuando nos despertamos por la mañana, y de corazón amante y bien intencionado. ¡Por eso ¡oh Hassán! nos ves ahora tan alegres con tu llegada!»

Y tras de hablar así, la encantadora Botón-de-Rosa colmó á Hassán de agasajos y regalos, como se hace entre hermanos y entre amigos, y continuó charlando con él afectuosamente.

Entretanto, llegaron las otras cinco princesas, hermanas de Botón-de-Rosa y de Grano-de-Mirto;

y encantadas y satisfechas de ver á un joven tan hermoso y á un hermano tan delicioso, le hicieron la acogida más graciosa y más cordial. Y después de las zalemas y las fórmulas y frases preliminares, le hicieron jurar que permanecería con ellas un largo transcurso de tiempo. Y Hassán, que no veía en ello ningún inconveniente...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 585.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y Hassán, que no veía en ello ningún inconveniente, se lo juró de corazón amistoso. Y vivió con ellas en aquel palacio lleno de maravillas, y desde aquel momento fué su acompañante en todas sus partidas de caza y en sus paseos. Y se regocijaba y se felicitaba de tener hermanas tan encantadoras y tan deliciosas; y ellas se maravillaban de tener un hermano tan arrogante y tan milagroso. Y pasaban sus días retozando juntos por los jardines y á lo largo de los arroyos; y por la noche se instruían mutuamente, contándoles Hassán las costumbres de su país natal, y contándole las jóvenes la historia de los genn, de los mareds y de los efrits.

Y aquella vida agradable le volvía más hermoso cada día, y daba á su rostro todo el aspecto de la luna. Y su amistad fraternal con las siete hermanas, especialmente con la joven Botón-de-Rosa, se consolidó hasta llegar á ser cual la fraternidad de los hijos nacidos del mismo padre y de la misma madre.

Pero un día en que todos estaban sentados cantando en un bosquecillo, divisaron una gran polvareda que ocultaba el cielo y cubría la faz del sol; y avanzaba rápidamente con un ruido de trueno. Y las siete princesas, poseídas de espanto, dijeron á Hassán: «¡Oh! ¡corre á esconderte en seguida en el pabellón del jardín!» Y Botón-de-Rosa le cogió de la mano y fué á esconderle en el pabellón. ¡Y he aquí que se disipó la polvareda y tras ella apareció un cuerpo de ejército entero de genn y de mareds! Porque era una escolta que enviaba á sus hijas el rey del Gennistán para llevarlas con él á que asistieran á los grandes festejos que tenía intención de dar en honor de un rey vecino. Y al enterarse de esta noticia, Botón-de-Rosa corrió en busca de Hassán al escondrijo y le besó, con lágrimas en los ojos y con el pecho agitado por hipo dolorosos, y le explicó su marcha y la de sus hermanas, y le dijo: «¡Pero ¡oh hermano mío bienamado! espera nuestro regreso en este palacio, del cual eres dueño absoluto! ¡Y aquí tienes las llaves de todas las habitaciones!» Y le entregó las llaves, añadiendo: «¡Únicamente te suplico, ¡ya Hassán! y

te conjuro á ello por tu alma cara, que no abras la habitación cuya llave tiene como señal esta turquesa incrustada!» Y le enseñó la llave consabida. Y Hassán, muy apenado por la marcha de ella y de sus hermanas, la besó llorando y le prometió que esperaría su regreso sin moverse, y que no abriría la puerta cuya llave tenía como señal la turquesa incrustada. Y la joven y sus seis hermanas, que habían ido al escondrijo para reunirse con ella, se despidieron de Hassán con un adiós lleno de ternura, y le besaron todas, una tras de otra, y después se pusieron en camino para el país de su padre, rodeadas de su escolta.

En cuanto á Hassán, cuando se vió solo en el palacio, se sintió poseído de una gran melancolía; y como se encontraba en la soledad después de la encantadora compañía de sus siete hermanas, se le oprimió mucho el pecho; y para distraerse y calmar sus penas, empezó á visitar, una tras de otra, las habitaciones de las jóvenes. Y al ver el sitio que ocuparon ellas y los hermosos objetos que les pertenecían, se le exaltaba el alma y palpitaba de emoción su corazón. Y de tal suerte llegó á la puerta que se abría con la llave que tenía como señal la turquesa incrustada. Pero no quiso servirse de ella, y se volvió sobre sus pasos. Luego pensó: «¿Quién sabe por qué me habrá recomendado de esa manera mi hermana Botón-de-Rosa que no abriese esa puerta? ¿Qué podrá haber de misterioso ahí dentro para que se me haya impuesto seme-

jante prohibición? ¡Pero, ya que tal es la voluntad de mi hermana, sólo me resta responder con el oído y la obediencia!» Y se retiró, y como caía ya la tarde y le pesaba la soledad, fué á acostarse para dormir su pena. Pero no pudo cerrar los ojos, de tanto como le obsesionaba aquella puerta prohibida; y tan intensamente le torturaba este pensamiento, que se dijo: «¿Y si fuera á abrirla, á pesar de todo?» Pero pensó: «¡Más vale esperar la mañana!» Luego, no pudiendo esperar ya sin dormir, se levantó, diciéndose: «¡Prefiero ir en seguida á abrir esa puerta y ver qué encierra el aposento á que da entrada, aunque deba encontrar allí la muerte!» Y levantándose, encendió una antorcha y se dirigió á la puerta prohibida. É hizo entrar la llave en la cerradura, que cedió sin dificultad; y la puerta se abrió sin ruido, como por sí misma; y Hassán penetró en la estancia á que la tal puerta daba acceso.

Pero en vano miró por todos lados, pues no vió absolutamente nada en un principio. Mas al dar la vuelta al aposento, vió en un rincón, adosada al muro, una escala de madera negra que desaparecía por un gran agujero abierto en el techo. Y Hassán, sin vacilar, dejó en el suelo su antorcha, y trepando por la escala, subió hasta el techo y se metió por el agujero. Y una vez que introdujo por el agujero la cabeza, se vió al aire, al nivel de una terraza situada sobre el techo de la habitación.

Entonces Hassán subió á la terraza, que estaba cubierta de plantas y de arbustos cual un jardín, y allá, bajo la claridad milagrosa de la luna, en medio del silencio de la tierra, vió extenderse el paisaje más hermoso que encantó nunca á ojos humanos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 586.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Entonces Hassán subió á la terraza, que estaba cubierta de plantas y de arbustos cual un jardín, y allá, bajo la claridad milagrosa de la luna, en medio del silencio de la tierra, vió extenderse el paisaje más hermoso que encantó nunca á ojos humanos. A sus pies, dormido en la serenidad, aparecía un gran lago donde se miraba toda la belleza del cielo, y en los rizos deliciosos del agua, sonreía la orilla con ramajes temblorosos de laureles, con mirtos en flor, con almendros coronados por su nieve, con guirnaldas de glicinas, y cantaba el himno de la noche con todas las lenguas de sus pájaros. Y el cendal de seda rodeado de arbolados iba á bañar más lejos los cimientos de un palacio

de extraña arquitectura, de cúpulas diáfanas, surgido en la transparencia y el cristal de los cielos. Y desde aquel palacio avanzaba hasta el agua, por una escalera de mármol y mosaico, un estrado real construido con franjas alternadas de piedras de rubí, piedras de esmeralda, piedras de plata y piedras de oro. Y encima de este estrado se estiraba, sostenido por cuatro ligeros pilares de alabastro rosa, un velo grande de seda verde que protegía con la dulzura de su sombra un trono de madera de áloe y de oro, de un trabajo exquisito, á lo largo del cual trepaba una parra con pesados racimos cuyos granos eran perlas gruesas como huevos de paloma. Y todo estaba rodeado por un enrejado de chapas de oro rojo y de plata. Y vivían en aquellas cosas puras tal armonía y tal belleza, que ningún hombre, aunque fuese Khosroes ó Kaissar, hubiese podido adivinar ó realizar análogos esplendores.

Así es que Hassán, deslumbrado, no osaba moverse por temor de turbar la paz deliciosa de aquellos lugares, cuando, de improviso, vió destacarse del cielo y acercarse visiblemente al lago una bandada de pájaros muy grandes. Y he aquí que fueron á posarse en la orilla del agua; y eran diez; y se arrastraban por la hierba sus hermosas plumas blancas y espesas, mientras ellos se balanceaban con indolencia al andar. Y en todos sus movimientos parecían obedecer á un pájaro mayor y más hermoso que todos ellos, que se había dirigido len-

tamente al estrado y se había subido al trono. Y de pronto los diez á la vez se despojaron de sus plumas con un gracioso ademán. Y cuando arrojaron aquellos mantos, salieron de ellos diez lunas de belleza pura bajo la forma de diez jóvenes desnudas por completo. Y saltaron risueñas al agua, que las recibió con un cabrillear de pedrerías. Y se bañaron con entusiasmo, retozando entre sí; y la más hermosa las perseguía, las atrapaba y se enlazaba con ellas en mil caricias, y las hacía cosquillas y las mordisqueaba con mil risas y mimos.

Cuando acabaron su baño, salieron del lago; y la más bella subió al estrado y fué á sentarse en el trono, sin tener más vestido que su cabellera. Y al contemplar sus encantos, sintió Hassán que se le huía la razón, y pensó: «¡Ah! ¡bien sé ahora por qué me prohibió mi hermana Botón-de-Rosa abrir esa puerta! ¡He aquí que perdí mi reposo para siempre!» Y continuó detallando las diversas bellezas de la joven desnuda. ¡Qué maravillas no vió! ¡ah! ¡En verdad que era, á no dudar, la cosa más perfecta salida de los dedos del Creador! ¡Oh su espléndida desnudez! Superaba á las gacelas en la hermosura de su nuca y en el brillo de sus ojos negros, y á la araka en la esbeltez de su talle. Su cabellera de tinieblas era una noche de invierno, espesa y negra. Su boca, que emulaba á la rosa, era el sello de Soleimán. Sus dientes de marfil joven eran un collar de perlas ó de granizos de igual tamaño; su cuello era un lingote de plata; su vien-

tre tenía rincones y escondrijos, y su grupa hoyuelos y protuberancias; su ombligo poseía la capacidad suficiente para contener una onza de almírcle negro; sus muslos eran pesados y á la vez firmes y elásticos cual cojines rellenos de plumas de avestruz, y sobre ellos, en su nido cálido y encantador, semejante á un conejo sin orejas, aparecía una historia llena de gloria, con su terraza y su territorio, y sus cañadas en declive, para dejarse caer allá á fin de olvidar las penas negras. Y también se la hubiera podido tomar por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada sobre una base sólida, ó por una taza de plata colocada al revés. Y á una joven así se la podrían aplicar estos versos del poeta:

¡Vino á mí la joven, vestida con su belleza cual el rosal con sus rosas, y con los senos firmes, ¡oh granadas! Y exclamé: «¡He aquí la rosa y las granadas!»

¡Me había equivocado! ¡Qué error ¡oh joven! fué comparar tus mejillas á las rosas y tus senos á las granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales ni las granadas de los jardines merecen la comparación!

¡Porque se puede aspirar las rosas y coger las granadas! pero á ti, ¡oh virginal! ¿quién puede envanecerse de olerte ó de tocarte?

Y así era la joven que había subido á sentarse, real y desnuda, en el trono á orillas del lago...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 587.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y así era la joven que había subido á sentarse, real y desnuda, en el trono de oro á orillas del lago.

Cuando hubo reposado su baño, dijo á sus compañeras, echadas junto á ella en el estrado: «¡Dadme mis ropas interiores!» Y las jóvenes se acercaron, y por todo vestido le pusieron á los hombros un chal de oro, una gasa verde en los cabellos y un cinturón de brocado en torno del talle. ¡Y quedó ataviada de este modo! Y parecía una recién casada y estaba más maravillosa que una maravilla. Y Hassán la miraba, oculto tras los árboles de la terraza, y no obstante el deseo que le impulsaba á avanzar, no lograba hacer un movimiento, de tan inmóvil como le tenía su entusiasmo y de tan inquietado como le tenía la emoción. Y dijo la joven: «¡Oh princesas! ¡he aquí que llega la mañana, y ya es hora de que pensemos en marcharnos, pues nuestro país está lejos y ya hemos descansado bastante!» Entonces la vistieron con su traje de plumas, se vistieron ellas de la misma manera, y

echaron todas juntas á volar, iluminando el cielo de la mañana.

¡Eso fué todo! Y Hassán, estupefacto, las seguía con la vista, y mucho rato después de desaparecer ellas, continuaba con los ojos fijos en el horizonte lejano, presa de la violencia de una pasión que jamás había encendido en su alma la contemplación de ninguna hija de la tierra. Y á lo largo de sus mejillas deslizáronse lágrimas de deseo y de amor, y exclamó: «¡Ah! ¡Hassán, infortunado Hassán! ¡He aquí que en adelante tendrás el corazón entre las manos de las hijas de los genn, tú á quien ninguna belleza pudo retenerte en tu patria!» Y sumido en un profundo ensueño y apoyada la mejilla en la mano, improvisó:

¿Qué mañana te acogerá ¡oh desaparecida! bajo su rocío? ¡Vestida de luz y de belleza, te apareces á mí para torturarme el corazón y desaparecer!

¿Osaron afirmar que el amor está lleno de dulzura? ¡Ah! si es dulce este martirio, ¿qué no será, pues, la amargura de la mirra?

Y continuó suspirando de tal suerte, sin pegar los ojos, hasta que salió el sol. Luego bajó á orillas del lago y empezó á errar de aquí para allá, respirando en el aire fresco los efluvios que dejaron ellas. Y siguió consumiéndose durante todo el día, en espera de la noche, para entonces subir á la terraza, aguardando que volvieran los pájaros. Pero

no vió nada aquella noche ni las demás noches. Y Hassán, desesperado, ya no quiso comer, ni beber, ni dormir, y no hizo otra cosa que enervarse más cada vez con su pasión por la desconocida. Y se desmejoró y palideció; y poco á poco le abandonaron sus fuerzas, y se dejó caer al suelo, diciéndose: «¡La propia muerte es preferible á esta vida de sufrimiento!»

Entretanto, las siete princesas, hijas del rey del Gennistán, regresaron de las fiestas á que las había convidado su padre. Y sin quitarse la ropa de viaje siquiera, la más joven corrió en busca de Hassán. Y le encontró en su habitación, tendido en el lecho, muy pálido y muy angustiado; y tenía cerrados los párpados y á lo largo de sus mejillas corrían lágrimas lentamente. Y al ver aquello, la joven lanzó un grito doloroso, y se abalanzó á él y le rodeó con sus brazos, cual la hermana haría con el hermano, y le besó en la frente y en los ojos, diciéndole: «¡Oh bienamado hermano mío! ¡por Alah, que mi corazón se derrite al verte en este estado! ¡Ah! ¡dime qué mal sufres, para que dé yo con el remedio!» Y con el pecho hinchado por sollozos, Hassán hizo con la cabeza y con la mano una seña que significaba: «¡No!» Y no pronunció ni una palabra. Y bañada en lágrimas, y con caricias infinitas en la voz, le dijo la joven: «¡Créeme, hermano mío Hassán, alma de mi alma, delicia de mis párpados, que, al ver tus ojos hundidos en sus órbitas por la delgadez, y borradas las rosas de tus

mejillas queridas, la vida se me ha hecho odiosa y sin encanto! ¡Por la afección sagrada que nos une, te conjuro á que no ocultes tus penas y tu mal á una hermana que quisiera rescatar tu vida á costa de mil suyas!» Y enloquecida, le cubría de besos y le tenía ambas manos apoyadas contra su pecho, y le suplicaba así, de rodillas junto á su cama. Y al cabo de algún tiempo, Hassán dejó escapar varios suspiros desgarradores, y con voz apagada improvisó estos versos:

¡Si miraras atentamente, sin que te la explicaran, darías con la causa de mis sufrimientos! Mas ¿para qué enterarse de una enfermedad que no tiene remedio?...

¡Mi corazón cambió de sitio y mis ojos no saben ya dormir! ¡Y lo que el amor ha transformado, sólo el amor lo puede restaurar!

Luego corrieron en abundancia las lágrimas de Hassán; y añadió él: «¡Ah, hermana mía! ¿cómo podrás socorrer á quien sufre por culpa suya? ¡Y además, mucho me temo que tengas que dejarme morir de pena y de infortunio!» Pero la joven exclamó: «¡El nombre de Alah sobre ti y alrededor de ti, ¡oh Hassán! ¿Qué dices? ¡Aunque tuviera mi alma que abandonar mi cuerpo, no podría evitar el venir en tu ayuda!» Entonces dijo Hassán, con sollozos en la voz: «¡Sabe, pues, ¡oh hermana mía Botón-de-Rosá! que hace diez días que no he

tomado alimento, y fué por causa de *tales* y *cuales* cosas que me han sucedido!» ¡Y le contó toda su aventura, sin olvidar un detalle!

Cuando Botón-de-Rosa hubo oído el relato de Hassán, lejos de mostrarse enfadada, ya que tenía motivo para ello, se compadeció mucho de la pena del joven, y se echó á llorar con él...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 588.^a NOCHE**

Ella dijo:

...se compadeció mucho de la pena del joven, y se echó á llorar con él. Luego le dijo: «¡Oh hermano mío, tranquiliza tu alma preciosa, refresca tus ojos y seca tus lágrimas! Porque te juro que estoy dispuesta á arriesgar mi vida querida y mi alma preciosa con tal de remediar lo que te ocurre y realizar tu deseo, haciéndote poseer á la desconocida á quien amas, ¡inschala! Pero te recomiendo ¡oh hermano mío! que guardes secreto acerca de esto y no digas una palabra de ello á mis hermanas, á cambio de perderte y de perderme contigo. Y si te hablaran de la puerta prohibida y te interrogasen con respecto á ella, diles: «¡No he

visto esa puerta!» Y si te hacen preguntas anhelantes por verte tan pálido, les dirás: «¡Si estoy pálido es por haber sufrido en esta soledad durante tanto tiempo vuestra ausencia! ¡Y mi corazón ha trabajado mucho por causa vuestra!» Y Hassán contestó: «¡Está bien! ¡hablaré así, porque tu idea es excelente!» Y besó á Botón-de-Rosa, y sintió que se le tranquilizaba el alma y se le dilataba el pecho al sentirse de aquel modo aliviado del gran temor que tenía de ver á su hermana enfadarse con él por lo de la puerta prohibida. Y tranquilo ya, respiró con libertad y pidió de comer. Y Botón-de-Rosa le besó una vez más, y con lágrimas en los ojos se apresuró á reunirse con sus hermanas, á las cuales dijo: «¡Ay, hermanas mías! ¡mi pobre hermano Hassán está muy enfermo! ¡Desde hace diez días no ha entrado ningún alimento en su estómago, cerrado á causa de nuestra ausencia y de la desesperación en que está él sumido! Le dejamos solo aquí al pobre, sin nadie que le hiciera compañía, y entonces se ha acordado de su madre y de su patria, y sus recuerdos le llenaron de amargura. ¡Oh! ¡mueve á compasión su suerte, hermanas mías!»

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, las princesas, que estaban dotadas de un alma encantadora y pronta á conmoverse, se apresuraron á llevar de comer y de beber á su hermano; y se esforzaron por consolarle y reanimarle con su presencia y sus palabras; y para distraerle le contaron todas las

fiestas y las maravillas que habían visto en el palacio de su padre, en el Gennistán. Y durante un mes entero no cesaron de prodigarle los más atentos y más tiernos cuidados, sin llegar, no obstante, á curarle por completo.

Al cabo de este tiempo, las princesas, con excepción de Botón-de-Rosa, que quiso quedarse en el palacio por no dejar solo á Hassán, salieron para ir de caza, según su costumbre; y elogiaron á su hermana pequeña por su atención para con su huésped. Y en cuanto ellas se marcharon, la joven ayudó á Hassán á levantarse, le cogió en brazos y le condujo á la terraza desde la cual se dominaba el lago. Y echándole sobre su seno y haciéndole descansar la cabeza encima de su hombro, le dijo: «Dime ahora, hermano mío, en cuál de esos pabellones que hay escalonados á orillas del lago has visto á la que te produce tanta tristeza.» Y Hassán contestó: «¡No fué en uno de esos pabellones donde la vi, sino en el agua del lago primeramente y después en el trono de ese estrado!» Al oír estas palabras, la joven se puso muy pálida, y exclamó: «¡Oh, qué desgracia la nuestra! ¡Entonces ¡oh Hassán! se trata de la propia hija del rey de los genn, que reina en el vasto Imperio en que mi padre no es mas que uno de sus lugartenientes! Y el país en que reside nuestro rey se halla á una distancia infranqueable y rodeado de un mar que no pueden atravesar ni los hombres ni los genn. Y el rey tiene siete hijas, de las cuales la más peque-

ña es la que has visto. Y dispone de una guardia compuesta únicamente de guerreras jóvenes, de estirpe ilustre, cada una de las cuales manda un cuerpo de ejército de cinco mil amazonas. Y he aquí que la que has visto es precisamente la más hermosa y la más aguerrida de todas las jóvenes reales; y supera á todas las demás en valor y en destreza. ¡Se llama Esplendor! A cada luna nueva viene á pasearse por aquí en compañía de las hijas de los chambelanes de su padre. En cuanto á esos mantos de plumas que las llevan por los aires cual si fuesen pájaros, pertenecen al guardarropa de las genias. Y gracias á esos mantos vamos á poder lograr nuestro objeto. Porque has de saber ¡oh Hassán! que el único medio de que dispones para adueñarte de su persona consiste en apoderarte de esa vestidura encantada. Para ello no tienes mas que esperar oculto aquí su vuelta; y te aprovecharás del momento en que haya bajado ella á bañarse en el lago, para quitarle el manto, sin llevarte otra cosa. ¡Y además la poseerás á ella misma! ¡Y guárdate mucho entonces de ceder á sus súplicas y de devolverle el manto, porque te perderías sin remisión, y también seríamos víctimas de su venganza todas nosotras y nuestro padre con nosotras! ¡Lo mejor es que la cojas por los cabellos y la atraigas á ti; y se te someterá y te obedecerá! Y sucederá lo que suceda...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 589.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Y sucederá lo que suceda.»

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, Hassán se sintió transportado de alegría y notó que en él entraba nueva vida y le devolvía la plenitud de sus fuerzas. Y se irguió sobre sus pies, y tomó en sus manos la cabeza de la joven y la besó tiernamente, dándole gracias por su amistad. Y bajaron ambos al palacio y pasaron el resto del tiempo hablando dulcemente de unas cosas y de otras en la más deliciosa de las sinceridades.

Al día siguiente, que era precisamente día de luna nueva, Hassán esperó la noche para ir á esconderse detrás del estrado que había á orillas del lago. Y apenas llevaba allí unos instantes, cuando en el silencio nocturno se hizo oír un ruido de alas, y á la claridad de la luna los pájaros, con tanta impaciencia deseados, llegaron y bajaron al lago después de quitarse sus mantos de plumas y las sedas que debajo ostentaban. Y la maravillosa Esplendor, hija del rey de reyes de los genn, también

sumergió en el agua su desnuda carne de gloria. Y estaba más bella y más deseable que la primera vez. Y á pesar de la admiración y de la emoción que le embargaban, Hassán pudo deslizarse sin ser visto hasta el sitio en que se hallaban las ropas, cogiendo el manto de plumas de la joven real, y ocultándose en seguida detrás del estrado.

Cuando la hermosa Esplendor salió del baño, al primer golpe de vista comprendió, por el desorden de las ropas esparcidas sobre el césped, que una mano extraña y audaz las había profanado. Y se acercó y comprobó que había desaparecido su manto. Y lanzó un estridente grito de terror y desesperación, y se golpeó el rostro y el pecho. ¡Oh, cuán bella estaba así la desesperada! Pero, al oír el grito, precipitáronse á ella sus compañeras, para ver qué ocurría, y figurándose lo que acababa de suceder, se puso apresuradamente cada cual su manto, y sin pensar en secar su desnudez mojada, ni en vestir sus sedas interiores, envolviéronse en sus plumas volantes, y rápidas cual gacelas asustadas ó palomas perseguidas por un halcón, huyeron desordenadamente por los aires. Y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, dejando sola á orillas del lago á la llorosa, á la dolorida, á la indignada Esplendor, hija de su rey.

Entonces, aunque temblando de emoción, Hassán salió de su escondite en pos de la joven desnuda, que huyó. Y la persiguió él alrededor del lago, llamándola por los nombres más tiernos y asegu-

rándole que no quería hacerle ningún daño. Pero ella, como una cierva acosada, corría jadeante, adelantando los brazos, con los cabellos al viento, enloquecida de verse sorprendida así en su íntima desnudez de virgen. Pero de un salto Hassán acabó por alcanzarla; y la cogió por la cabellera, que se anudó en la mano, y la obligó á seguirle. Entonces cerró ella los ojos, y resignada con su suerte, se dejó llevar sin oponer resistencia. Y Hassán la condujo á su aposento, en donde la encerró sin dejarse conmover por las súplicas y llores de ella, corriendo sin tardanza para prevenir á su hermana y anunciarle la buena nueva de su éxito.

En seguida Botón-de-Rosa fué al aposento de Hassán y encontróse con la desolada Esplendor, que se mordía de desesperación las manos y lloraba todas las lágrimas de sus ojos. Y Botón-de-Rosa se echó á sus pies para rendirle homenaje, y después de besar la tierra, le dijo: «¡Oh soberana mía! ¡la paz sobre ti y la gracia de Alah y sus bendiciones! ¡Iluminas la morada y la perfumas con tu llegada!» Y contestó Esplendor: «¿Pero eres tú, Botón-de-Rosa? ¿Es que permites que los hijos de los hombres traten así á la hija de tu rey? Conoces el poder de mi padre; sabes que se le someten los reyes de los genn y que manda en legiones de efrits y de mareds, innumerables cual los granos de la arena marina; ¡y te atreviste á recibir en tu morada un hombre para que me sorprendiera, y has hecho traición á la hija de tu soberano! De no ser así,

¿cómo iba este hombre á encontrar el camino del lago en que yo me bañaba?»

Al oír estas palabras, contestó la hermana de Hassán: «¡Oh princesa hija de nuestro soberano! ¡oh la más bella y más admirada entre las hijas de los genn y de los humanos! Has de saber que el que te sorprendió en tu baño ¡oh lustral! es un joven á ningún otro parecido. Y en verdad que está dotado de modales demasiado encantadores para que tuviese la menor intención de disgustarte. ¡Pero cuando una cosa ha sido decretada por el Destino, debe ocurrir! ¡Y precisamente el destino del hermoso joven que te sorprendió le hizo enamorarse de tu belleza apasionadamente; y los enamorados son disculpables! ¡Y no puede ser culpable á tus ojos quien te ama como te ama él! Y sobre todo, ¿no ha creado Alah las mujeres para los hombres? ¿Y no es ese el joven más encantador que hay sobre la tierra? ¡Si supieras ¡oh mi señora! cuán enfermo ha estado desde el día en que te vió por vez primera! ¡Estuvo á punto de perder el alma! ¡Así como lo oyes!» Y siguió explicando á la princesa toda la violencia de la pasión encendida en el corazón de Hassán, y acabó diciendo: «¡Y no olvides ¡oh mi señora! que entre tus diez compañeras te eligió cual la más hermosa y la más maravillosa! ¡Y sin embargo, ellas estaban tan desnudas como tú y lo mismo se les hubiera podido sorprender en su baño!»

Al oír estas palabras de la hermana de Hassán,

la bella Esplendor comprendió que debía renunciar á todo plan para evadirse, y se limitó á lanzar un prolongado suspiro de resignación. Y al punto corrió Botón-de-Rosa á llevarle un magnífico traje, con el cual la vistió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 590.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y al punto corrió Botón-de-Rosa á llevarle un magnífico traje, con el cual la vistió. Después le sirvió de comer é hizo cuanto pudo para ahuyentar su pena. Y la bella Esplendor acabó por consolarse un poco, y dijo: «¡Ya veo que estaba escrito en mi destino que tendría que separarme de mi padre, de mi familia y de las moradas de la patria! ¡Y es preciso que me someta á los decretos del Destino!» Y la hermana de Hassán no dejó de afirmarla en esta resolución, de modo que las lágrimas de la princesa cesaron por completo y se resignó ella con su suerte. Entonces la hermana de Hassán ausentóse un momento para correr al lado de su hermano y decirle: «Apresúrate á presentarte al instante á tu bienamada, porque ha llegado el momento

propicio. Una vez que penetres en la estancia, empieza por besarle los pies, luego las manos, luego la cabeza. ¡Y sólo entonces deberás dirigirle la palabra, y has de hacerlo de la manera más elocuente y más amable.» Y temblando de emoción, presentóse Hassán á la princesa, quien, al reconocerle, le miró con atención, y á pesar suyo, quedó en extremo conmovida por la belleza del joven. Pero bajó los ojos, y Hassán le besó los pies y las manos y luego le besó en la frente entre ambos ojos, diciéndole: «¡Oh soberana de las más bellas, vida de las almas, alegría de las miradas, jardín del ingenio! ¡oh reina, oh soberana mía! ¡tranquiliza, por favor, tu corazón, y refresca tus ojos, porque tu suerte está colmada de dicha! Mi único deseo con respecto á ti consiste solamente en ser tu esclavo fiel, como mi hermana es ya tu servidora. ¡Y no es mi intención hacerte violencia, sino casarme contigo según la ley de Alah y de su Enviado! Y entonces te conduciré á Bagdad, mi patria, donde pondré á tu disposición esclavos de ambos sexos y una morada digna de ti por su magnificencia. ¡Ah, si supieras cuán admirable es el país en que se alza Bagdad, la ciudad de paz, y qué amables, cortesés y hospitalarios son sus habitantes, y qué delicioso y de buen augurio es su trato! ¡Y además, tengo una madre que es la mejor de las mujeres, y que te querrá como á hija suya, y te guisará manjares maravillosos, pues sin duda sabe cocinar mejor que nadie en todo el país del Irak!»

¡Así habló Hassán á la joven Esplendor, hija del rey del Gennistán! ¡Y la princesa no le contaba ni con una palabra, ni con una letra, ni con una señal! Y de pronto oyeron llamar á la puerta del palacio. Y dijo Hassán, que era el encargado de abrir y cerrar las puertas: «Dispénsame, ¡oh mi señora! ¡Tengo que ausentarme un momento!» Y corrió á abrir la puerta. Eran sus hermanas, que regresaban de la cacería, y que al verle vuelto de nuevo á la salud y con las mejillas brillantes, se regocijaron y quedaron satisfechas hasta el límite de la satisfacción. Y Hassán tuvo buen cuidado de no hablarles de la princesa Esplendor, y les ayudó á llevar el botín de su caza, que consistía en gacelas, zorros, liebres, búfalos y fieras de todas las especies. Y mostró con ellas una amabilidad excesiva, besándolas en la frente á una tras de otra, acariciándolas y demostrándoles su amistad con una efusión á la que no estaban acostumbradas por él, ya que reservaba todas sus caricias para Botón-de-Rosa, la hermana más pequeña. Así es que quedaron agradablemente sorprendidas de aquel cambio; y hasta la mayor de las jóvenes acabó por suponer que algún motivo ocasionaba tales transportes; y le miró con una sonrisa maligna y guiñó un ojo, y le dijo: «¡En verdad ¡oh Hassán! que nos asombra esta demostración tan excesiva por tu parte, pues hasta hoy aceptaste nuestras caricias sin querer devolvérmolas jamás! ¿Es que nos encuentras más hermosas con nuestros trajes de caza,

ó es que nos quieres más ahora, ó son ambos motivos á la vez?» ¡Pero Hassán bajó los ojos, y lanzó un suspiro capaz de derretir el corazón más duro! Y las princesas le preguntaron, asombradas: «Pero ¿por qué suspiras de ese modo, ¡oh hermano nuestro! ¿Y quién puede turbar tu quietud? ¿Quieres retornar á tu patria al lado de tu madre? ¡Habla, Hassán, abre tu corazón á tus hermanas!» Pero Hassán se encaró con su hermana Botón-de-Rosa, que acababa de llegar precisamente, y le dijo, ruborizándose en extremo: «¡Mejor es que hables tú! ¡Porque á mí me da mucha vergüenza decir la causa de mi turbación!» Y dijo Botón-de-Rosa: «¡No es nada absolutamente, hermanas mías! ¡Todo se reduce á que nuestro hermano Hassán ha cogido un pájaro del aire, muy hermoso, y desea de vosotras que le ayudéis á domesticarlo!» Y exclamaron todas: «¡Claro! ¡vaya una cosa! Pero ¿por qué le ruboriza eso tanto á Hassán?» La joven contestó: «¡Ah! Es que Hassán ama con amor ¡y con qué amor! á ese pájaro.» Las otras dijeron: «¡Por Alah! ¿y cómo ¡oh Hassán! vas á declarar tu amor á un pájaro del aire?» Y mientras Hassán bajaba la cabeza y se ruborizaba más aún, dijo Botón-de-Rosa: «¡Con la palabra, con el ademán y con todo lo consiguiente!» Las demás dijeron: «¡Entonces será muy grande el pájaro de nuestro hermano!» Botón-de-Rosa dijo: «¡Es de nuestra estatura! ¡Pero acabad de escucharme!» Y añadió: «¡Sabed ¡oh hermanas mías! que el espíritu de los hijos de Adán es muy

limitado! Por eso, cuando dejamos aquí completamente solo á nuestro pobre Hassán, como sentía muy oprimido el pecho, empezó á recorrer el palacio para distraerse. Pero tenía tan turbada la imaginación, que confundió las llaves de los aposentos, ¡y por descuido abrió la puerta de la estancia prohibida, la que da á la terraza! ¡Y allí le sucedió *tal y cuál* cosa!» Y contó, aunque atenuando la culpa de Hassán, toda la historia, añadiendo: «¡Después de todo, tiene excusa nuestro hermano, porque la joven es hermosa! ¡Ah, si supieseis, hermanas mías, cuán hermosa es!»

Al oír estas palabras de Botón-de-Rosa, sus hermanas le contestaron: «¡Si es tan hermosa como dices, empieza por mostrárnosla ante todo, para que podamos formarnos una idea!» Botón-de-Rosa dijo: «¡Quién pudiera describíros la, ya Alah! Pelos en la lengua me saldrían antes de que lograrse enumerar sus encantos, siquiera aproximadamente. ¡Sin embargo, quiero intentarlo, aunque no sea mas que para que no os caigáis de espaldas al verla!»

»¡Bismilah, ¡oh hermanas mías! gloria á Quien revistió de esplendor su desnudez de jazmín! ¡Supera á las gacelas en la hermosura de su nuca y en el brillo de sus ojos negros, y á la araka en la esbeltez de su talle! Su cabellera es una noche de invierno, espesa y negra; su boca, que á la rosa emula, es el propio sello de Soleimán; sus dientes de marfil joven son un collar de perlas ó granizos

de igual tamaño; su cuello es un lingote de plata; su vientre tiene rincones y escondrijos, y su grupa hoyuelos y protuberancias; su ombligo posee la capacidad suficiente para contener una onza de almizcle negro; sus muslos son pesados y á la vez firmes y elásticos, cual cojines rellenos de plumas de avestruz, y sobre ellos, en su nido cálido y encantador, semejante á un conejo sin orejas, aparece una historia llena de gloria, con su terraza y su territorio, y sus cañadas en declive, para dejarse caer allá á fin de olvidar las penas negras. Y no os equivoquéis acerca de ella, ¡oh hermanas mías! Porque, al verla, podríais también tomarla por una cúpula de cristal, redonda por todos lados y asentada en una base sólida, ó por una taza de plata colocada al revés. Y á una joven así se refieren con razón estos versos del poeta:

¡Vino á mí la joven, vestida con su belleza cual el rosal con sus rosas, y con los senos firmes, ¡oh granadas! Y exclamé: «¡He aquí la rosa y las granadas!»

¡Me había equivocado! ¡Qué error ¡oh joven! fué comparar tus mejillas á las rosas y tus senos á las granadas! ¡Pues ni las rosas de los rosales ni las granadas de los jardines merecen la comparación!

¡Porque se puede aspirar las rosas y coger las granadas! pero á ti, ¡oh virginal! ¿quién puede envanecerse de olerte ó de tocarte?

»¡Y eso es ¡oh hermanas mías! lo que de una ojeada pude ver de la princesa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 591.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Y eso es ¡oh hermanas mías! lo que de una ojeada pude ver de la princesa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán!»

Cuando las jóvenes hubieron oído estas palabras de su hermana, exclamaron maravilladas: «¡Qué razón tienes ¡oh Hassán! para prendarte de esa joven espléndida! Pero ¡por Alah! date prisa á conducirnos junto á ella, para que la veamos con nuestros propios ojos!» Y Hassán, seguro por lo que afectaba á sus hermanas, las condujo al pabellón donde se encontraba la bella Esplendor. Y al ver su belleza sin par, besaron ellas la tierra entre sus manos, y tras de las zalemas de bienvenida, le dijeron: «¡Oh hija de nuestro rey, verdaderamente es prodigiosa tu aventura con nuestro hermano el joven! ¡Y de pie aquí entre tus manos, todas te predecimos la dicha para lo futuro, y te aseguramos

que durante toda tu vida no dejarás de felicitarte por tu encuentro con este joven, hermano nuestro, y por su delicadeza de modales, y por su destreza para todo, y por su afección! ¡Piensa, además, en que, en vez de servirse de un intermediario, te ha declarado por sí mismo su pasión, y no te ha pedido nada ilícito! ¡Y si nouviésemos la certeza de que las jóvenes no pueden pasarse sin hombre, no daríamos ante ti, hija de nuestro rey, un paso tan audaz! ¡Déjanos, pues, casarte con nuestro hermano, y quedarás contenta de él, que nosotras respondemos con nuestro cuello!» Y habiendo dicho estas palabras, esperaron la respuesta. Pero como la bella Esplendor no diese contestación alguna, se adelantó Botón-de-Rosa y le cogió la mano con sus manos, y le dijo: «¡Con tu permiso, oh señora nuestra!» Y se encaró con Hassán y le dijo: «¡Trae tu mano!» Y Hassán le dió la mano, y Botón-de-Rosa la cogió y la unió entre las suyas á la de la princesa Esplendor, diciéndoles á ambos: «¡Os caso con asentimiento de Alah y por la ley de su Enviado!» Y en el límite de la dicha, Hassán improvisó estos versos:

*¡Oh mezcla admirable reunida en tu hermosura!
Al ver tu glorioso rostro bañado en el agua de la belleza,
¿quién podrá olvidar su radiante esplendor?*

*¡Te ven mis ojos compuesta preciosamente de rubies en toda una mitad de tu cuerpo encantador,
de perlas en la tercera parte, de almizcle negro en*

la quinta parte y de ámbar en la sexta parte, ¡oh toda dorada!

¡Entre las vírgenes nacidas de la Eva primera y entre las bellezas que habitan los múltiples jardines de los cielos, no hay ninguna que pueda compararse contigo!

¿Quieres darme la muerte? ¡No me perdones! ¡Otras muchas víctimas hizo el amor! ¡Y si quieres volverme á la vida, baja hacia mí tus ojos, ¡oh ornato del mundo!

Al oír estos versos, exclamaron las jóvenes á una, encarándose con Esplendor: «¡Oh princesa! ¿nos regañarás ahora por haberte traído un joven que se ha expresado de tan excelente manera y en versos tan hermosos?» Y preguntó Esplendor: «¿Pero es poeta?» Ellas dijeron: «¡Claro que lo es! Improvisa y compone con una facilidad maravillosa poemas y odas de millares de versos, en los que reina siempre un sentimiento muy vivo!» Estas palabras que tan á las claras mostraban el nuevo mérito de Hassán, por fin acabaron de conquistar el corazón de la recién casada. Y miró á Hassán, sonriente bajo sus largas pestañas. Y Hassán, que no esperaba mas que una seña de sus ojos, la cogió en brazos y se la llevó á su aposento. ¡Y allí, con su permiso, abrió en ella lo que tenía que abrir, y rompió lo que tenía que romper, y destapó lo que estaba sellado! Y se endulzó con todo aquello hasta el límite de la dulzura; y lo mismo le ocurrió á

ella. Y experimentaron ambos en poco tiempo el colmo de todas las alegrías del mundo. Y el amor á la joven se incrustó en el corazón de Hassán más que todas las pasiones. ¡Y todos sus pájaros cantaron prolongadamente! Por tanto, ¡gloria á Alah, que une en las delicias á sus creyentes y no les escatima sus dones dichosos! ¡Tú eres, Señor, el que adoramos, tú eres aquel de quien imploramos socorro! ¡Llévanos por el sendero recto, por el sendero de aquellos á quienes colmaste con tus beneficios, y no por el de aquellos que incurrieron en tu cólera ni por el de los extraviados!

Y he aquí que Hassán y Esplendor estuvieron juntos de tal suerte cuarenta días, trascurridos en el seno de las alegrías que proporciona el amor. Y las siete princesas, especialmente Botón-de-Rosa, se esforzaron por variar cada día los placeres de ambos esposos y hacerles la estancia en el palacio lo más agradable que les fué posible. Pero al cabo del día cuatrigésimo, Hassán vió en sueños á su madre, que le reprochaba por haberla olvidado, mientras ella se pasaba los días y las noches llorando sobre la tumba que hubo de erigirle en la casa. ¡Y se despertó con lágrimas en los ojos y lanzando suspiros que partían el alma! Y al oírle llorar, acudieron sus hermanas las siete princesas; y Botón-de-Rosa, más desolada que todas las otras, preguntó á la hija del rey de los genn qué le había sucedido á su esposo. Y contestó Esplendor: «¡No lo sé!» Y dijo Botón-de-Rosa: «¡Yo misma iré á in-

formarme de lo que le tiene tan triste!» Y preguntó á Hassán: «¿Qué te ocurre, hermano mío?» Y las lágrimas de Hassán corrieron con más violencia; y acabó por contar su sueño, lamentándose mucho...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 592.^a NOCHE**

Ella dijo:

...y acabó por contar su sueño, lamentándose mucho. Entonces le tocó á Botón-de-Rosa llorar y gemir, en tanto que sus hermanas decían á Hassán: «En ese caso, ¡oh Hassán! no podemos retenerte aquí más tiempo ni impedirte que regreses á tu país para volver á ver á tu madre querida. ¡Solamente te suplicamos que no nos olvides y que nos prometas volver para hacernos una visita una vez al año!» Y su hermana Botón-de-Rosa se le colgó al cuello sollozando, y acabó por caer desmayada de dolor. Y cuando recobró el conocimiento, recitó tristemente versos de adiós, y sepultó la cabeza en sus rodillas, rehusando todo consuelo. Y Hassán empezó á besarla y á acariciarla; y hubo de prometerle por juramento que volvería á verla una vez al año. Y mientras tanto, sus otras herma-

nas, á ruegos de Hassán, se pusieron á hacer los preparativos del viaje. Y cuando estuvo todo dispuesto, le preguntaron: «¿De qué manera quieres volver á Bassra?» Él dijo: «¡No lo sé!» Y en seguida se acordó del tambor mágico que le había quitado al mago Bahram y que tenía aquella piel de gallo. Y exclamó: «¡Por Alah! ¡he ahí la manera! ¡Pero no sé cómo servirme de ese tambor!» Entonces Botón-de-Rosa, que seguía llorando, secó sus lágrimas por un momento, y levantándose, dijo á Hassán: «¡Oh bienamado hermano mío, voy á enseñarte cómo has de servirte de ese tambor!» Y cogió el tambor, y apoyádoselo en el costado, hizo como si tocase sobre la piel de gallo con los dedos. Después dijo á Hassán: «¡Hay que hacer así!» Y Hassán dijo: «¡Ya lo he comprendido, hermana mía!» Y á su vez cogió el tambor de manos de la joven, y lo tocó como había visto hacerlo á Botón-de-Rosa, pero con mucha fuerza. Y al instante surgieron de todos los puntos del horizonte camellos grandes, dromedarios de carrera, mulas y caballos. Y todo aquel rebaño al galope acudió á alinearse tumultuosamente en una fila muy larga, con los camellos primero, detrás los dromedarios, y por último las mulas y los caballos.

Entonces las siete princesas escogieron los animales mejores y despidieron á los demás. Y cargaron á los que habían escogido con fardos preciosos, regalos, efectos y provisiones de boca. Y en el lomo de un gran dromedario de carrera pusieron

un magnífico palanquín con dos asientos para los dos esposos. Y entonces comenzaron las despedidas. ¡Oh, cuán dolorosas fueron! ¡Pobre Botón-de-Rosa! ¡Estabas triste y llorabas! ¡Cómo se derretía tu corazón al besar á Hassán, que se marchaba con la hija del rey! ¡Y gemías cual una tórtola á la que se separase de su tórtolo violentamente! ¡Ah! ¡no sabías aún ¡oh tierna Botón-de-Rosa! cuánta amargura guarda la copa de la separación! ¡Y no podías esperar que tu bienamado Hassán, cuya dicha preparabas, ¡oh llena de piedad! hubiera de sustraerse á tu dolor tan pronto! ¡Pero abriga la certeza de que le verás! ¡Tranquiliza, pues, tu alma preciosa y refresca tus ojos! ¡A fuerza de llorar, tus mejillas, de rosas que eran, se han hecho semejantes á flores de granado! ¡Cesa de llorar, Botón-de-Rosa, tranquiliza tu alma preciosa y refresca tus ojos! ¡Volverás á ver á Hassán, pues así lo quiere el Destino!

Y la caravana se puso en marcha entre los gritos desgarradores de las despedidas, y desapareció á lo lejos, mientras Botón-de-Rosa caía desvanecida. Y con la rapidez del ave, atravesó la caravana valles y montañas, llanuras y desiertos, y con el asentimiento de Alah, que escribió la seguridad, llegó á Bassra sin contratiempo.

Cuando llegaron á la puerta de la casa, Hassán oyó á su madre gemir y deplorar dolorosamente la ausencia de su hijo; y se le llenaron de lágrimas los ojos, y llamó á la puerta. Y desde dentro pre-

guntó la voz cascada de la pobre vieja: «¿Quién hay á la puerta?» Y dijo Hassán: «¡Abrenos!» Y con sus débiles piernas fué ella á abrir la puerta temblando, y á pesar de tener la vista debilitada por las lágrimas, reconoció á su hijo Hassán. ¡Entonces lanzó un prolongado suspiro y cayó desmayada! Y Hassán le prodigó sus cuidados, con ayuda de su esposa, y la hizo volver en sí. Entonces se le colgó al cuello ella, y se besaron con ternura, llorando de alegría. Y tras de los primeros transportes, Hassán dijo á su madre: «¡Oh madre, he aquí á tu hija, mi esposa, que te traigo para servírtel!» Y la vieja miró á Esplendor, y al verla tan bella, quedó deslumbrada y creyó que perdía la razón. Y le dijo: «¡Quienquiera que seas, hija mía, bien venida seas á la casa que iluminas!» Y preguntó á Hassán: «Hijo mío, ¿cómo se llama tu esposa?» El joven contestó: «Esplendor, ¡oh madre mía!» Ella dijo: «¡Oh conveniencia del nombre! ¡Qué bien inspirado estuvo quien te buscó ese nombre, oh hija de bendición!» Y la cogió de la mano y se sentó á su lado en la vieja alfombra de la casa. Y Hassán, entonces, se puso á contar á su madre toda su historia, desde su desaparición súbita hasta su regreso á Bassra, sin olvidar un detalle. Y su madre quedó maravillada de lo que oía en el límite de la maravilla, y no supo qué hacer para honrar, con arreglo á su rango, á la hija del rey de reyes del Gennistán.

Por lo pronto, se apresuró á ir al zoco á comprar

todo género de provisiones de primera calidad, y después fué al zoco de las sederías, y compró diez trajes espléndidos, lo más caro que tenían los mercaderes de más prestigio; y se los llevó á la esposa de Hassán, y la vistió con ellos, poniéndole á la vez los diez, uno encima de otro, para demostrarle así que nada era demasiado para su rango y su mérito. Y la besó como si fuese su propia hija. Y luego se puso á guisar manjares extraordinarios y pasteles á ningunos otros parecidos. Y no escatimó nada para halagarla, colmándola de cuidados y de atenciones delicadas. Tras de lo cual, se encaró con su hijo, y le dijo: «No sé, ¡oh Hassán! pero me parece que la ciudad de Bassra no es digna del rango de tu esposa; más valdria en todos sentidos para nosotros que nos fuésemos á vivir á Bagdad, la Ciudad de Paz, bajo el ala protectora del califa Harún Al-Rachid. ¡Y además, hijo mío, henos aquí muy ricos repentinamente, y temo mucho que, de seguir en Bassra, donde se nos conoce por pobres, llamemos la atención de un modo sospechoso, y á causa de nuestras riquezas se nos acuse de practicar la alquimia! ¡Lo mejor, á mi entender, es que nos vayamos cuanto antes á Bagdad, donde desde un principio nos tomarán por príncipes ó emires lejanos!» Y Hassán contestó á su madre: «¡Excelente idea!» Y se levantó en aquella hora y en aquel instante, y vendió los muebles y la casa. Tras de lo cual, cogió el tambor mágico é hizo resonar la piel de gallo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 593.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Tras de lo cual, cogió el tambor mágico é hizo resonar la piel de gallo. Y al punto surgieron del fondo de los aires grandes dromedarios, que fueron á ponerse en fila á lo largo de la casa. Y Hassán y la madre de Hassán y la esposa de Hassán cogieron lo que habían guardado como lo mejor por ser cosas preciosas y ligeras de peso, y montando en su palanquín, pusieron los dromedarios á paso de carrera. Y en menos tiempo del que se necesita para distinguir la mano derecha de la mano izquierda, llegaron á orillas del Tigris en las puertas de Bagdad. Y Hassán tomó la delantera, y fué en busca de un corredor para que le adquiriese, por el precio de cien mil dinares, un magnífico palacio propiedad de un visir entre los visires. Y apresuróse á conducir allá á su madre y á su esposa. Y amuebló el palacio con un lujo fastuoso, y compró esclavos de ambos sexos, y mozos jóvenes y eunucos. Y no escatimó nada para que su tren de casa fuese el más notable de toda la ciudad de Bagdad.

Instalado de aquel modo, Hassán llevó desde entonces en la Ciudad de Paz una vida deliciosa con su esposa Esplendor, rodeados ambos de cuidados minuciosos por parte de la venerable y anciana madre, que todos los días se ingeniaba para confeccionar un manjar nuevo y ejecutar las recetas de cocina que aprendía de sus vecinas, y que se diferenciaban mucho de las recetas de Bassra; porque en Bagdad había muchos platos que no podían fabricarse en ninguna otra parte sobre la faz de la tierra. Y he aquí que al cabo de nueve meses de llevar aquella vida encantadora y disfrutar de aquella alimentación especial, la esposa de Hassán parió felizmente dos hijos varones y gemelos, como lunas. Y al uno se le llamó Nasser, y al otro Manssur.

Pero al cabo de un año, el recuerdo de las siete princesas se ofreció á la memoria de Hassán, á la vez que el recuerdo del juramento que les había hecho. Y experimentó el más vivo deseo de volver á ver á Botón-de-Rosa principalmente. Hizo, pues, los preparativos necesarios para aquel viaje, compró las telas más hermosas y las cosas más hermosas que pudo encontrar en Bagdad y en todo el Irak y le parecieron más dignas de ofrecerse como regalos, y participó á su madre el proyecto que había formado, añadiendo: «Sólo quiero recomendarte una cosa hasta el límite de la recomendación para mientras dure mi ausencia: que guardes cuidadosamente el manto de plumas de mi esposa Esplen-

dor, que tengo escondido en el sitio más secreto de la casa. ¡Porque ¡oh madre mía! has de saber que si, para nuestra mayor desgracia, mi esposa querida tuviese ocasión de volver á ver ese manto, se acordaría al instante de su instinto original, que es el vuelo de las aves, y no podría por menos de volar de aquí, aun contra los impulsos de su corazón! ¡Ten, pues, mucho cuidado, madre mía, de no mostrarle ese manto! ¡Porque si tal desgracia sucediera, sin duda moriría yo de pena ó me mataría! Además, te recomiendo que la cuides bien, ya que está delicada y acostumbrada á los mimos, y que no dejes de servirla por ti misma con preferencia á las servidoras, que no saben como tú lo que es preciso y lo que no es preciso, lo que conviene y lo que no conviene, lo que es fino y lo que es grosero. Y sobre todo, madre mía, no la permitas poner el pie fuera de la casa, ni sacar la cabeza por una ventana, ni siquiera subir á la terraza del palacio, pues temo mucho por ella el aire libre y que el espacio la incite de alguna manera ó por alguna parte. ¡He ahí mis recomendaciones! ¡Y si quieres mi muerte, no tienes mas que despreciarlas!» Y contestó la madre de Hassán: «¡Guárdeme Alah de desobedecerte, oh hijo mío! ¡Roguemos al Profeta! ¿Acaso me he vuelto loca para tener necesidad de tantas recomendaciones ó infringir la menor de tus órdenes? ¡Parte, pues, tranquilo, ¡oh Hassán! y calma tu espíritu! ¡Y á tu regreso, con la gracia de Alah, no tendrás mas que preguntar á Esplen-

dor si ha marchado todo con arreglo á tus deseos! ¡Pero, á mi vez, quiero pedirte una cosa, ¡oh hijo mío! y es que no prolongues tu ausencia lejos de nosotras mas que el tiempo necesario para ir y volver, tras una corta estancia junto á las siete princesas!»

Así se hablaron uno á otro, Hassán y la madre de Hassán. Y no sabían lo que les reservaba lo desconocido en el libro del Destino, en tanto que la bella Esplendor oía todas las palabras que se dijeron y las fijaba en su memoria.

Así, pues, Hassán prometió á su madre que no se ausentaría mas que estrictamente el tiempo necesario; y se despidió de ella, y fué á besar á su esposa Esplendor y á sus dos hijos Nasser y Manssur, que mamaban al pecho de su madre. Tras de lo cual, tocó la piel de gallo del tambor...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 594.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Tras de lo cual tocó la piel de gallo del tambor y montó en un dromedario de carrera que hubo de presentarse; y después de reiterar por segunda

vez á su madre todas sus recomendaciones, le besó la mano. Luego habló al dromedario, que estaba en cuclillas, y al punto se levantó sobre sus cuatro patas y salió disparado por los aires mejor que por tierra, entregando sus miembros al viento y devorando á su paso la distancia. Y no fué ya mas que un punto en la lejanía del horizonte.

No tiene utilidad, en verdad, decir la intensidad de alegría con que fué recibido Hassán á su llegada ante las siete princesas, y sobre todo la dicha que sintió Botón-de-Rosa, y cómo adornaron el palacio con guirnaldas de flores y lo iluminaron. Mejor será que le dejemos contando á sus hermanas cuanto tenía que contarles, especialmente el nacimiento de sus dos hijos gemelos Nasser y Manssur; dejémosle, además, dedicarse con ellas á la caza y á las diversiones; y hacedme el favor ¡oh mis honorables y generosos oyentes que me rodeáis! de volver conmigo al palacio de Hassán, en Bagdad, donde dejamos á la anciana madre de Hassán y á su esposa Esplendor. ¡Hacedme ese favor, ¡oh mis señores de mano abierta! y veréis y oiréis lo que vuestros oídos honorables y vuestros ojos admirables jamás oyeron, escucharon ni sospecharon! Y desciendan sobre vosotros las bendiciones del Distribuidor y sus favores más escogidos. ¡Escuchadme bien, señores!

Es el caso ¡oh ilustrísimos! que cuando partió Hassán, su esposa Esplendor no se movió ni abandonó un instante á la madre de Hassán en el trans-

curso de dos días. Pero á la mañana del tercer día, besó la mano de la anciana señora, dándole los buenos días, y le dijo: «¡Oh madre mía, quisiera ir al hammam, pues hace mucho tiempo ya que no tomo baños, á causa de estar criando á Nasser y á Manssur!» Y la anciana señora dijo: «¡Ya Alah! ¡qué palabras tan fuera de lugar, hija mía! ¡Qué calamidad sería ir al hammam! ¿No sabes que tú y yo somos extranjeras y que no conocemos para nada los hammams de esta ciudad? ¿Y cómo vas á ir allí sin que te acompañe tu esposo, que te habría de preceder para pedir de antemano una sala y asegurarse de que todo está limpio y de que no caen de la bóveda piojos, chinches y polillas? Pero tu esposo se halla ausente, y yo no conozco á nadie que pueda reemplazarle en una circunstancia tan grave; y no puedo acompañarte yo misma, á causa de mi mucha edad y de mi debilidad. ¡No obstante, si quieres, hija mía, haré que te calienten agua aquí mismo, y te lavaré la cabeza y te daré un baño delicioso en el hammam de nuestra casa! ¡Precisamente tengo todo lo necesario para el caso, y hasta he recibido anteayer una caja de tierra perfumada de Alego, y ámbar y pasta depilatoria, y alheña! Así, pues, hija mía, puedes estar tranquila en cuanto á eso. ¡Será un baño excelente!» Pero Esplendor contestó: «¡Oh mi señora! ¿desde cuándo se niega á las mujeres permiso para ir al hammam? ¡Por Alah, que si hubieses dicho esas cosas á una esclava mis-

ma, no las hubiera soportado, y antes que continuar en vuestra casa te hubiera pedido que la subastaras en el zoco! ¡Los hombres ¡oh mi señora! son tan insensatos, que se imaginan que todas las mujeres se parecen y que hay que tomar contra ellas mil precauciones, á cuál más tiránica, para impedirles hacer cosas ilícitas! ¡Tú, sin embargo, debes tener muy bien sabido que, cuando una mujer ha resuelto firmemente hacer una cosa, siempre encuentra manera de conseguir su propósito, á despecho de todos los obstáculos, y que nada puede detenerla en sus deseos, aunque sean irrealizables ó estén llenos de desastres! ¡Ah! ¡ay de mi juventud! ¡se sospecha de mí y no se tiene fe ninguna en mi castidad! ¡Y ya sólo me resta morir!» Y habiendo dicho estas palabras, se puso á verter lágrimas, y á llamar sobre su cabeza las más negras calamidades.

Entonces la madre de Hassán acabó por dejarse conmover por sus lloros y gemidos, comprendiendo, por otra parte, que en adelante no habría modo de disuadirla de su propósito. Levantóse, pues, á pesar de su mucha edad y de la prohibición expresa de su hijo, y preparó todo lo que se necesitaba para el baño en cuanto á ropa blanca limpia y perfumes. Luego dijo á Esplendor: «¡Vamos, hija mía, ven y no te entristezcas más! ¡Pero librenos Alah de la cólera de tu esposo!» Y salió del palacio con ella y la acompañó al hammam más renombrado de la ciudad.

¡Ah! ¡cuánto mejor hubiera hecho la madre de Hassán en no dejarse conmover por las quejas de Esplendor, y en no franquear el umbral de aquel hammam! Pero ¿quién puede leer en el libro de los Destinos, aparte del Único Vidente? ¿Y quién puede decir de antemano lo que ha de hacer entre dos pasos de camino? ¡No obstante, nosotros, que somos musulmanes, creemos y nos confiamos á la Voluntad Suprema! Y decimos: «¡No hay más Dios que Alah y Mahomed es el Enviado de Alah!» Rogad al Profeta, ¡oh creyentes, ilustres oyentes míos!

Cuando la bella Esplendor, precedida por la madre de Hassán, que llevaba el paquete de ropa blanca limpia, hubo penetrado en el hammam, las mujeres que había echadas en el salón central de entrada lanzaron un grito de admiración, de tanto como las sedujo la belleza de la joven...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 595.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Cuando la bella Esplendor, precedida por la madre de Hassán, que llevaba el paquete de ropa blanca limpia, hubo penetrado en el hammam, las mujeres que había echadas en el salón central de entrada lanzaron un grito de admiración, de tanto como las sedujo la belleza de la joven. ¡Y ya no la quitaron ojo! ¡Tal fué su deslumbramiento al ver á la joven envuelta en sus velos todavía! ¡Pero cuál no sería su delirio cuando, después de quitarle la ropa, se quedó desnuda por completo! ¡Oh arpa de Daúd el Rey, que encantabas al león Saúl; y tú, hija del desierto, amante de Antara, el guerrero de cabellos crespos, ¡oh virgen Aba la de hermosas caderas, que sublevaste en todos sentidos á las tribus de Arabia, haciéndolas chocar unas con otras! y tú, Sett Budur, hija del rey Ghayur, señor de El-Buhur y de El-Kussur, tú cuyos ojos de incendio turbaron en extremo á los genn y á los efrits; y tú, música de los manantiales, y tú, canto primaveral de los pájaros, ¿á qué quedáis reducidos ante la desnudez de aquella gacela? ¡Loores á Alah, que te creó ¡oh Esplendor! y

mezcló en tu cuerpo de gloria los rubies y el almizcle, el ámbar puro y las perlas, ¡oh toda de oro!

Así, pues, las mujeres del hammam, para considerarla mejor, prescindieron de su baño y su pereza y la siguieron paso á paso. Y la fama de sus encantos cundió en seguida desde el hammam por todo el contorno, y en un instante invadieron las salas, hasta el punto de no poderse circular por ellas, mujeres atraídas por la curiosidad de ver tal maravilla de belleza. Y entre aquellas mujeres desconocidas encontrábase precisamente una de las esclavas de Sett Zobeida, esposa del califa Harún Al-Rachid. Y aquella joven esclava, que se llamaba Tohfa, quedó aún más estupefacta que las otras de la belleza perfecta de aquella luna mágica; y con los ojos muy abiertos, se inmovilizó en primera fila, mirándola bañarse en la piscina. Y cuando Esplendor hubo terminado su baño y estuvo vestida, la esclava no pudo por menos de seguirla fuera del hammam, atraída por ella como por una piedra de imán, y echó á andar detrás de ella por la calle hasta que Esplendor y la madre de Hassán llegaron á su morada. Entonces, la joven esclava Tohfa, como no podía entrar en el palacio, se limitó á llevarse los dedos á los labios, lanzando á Esplendor, á la vez que una rosa, un beso sonoro. Pero, desgraciadamente para ella, el eunuco que había á la puerta vió la rosa y el beso, y en extremo enfadado, empezó á dirigirle espantosas injurias, poniendo los ojos en blanco; lo cual la decidió,

aunque suspirando, á volver sobre sus pasos. Y entró en el palacio del califa, apresurándose á ir al lado de su ama Sett Zobeida.

Y he aquí que Sett Zobeida vió que su esclava preferida estaba muy pálida y muy emocionada; y le preguntó: «¿Dónde estuviste, ¡oh gentil! que vuelves en ese estado de palidez y de emoción?» La esclava dijo: «En el hammam, ¡oh mi señora!» Sett Zobeida preguntó: «¿Y qué viste en el hammam, Tohfa mía, para volver tan trastornada y con los ojos tan lánguidos?» La esclava contestó: «¿Y cómo ¡oh mi señora! no han de languidecer mis ojos y mi alma, y no ha de invadir mi corazón la melancolía, después de ver á la que me ha arrebatado la razón?» Sett Zobeida se echó á reír, y dijo: «¿Qué me cuentas ¡oh Tohfa! y de quién me hablas?» La esclava dijo: «¿Qué adolescente delicada ó qué jóven, qué pavo real ó qué gacela ¡oh mi señora! la igualarán jamás en encantos y en belleza?» Sett Zobeida dijo: «¡Oh loca Tohfa! ¿querrás por fin decirte á decirme su nombre?» La esclava dijo: «No lo sé, ¡oh mi señora! ¡Pero, ¡oh mi señora! por los méritos de tus beneficios sobre mi cabeza, te juro que ninguna criatura en la faz de la tierra, en el pasado, en el presente ó en el futuro, es comparable á ella! Todo lo que de ella sé es que habita en el palacio situado á orillas del Tigris y que tiene una puerta grande por el lado de la ciudad y otra puerta por el lado del río. Y me han dicho, además, en el hammam, que era esposa de un rico mercader llamado

Hassán Al-Bassri. ¡Ah, mi señora! si me ves toda temblorosa entre tus manos, no es solamente de la emoción suscitada por su belleza, sino del temor extremado que me invade al pensar en las consecuencias funestas que sobrevendrían si, por desgracia, nuestro señor el califa llegara á oír hablar de ella. ¡Seguramente haría que mataran al marido, y despreciando todas las leyes de equidad, se casaría con esa milagrosa joven! ¡Y de tal suerte vendería los bienes inestimables de su alma inmortal por la posesión temporal de una criatura hermosa, pero perecedera!»

Al oír estas palabras de su esclava Tohfa, Sett Zobeida, que sabía cuán prudente y mesurada era de ordinario en sus discursos, quedó estupefacta, y le dijo: «Pero, ¡oh Tohfa! ¿estás bien segura, al menos, de que no has visto en sueños solamente semejante maravilla de belleza?» Entonces la esclava contestó: «¡Juro por mi cabeza y por el peso del agradecimiento que debo á tus bondades para conmigo, ¡oh mi señora! que no sólo la he visto, sino que acabo de arrojar una rosa y un beso á esa joven que no tiene igual en ninguna tierra y en ningún clima, lo mismo entre los árabes que entre los turcos ó los persas!» Y Sett Zobeida exclamó entonces: «¡Por la vida de mis antepasados los Puros, que es preciso que yo también contemple á esa piedra preciosa única, y que la vea con mis propios ojos!»

Al punto hizo llamar al portaalfanje Massrur,

y después que él hubo besado la tierra entre sus manos, le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 596.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Al punto hizo llamar al portaalfanje Massrur, y después que él hubo besado la tierra entre sus manos, le dijo: «¡Oh Massrur! ¡ve á toda prisa al palacio que tiene dos puertas, una que da al río y otra que mira á la ciudad! ¡Y allí preguntarás por la joven que habita en él, y me la traerás, bajo pena de tu cabeza!» Y contestó Massrur: «¡Oir es obedecer!» Y salió, sacando la cabeza antes que los pies, y corrió al palacio consabido, que, en efecto, era el de Hassán. Y franqueó la puerta grande á la vista del eunuco, que le reconoció y se inclinó ante él hasta tierra. Y llegó á la puerta de entrada, á la cual llamó.

Al momento fué á abrir la anciana madre de Hassán. Y Massrur entró en el vestíbulo y deseó la paz á la anciana señora. Y la madre de Hassán le devolvió su zalema y le preguntó: «¿Qué deseas?» Él dijo: «¡Soy Massrur el portaalfanje! Vengo

enviado aquí por El-Sayeda Zobeida, hija de El-Kassem, esposa de Al-Emir Al-Mumenin Harún Al-Rachid, sexto de los descendientes de Al-Abbas, tío del Profeta (¡con Él la paz de Alah y sus bendiciones!) ¡Y vengo para llevar conmigo al palacio, á presencia de mi señora, á la hermosa joven que habita en esta morada!» Al oír estas palabras, exclamó la aterrada y temblorosa madre de Hassán: «¡Oh Massrur! ¡somos extranjeras aquí, y mi hijo, el esposo de la joven en cuestión, se halla ausente, de viaje! ¡Y antes de partir me ha prohibido expresamente que la dejara salir de la casa, ni conmigo ni con ninguna otra persona, y bajo ningún pretexto! ¡Y tengo miedo de que, por dejarla salir, sobrevenga, á causa de su belleza, algún accidente que obligue á mi hijo á darse la muerte á su regreso! ¡Te suplicamos, pues, ¡oh bienhechor Massrur! que tengas piedad de nuestra aflicción y no nos pidas una cosa que está por encima de nuestra voluntad y de nuestros medios concederte!» Massrur contestó: «¡Nada temas, mi buena señora! ¡Ten la certeza de que ningún accidente sensible acaecerá á la joven! Se trata sencillamente de que mi señora Sett Zobeida vea esa joven hermosa para asegurarse por sus propios ojos de si la fama exagera la nota de sus encantos y de su esplendor. Por cierto que no es la primera vez que se me ha encargado una misión análoga; y puedo asegurarte que ni una ni otra tendréis que arrepentiros de vuestra sumisión á semejante deseo,

sino al contrario. Y además, lo mismo que voy á conduciros con toda seguridad entre las manos de Sett Zobeida, me comprometo á traeros sanas y salvas á vuestra casa.»

Cuando la madre de Hassán comprendió que toda resistencia sería inútil y hasta perjudicial, dejó á Massrur en el vestíbulo y entró á vestir á Esplendor y á adornarla, y á vestir también á los dos pequeñuelos, Nasser y Manssur. Y cogió en brazos á ambos pequeñuelos, y dijo á Esplendor: «¡Ya que tenemos que ceder ante el deseo de Sett Zobeida, vamos todos juntos!» Y pasó al vestíbulo antes que ella, y dijo á Massrur: «¡Ya estamos dispuestas!» Y Massrur salió y abrió la marcha, seguido por la madre de Hassán, que llevaba á los dos pequeñuelos é iba á su vez seguida de Esplendor, completamente envuelta en sus velos. Y de tal suerte las condujo Massrur al palacio del califa, hasta ponerlas delante del ancho trono, en el que aparecía, reposando sentada majestuosamente, El-Sayeda Zobeida, rodeada por la muchedumbre numerosa de sus esclavas y de sus favoritas, en la primera fila de las cuales se mantenía la pequeña Tohfa.

Entonces, entregando ambos pequeñuelos á Esplendor, que seguía envuelta siempre en sus velos, la madre de Hassán besó la tierra entre las manos de Sett Zobeida, y después de la zalema hubo de cumplimentarle. Y Sett Zobeida le devolvió su zalema, le tendió la mano, que la anciana se llevó á los

labios, y le rogó que se levantase. Luego se encaró con la esposa de Hassán, y le dijo: «¿Por qué ¡oh bienvenida! no te desembarazas de tus velos? ¡Aquí no hay hombres!» É hizo seña á Tohfa, que al punto se acercó á Esplendor, ruborizándose, y empezó por tocar la orla de su velo, llevándose después á los labios y á la frente los dedos que rozaron el cendal. Luego le ayudó á quitarse el velo grande y le levantó por sí misma el velillo del rostro.

¡Oh Esplendor! ¡Ni la luna llena cuando sale de debajo de una nube, ni el sol con todo su brillo, ni el suave balanceo de la rama en la tibieza de la primavera, ni las brisas del crepúsculo, ni el agua riente, ni nada de cuanto encanta á los humanos por la vista, por el oído ó por el entendimiento, hubiera podido arrebatár, cuál tú lo hiciste, la razón de las que te miraban! ¡Con el irradiar de tu belleza se iluminó y resplandeció todo el palacio! ¡Con la alegría de tu presencia saltaron como corderos los corazones y bailaron en los pechos! ¡Y la locura soplaba sobre todas las cabezas! Y las esclavas te contemplaban con admiración, musitando: «¡Oh Esplendor!» Pero nosotros ¡oh oyentes míos! decimos: «¡Loores á Alah, que formó el cuerpo de la mujer cual el lirio del valle, y lo dió á sus creyentes como un anticipo del Paraíso!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 597.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Pero nosotros ¡oh oyentes míos! decimos:
«¡Loores á Alah, que formó el cuerpo de la mujer
cual el lírio del valle, y lo dió á sus creyentes como
un anticipo del Paraíso!»

Cuando Sett Zobeida se repuso del deslumbramiento en que se encontraba, se levantó de su trono y se acercó á Esplendor, á quien hubo de abrazar y oprimir contra su seno, besándole los ojos. Luego la hizo sentar al lado suyo, en el trono, y se quitó y le puso al cuello un collar de diez sartas de perlas gruesas que llevaba ella desde que se casó con Al-Rachid. Luego le dijo: «¡Oh soberana de los encantos! ¡en verdad que se equivocó mi esclava Tohfa al hablarme de tu belleza! ¡Porque tu belleza está por encima de todas las palabras! Pero dime, ¡oh perfecta! ¿conoces el canto, el baile ó la música? ¡Porque, cuando se es como eres tú, se sobresale en todo!» Esplendor contestó: «En verdad ¡oh mi señora! que no sé cantar, ni bailar, ni tocar el laúd y la guitarra; y no sobresalgo en ninguna de las artes que por lo general conocen las jóvenes. Sin embargo, poseo una ciencia única, que quizá

te parezca maravillosa: ¡consiste en volar por los aires como los pájaros!»

Al oír estas palabras de Esplendor, exclamaron todas las mujeres: «¡Oh encanto! ¡Oh prodigio!» Y Sett Zobeida dijo: «¿Cómo vacilar en creerte dotada de semejante aptitud, aunque me asombre en extremo? ¿No eres ya más armoniosa que el cisne y más ligera á la vista que las aves? ¡Pero si quieres encadenar nuestra alma tras de ti, consiente en hacer ante nuestros ojos la prueba de un vuelo sin alas!» Ella dijo: «¡Alas poseo precisamente, ¡oh mi señora! pero no las llevo encima. No obstante, puedo tenerlas, si tal es tu voluntad. No tienes mas que pedir á la madre de mi esposo que me traiga mi manto de plumas.»

Al punto Sett Zobeida se encaró con la madre de Hassán, y le dijo: «¡Oh venerable dama, madre nuestra! ¿quieres ir á buscar ese manto de plumas, para que yo vea el uso que hace de él tu encantadora hija?» Y pensó la pobre mujer: «¡Henos aquí perdidos sin remisión á todos! ¡La vista de su manto va á traerle á la memoria su instinto original, y sólo Alah sabe lo que ha de suceder!» Y contestó con temblorosa voz: «¡Oh mi señora, mi hija Esplendor se halla turbada por tu majestad, y no sabe ya lo que se dice! ¿Acaso se han llevado alguna vez trajes de plumas, que son una vestidura que no conviene mas que á los pájaros?» Pero intervino Esplendor, y dijo á Sett Zobeida: «¡Por tu vida ¡oh mi señora! te juro que mi manto de plumas está

guardado en un cofre escondido en nuestra casa!» Entonces Sett Zobeida se quitó del brazo un brazalete precioso que valía tanto como todos los tesoros de Khosroes y de Kaissar, y se lo ofreció á la madre de Hassán, diciéndole: «¡Oh madre nuestra! ¡por mi vida sobre ti, te conjuro á que vayas á tu casa á buscar ese manto de plumas, únicamente para verlo una vez! Y lo recuperarás en seguida en el mismo estado que lo traigas.» Pero la madre de Hassán juró que nunca había visto aquel manto de plumas ni nada que se le pareciese. Entonces gritó Sett Zobeida: «¡Ya Massrur!» Y al punto el portaalfanje del califa se presentó entre las manos de su soberana, que le dijo: «¡Massrur, corre en seguida á casa de estas damas, y busca en ella por todas partes un manto de plumas que está guardado en un cofre escondido!» Y Massrur obligó á la madre de Hassán á que le entregara las llaves de la casa, y corrió á hacer pesquisas por todas partes, hasta que acabó por encontrar el manto de plumas en un cofre escondido bajo tierra. Y se lo llevó á Sett Zobeida, quien, después de admirarlo largamente y maravillarse del arte con que estaba hecho, se lo entregó á la bella Esplendor.

Entonces Esplendor empezó por examinarlo pluma á pluma, y comprobó que estaba tan intacto como el día en que se lo arrebató Hassán. Y lo desdobló y se metió dentro, recogándose los extremos y abrochándose. ¡Y se tornó semejante á un gran pájaro blanco! ¡Y ante el asombro de los circuns-

tantes, patinó primero durante algún tiempo, volvió sobre sus pasos sin tocar el suelo, y se elevó hasta el techo balanceándose. Luego descendió ligera y aérea, y se puso á horcajadas en un hombro á sus dos hijos, diciendo á Sett Zobeida y á las damas: «Veo que os han gustado mis vuelos. Voy, pues, á daros más gusto aún.» Y tomó impulso, y se lanzó á la ventana más alta, posándose en el alféizar. Y desde allí exclamó: «¡Os advierto que os abandono!» Y en extremo emocionada, dijo Sett Zobeida: «¿Cómo es posible ¡oh Esplendor! que nos dejes ya, privándonos para siempre de tu belleza, ¡oh soberana de las soberanas!» Esplendor contestó: «¡Ay! sí, ¡oh mi señora! ¡Quien se marcha no vuelve!» Luego encaróse con la pobre madre de Hassán, desolada, sollozante, abatida en la alfombra, y le dijo: «¡Oh madre de Hassán, créeme que me aflige mucho marcharme así, y me entristezco por causa tuya y por tu hijo Hassán, mi esposo, pues los días de la separación desgarrarán su corazón y ennegrecerán nuestra vida, pero ¡ay! no puedo más! Siento que invade mi alma la embriaguez del aire, y es preciso que eche á volar por el espacio. Pero si tu hijo quiere encontrarme algún día, no tendrá mas que ir á buscarme á las islas Wak-Wak. Adiós, pues, ¡oh madre de mi esposo!» Y habiendo dicho estas palabras, Esplendor se elevó por los aires y fué á posarse un instante sobre la cúpula del palacio para alisar sus plumas. Luego reanudó su vuelo, y desapareció en las nubes con sus dos hijos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 598.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y habiendo dicho estas palabras, Esplendor se elevó por los aires y fué á posarse un instante sobre la cúpula del palacio para alisar sus plumas. Luego reanudó su vuelo, y desapareció en las nubes con sus dos hijos.

En cuanto á la pobre madre de Hassán, estuvo á punto de expirar de dolor, y quedó sin movimiento, desplomada en el suelo. Y Sett Zobeida se inclinó sobre ella y le prodigó por sí misma los cuidados necesarios; y cuando la hubo reanimado un poco, le dijo: «¡Ah madre mía! ¿por qué en vez de negarlo todo, no me has prevenido de que Esplendor podía hacer semejante uso de esa ropa encantada, de ese manto fatal? ¡Me hubiese guardado mucho entonces de dejarlo en su poder! ¿Cómo iba yo á adivinar que la esposa de tu hijo pertenecía á la raza de los genn aéreos? ¡Te ruego, pues, mi buena madre, que me perdones por mi ignorancia y que no censure con exceso un acto que no premedité!» Y dijo la pobre vieja: «¡Oh mi señora, yo sola me tengo la culpa! ¡Y la esclava nada tiene que per-

donar á su soberana! ¡Cada cual lleva colgado al cuello su destino! ¡Y el mío y el de mi hijo, es morir de dolor! Y tras estas palabras, salió del palacio, acompañada por el llanto de todas las mujeres, y se arrastró hasta su casa. ¡Y buscó en ella á los nietos y no los encontró; y buscó á la esposa de su hijo y no la encontró! Entonces rompió en lágrimas y en sollozos, más próxima á la muerte que á la vida. É hizo erigir en la casa tres tumbas, una grande y dos pequeñas, junto á las cuales se pasaba los días y las noches gimiendo y llorando. Y recitaba estos versos y muchos otros:

¡Oh nietos míos! ¡como la lluvia por las ramas secas, corre mi llanto por mis mejillas arrugadas!

¡El adiós de vuestra marcha es el adiós á nuestra vida! ¡Vuestra pérdida es la pérdida de nuestra alma, y yo ¡ay! sigo aquí!

¡Vosotros erais mi alma! ¿Cómo, habiéndome abandonado mi alma, puedo vivir todavía, ¡oh pobres pequeñuelos míos!? ¡Y yo sigo aquí!

¡Y esto es lo referente á ella! Pero respecto á Hassán, cuando hubo pasado tres meses con las siete princesas, pensó en partir, para no poner en inquietud á su madre y á su esposa. Y golpeó la piel de gallo del tambor; y se presentaron los dromedarios. Y sus hermanas escogieron diez de ellos y despidieron á los demás. Y cargaron cinco dromedarios con lingotes de oro y de plata y cinco

con pedrerías. Y le hicieron prometer que volvería á verlas al cabo de un año. Luego le besaron todas, una tras de otra, poniéndose en fila; y cada cual á su vez le dedicó una ó dos estrofas muy tiernas, en las que le expresaban cuánto les afligía su partida. Y se balanceaban rítmicamente sobre sus caderas, marcando la cadencia de los versos. Y Hassán les respondió con este poema improvisado:

¡Mis lágrimas son perlas, de las cuales os ofrezco un collar, hermanas mías! ¡He aquí que en el día de la marcha, afirmado sobre los estribos, ya no puedo volver riendas!

¡Oh hermanas mías! ¿Cómo me arrancaré de vuestros brazos amantes? ¡Mi cuerpo se aleja, pero mi alma queda con vosotras! ¡Ay! ¡ay! ¿cómo volver ya riendas con el pie en el estribo?

Después se alejó Hassán en su dromedario, á la cabeza del convoy, y llegó felizmente á Bagdad, la Ciudad de Paz.

Pero, al entrar en su casa, casi no reconoció Hassán á su madre, de tanto como había cambiado la infortunada á fuerza de lágrimas, de ayuno y de vigillas. Y como no veía que acudiese su esposa con los niños, preguntó á su madre: «¿Dónde está la mujer? ¿Y dónde están los niños?» Y su madre no pudo responder mas que con sollozos. Y Hassán echó á correr como un loco por las habita-

ciones, y en la sala de reunión vió abierto y vacío el cofre en que hubo de guardar el manto encantado. ¡Y se volvió y advirtió en medio de la estancia las tres tumbas! Entonces se desplomó cuan largo era, sin conocimiento, dando en la piedra con la frente. Y á pesar de los cuidados de su madre, que voló en socorro suyo, permaneció en aquel estado desde por la mañana hasta por la noche. Pero acabó por volver en sí, y desgarró sus vestiduras y se cubrió la cabeza con ceniza y polvo. Luego precipitóse de improviso sobre su espada y quiso atravesarse con ella. Pero su madre se interpuso entre él y la espada, extendiendo los brazos. Y le apoyó la cabeza en su pecho, y le hizo sentarse, aunque no tardó él en retorcerse de desesperación por el suelo como una serpiente. Y se puso ella á contarle poco á poco todo lo que había sucedido durante su ausencia, y concluyó diciéndole: «Ya ves, hijo mío, que á pesar de la inmensidad de nuestra desdicha, no debe la desesperación entrar en tu corazón, puesto que puedes encontrar á tu esposa en las islas Wak-Wak»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 599.^a NOCHE**

Ella dijo:

...«Ya ves, hijo mío, que á pesar de la inmensidad de nuestra desdicha, no debe la desesperación entrar en tu corazón, puesto que puedes encontrar á tu esposa en las islas Wak-Wak.»

Al oír estas palabras de su madre, Hassán sintió que una esperanza repentina refrescaba los abanicos de su alma, y levantándose al instante, dijo á su madre: «¡Parto para las islas Wak-Wak!» Luego pensó: «¿Dónde podrán estar situadas esas islas, cuyo nombre se asemeja al grito de un ave de rapiña? ¿Estarán en los mares de la India, ó del Sindh, ó de Persia ó de China?» Y para esclarecer su espíritu acerca del particular, salió de la casa, y todo se puso negro y sin límites á sus ojos, y fué en busca de los sabios y los letrados de la corte del califa, y les preguntó por turno si conocían los mares en que estaban situadas las islas Wak-Wak. Y contestaron todos: «¡No lo sabemos! ¡Y no hemos oído en nuestra vida hablar de la existencia de esas islas!» Entonces Hassán comenzó otra vez á desesperarse, y regresó á la casa con el pecho oprimido por el viento de la muerte. Y dijo á su madre, dejándose caer en el suelo: «¡Oh madre! ¡no

es á las islas Wak-Wak adonde tengo que ir, sino más bien á los lugares donde se ha aposentado la Madre de los Buitres (la Muerte)!» Y rompió en lágrimas, con la cabeza en la alfombra. Pero de pronto se levantó, y dijo á su madre: «¡Alah me envía el pensamiento de volver al lado de las siete princesas que me llaman hermano suyo, para preguntarles el camino de las islas Wak-Wak!» Y sin más tardanza, se despidió de la pobre madre, mezclando sus lágrimas con las de ella, y montó en el dromedario de que no había prescindido desde su regreso. Y llegó felizmente al palacio de las siete hermanas, en la Montaña de las Nubes.

Cuando sus hermanas le vieron llegar, le recibieron con los transportes de la felicidad más viva. Y le besaron, lanzando gritos de alegría y deseándole la bienvenida. Y cuando le tocó á Botón-de-Rosa el turno de besar á su hermano, vió con los ojos de su corazón amante el cambio operado en las facciones de Hassán y la turbación de su alma. Y sin hacerle la menor pregunta, rompió en lágrimas sobre su hombro. Y Hassán lloró con ella, y le dijo: «¡Ah! ¡Botón-de-Rosa, hermana mía, sufro cruelmente, y vengo á ti para buscar el único remedio que puede aliviar mis males! ¡Oh perfumes de Esplendor! ¡no os traerá ya el viento para refrescar mi alma!» Y tras de pronunciar estas palabras, Hassán lanzó un grito desesperado y cayó privado de conocimiento.

Al ver aquello, las princesas, asustadas, se

aglomeraron en torno á él, llorando, y Botón-de-Rosa le roció el rostro con agua de rosas y le regó con sus lágrimas. Y por siete veces trató de incorporarse Hassán, y por siete veces cayó en tierra. Por último pudo volver á abrir los ojos después de un desmayo más largo que los otros todavía, y contó á sus hermanas toda la triste historia desde el principio hasta el fin. Luego añadió: «¡Y ahora ¡oh compasivas hermanas! vengo á preguntaros por el camino que conduce á las islas Wak-Wak! ¡Porque, al partir, mi esposa Esplendor dijo á mi pobre madre: «¡Si algún día quiere encontrarme tu hijo, no tendrá mas que buscarme en las islas Wak-Wak!»

Cuando las hermanas de Hassán oyeron estas últimas palabras, bajaron la cabeza, presa de un estupor sin límites, y estuvieron mirándose sin hablar durante largo rato. Por último, rompieron el silencio y exclamaron todas á la vez: «Alza tu mano hacia la bóveda del cielo ¡oh Hassán! é intenta cogerla ó tocarla. ¡Más fácil aún sería que llegar á esas islas Wak-Wak en que se halla tu esposa con tus hijos!» Al oír estas palabras, las lágrimas de Hassán corrieron á torrentes é inundaron sus vestiduras. Y cada vez más emocionadas con su dolor, las siete princesas se esforzaron por consolarle. Y Botón-de-Rosa le rodeó tiernamente el cuello con sus brazos, y le dijo, besándole: «¡Oh hermano mío, tranquiliza tu alma y refresca tus ojos, soportando con paciencia el destino adverso,

porque ha dicho el Maestro de los Proverbios: «¡La paciencia es la llave del consuelo, y el consuelo hace lograr el propósito!» Y ya sabes ¡oh hermano mío! que todo destino debe cumplirse; pero jamás muere en el año noveno el que ha de vivir diez años. Reanímate, pues, y seca tus lágrimas; y yo haré cuanto pueda por facilitarte los medios de que llegues al lado de tu mujer y de tus hijos, si tal es la voluntad de Alah (exaltado sea). ¡Ah, qué maldito manto de plumas! ¡Cuántas veces tuve idea de decirte que lo quemaras, y me contuve por no contrariarte! ¡En fin, lo que está escrito, está escrito! ¡Vamos á tratar de remediar, entre todos tus males, el más irremediable!» Y se encaró con sus hermanas, y se echó á sus pies, y las conjuró á que la auxiliaran para descubrir el medio de que su hermano encontrase el camino de las islas Wak-Wak. Y sus hermanas se lo prometieron de todo corazón amistoso.

Y he aquí que las siete princesas tenían un tío, hermano de su padre, que quería muy particularmente á la mayor de las hermanas; é iba á verla con regularidad una vez al año. Y el tal tío se llamaba Abd Al-Kaddús...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 600.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y he aquí que las siete princesas tenían un tío, hermano de su padre, que quería muy particularmente á la mayor de las hermanas; é iba á verla con regularidad una vez al año. Y el tal tío se llamaba Abd Al-Kaddús. Y en su última visita había dado á su preferida, la mayor de las princesas, un saquito lleno de sahumerios, diciéndole que no tenía mas que quemar un poco de estos sahumerios, si algún día se encontraba en cualquier circunstancia en que creyese tener necesidad de su auxilio. Así es que, cuando Botón-de-Rosa la hubo suplicado de aquel modo que interviniese, la mayor de las princesas pensó que acaso su tío pudiera salvar al pobre Hassán. Y dijo á Botón-de-Rosa: «¡Ve en seguida á buscarme el saco de perfumes y el pebetero de oro!» Y Botón-de-Rosa corrió en busca de ambas cosas, y se las entregó á su hermana, que abrió el saco, tomó de él un poco de perfume y lo echó en el pebetero en medio de la brasa, pensando mentalmente en su tío Abd Al-Kaddús y llamándole.

En cuanto disipóse la humareda del pebetero, he aquí que se alzó un torbellino de polvo, que iba

acercándose, y tras él apareció, montado en un elefante blanco, el jeique Abd Al-Kaddús. Y se apeó de su elefante, y dijo á la mayor de las hermanas y á las princesas, hijas de su hermano: «¡Heme aquí! ¿A qué se debe que haya llegado á mi olfato el olor del perfume? ¿En qué puedo serte útil, hija mía?» Y la joven se colgó á su cuello y le besó la mano, y contestó: «¡Oh mi tío querido! Ya hace más de un año que no venías á vernos, y tu ausencia nos inquietaba y nos atormentaba. ¡Por eso he quemado el perfume, para verte y quedarme tranquila!» Dijo él: «Eres la más encantadora de las hijas de mi hermano, ¡oh preferida mía! Sin embargo, no creas que, porque retardé este año mi llegada, te he olvidado. ¡Precisamente quería venir á verte mañana! ¡Pero no me ocultes nada, pues sin duda tienes que pedirme alguna cosa!» Ella contestó: «Alah te guarde y prolongue tus días, ¡oh tío mío! ¡Ya que me lo permites, quisiera pedirte una cosa, efectivamente!» Dijo él: «¡Habla! ¡Te la concedo de antemano!» Entonces la joven hubo de contarle toda la historia de Hassán, y añadió: «¡Y ahora, por todo favor, te pido que digas á nuestro hermano Hassán qué tiene que hacer para llegar á esas islas Wak-Wak!»

Al oír estas palabras, el jeique Abd Al-Kaddús bajó la cabeza y se metió un dedo en la boca, reflexionando profundamente durante una hora de tiempo. Luego se sacó de la boca el dedo, levantó la cabeza, y sin decir una palabra, se puso á trazar

sobre la arena varias figuras. Por fin rompió el silencio, y dijo á las princesas, meneando la cabeza: «¡Hijas mías, decid á vuestro hermano que se atormenta inútilmente! ¡Es imposible que pueda ir á las islas Wak-Wak!» Entonces las jóvenes se encaron con Hassán, y le dijeron, con lágrimas en los ojos: «¡Ay! ¡oh hermano nuestro!» Pero Botón-de-Rosa le cogió de la mano, le hizo acercarse, y dijo al jeique Abd Al-Kaddús: «¡Mi buen tío, pruébale lo que acabas de decirnos, y dale consejos prudentes, que los escuchará con corazón sumiso!» Y el anciano dió á besar su mano á Hassán, y le dijo: «¡Has de saber, hijo mío, que te atormentas inútilmente! ¡Es imposible que puedas ir á las islas Wak-Wak, aun cuando acudieran en tu ayuda toda la caballería volante de los genn, los cometas errantes y los planetas giratorios! Porque esas islas Wak-Wak, hijo mío, son islas habitadas por amazonas vírgenes, y donde reina precisamente el rey de reyes del Gennistán, padre de tu esposa Esplendor. Y de esas islas, á las que no ha ido nadie nunca y de las que nadie ha vuelto, te separan siete vastos mares, siete valles sin fondo y siete montañas sin cima. ¡Y se hallan situadas en los confines extremos de la tierra, allende los cuales no existe nada que se sepa! Así es que no creo que de ningún modo llegues á salvar los obstáculos diversos que de ellas te separan. ¡Y me parece que el partido más prudente que puedes tomar es volverte á tu casa ó permanecer aquí con tus herma-

nas, que son encantadoras! ¡Pero en cuanto á las islas Wak-Wak, no pienses más en ellas!»

Al oír estas palabras del jeique Abd Al-Kaddús, Hassán se puso amarillo como el azafrán, lanzó un grito desesperado y cayó desmayado. Y las princesas no pudieron reprimir sus sollozos; y la más joven desgarró sus vestiduras y se maltrató el rostro; y empezaron á llorar y á lamentarse todas juntas en torno de Hassán. Y una vez que él recobró el conocimiento, no pudo por menos de llorar, apoyando la cabeza en el regazo de Betón-de-Rosa. Y el anciano acabó por conmoverse ante aquel espectáculo, y compadecido de tanto dolor, encaróse con las princesas, que se quejaban lamentablemente, y les dijo con tono agrio: «¡Callaos!» Y las princesas reprimieron los gritos que pugnaban por salir de su garganta, y aguardaron con ansiedad lo que iba á decir su tío. Y el jeique Abd Al-Kaddús apoyó su mano en el hombro de Hassán, y le dijo: «¡Cesa en tus gemidos, hijo mío, y cobra ánimos! Porque, con ayuda de Alah, te proporcionaré un medio mejor de conseguir tu propósito. ¡Levántate, pues, y sígueme!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 601.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y el jeique Abd Al-Kaddús apoyó su mano en el hombro de Hassán, y le dijo: «¡Cesa en tus gemidos, hijo mío, y cobra ánimos! Porque, con ayuda de Alah, te proporcionaré un medio mejor de conseguir tu propósito. ¡Levántate, pues, y sígueme!» Y Hassán, á quien estas palabras habían vuelto á la vida de repente, se irguió sobre sus pies, se despidió rápidamente de sus hermanas, besó varias veces á Botón-de-Rosa, y dijo al anciano: «¡Soy tu esclavo!»

Entonces el jeique Abd Al-Kaddús hizo montar á Hassán con él á la grupa del elefante blanco, y habló á la bestia inmensa, que se puso en movimiento. ¡Y rápido cual el granizo que cae, el rayo que hiere y el relámpago que brilla, el gran elefante agitó sus miembros por el viento y echó á volar y se sumergió en las llanuras del espacio, devorando á su paso la distancia!

Y he aquí que en tres días y tres noches de semejante velocidad recorrieron un camino de siete años. Y llegaron á una montaña azul, cuyos alrededores todos eran azules, y en medio de la cual había una caverna con la entrada obstruída por

una puerta de acero azul. Y el jeique Abd Al-Kaddús llamó á aquella puerta, y salió á abrirle un negro azulado que llevaba en una mano un sable azul y en la otra un escudo de metal azul. Y con una prontitud increíble, el jeique arrebató aquellas armas de las manos del negro, que retiróse al punto para dejarle pasar; y seguido por Hassán, entró en la caverna, cuya puerta cerró detrás de ellos el negro.

Entonces caminaron próximamente una milla por una ancha galería abovedada, en que la luz era azul y las rocas transparentes y azules, y al extremo de la cual se encontraron frente á dos enormes puertas de oro. Y el jeique Abd Al-Kaddús abrió una de aquellas puertas, y dijo á Hassán que le esperara hasta que estuviese de vuelta. Y desapareció en el interior. Pero al cabo de una hora, regresó llevando de la brida á un caballo azul, todo teñido y enjaezado de colores azules, en el cual hizo que montase Hassán. Y abrió entonces la segunda puerta de oro, y ante ellos se desplegó de pronto el espacio azul, y á sus pies una inmensa pradera sin horizonte. Y el jeique dijo á Hassán: «Hijo mío, ¿sigues siempre decidido á partir y á afrontar los peligros sin número que te esperan? ¿O acaso quieres mejor, como yo te aconsejaría, volver sobre tus pasos y regresar al lado de mis sobrinas las siete princesas, que sabrán consolarte de la pérdida de tu esposa Esplendor?» Hassán contestó: «¡Mil veces prefiero afrontar los peligros de

la muerte á sufrir por más tiempo los tormentos de la ausencia!» El jeique repuso: «Hijo mío Hassán, ¿no tienes una madre para la cual será tu ausencia una fuente inagotable de lágrimas? ¿Y no querrás mejor volver junto á ella para consolarla?» El joven contestó: «¡No volveré al lado de mi madre sin mi esposa y mis hijos!» Entonces le dijo el jeique Abd Al-Kaddús: «¡Pues bien, Hassán; parte bajo la protección de Alah!» Y le entregó una carta en que estaba escrita con tinta azul la dirección siguiente: «*Al muy ilustre y muy glorioso jeique de los jeiques, nuestro señor el venerable Padre-de-las-Plumas.*» Luego le dijo: «Toma esta carta, hijo mío, y ve adonde te conduzca tu caballo. Llegará á una montaña negra, cuyos alrededores son negros, y se parará delante de una caverna negra. Entonces echarás pie á tierra, y después de haber atado la brida á la silla, dejarás entrar al caballo solo en la caverna. Y esperarás á la puerta, y verás salir á un anciano negro, vestido de negro, y negro por todas partes, excepción hecha de una luenga barba blanca que le baja hasta las rodillas. Entonces le besarás la mano, te pondrás en tu cabeza la orla de su traje, y le entregarás esta carta que te doy para que te sirva de presentación cerca de él. ¡Porque es el jeique Padre-de-las-Plumas! ¡Y es mi señor y la corona de mi cabeza! ¡Y sólo él puede ayudarte sobre la tierra en tu temeraria empresa! Tratarás, pues, de que te sea propicio, y harás cuanto él te diga que hagas. ¡Uassalam!»

Entonces Hassán se despidió del jeique Abd Al-Kaddús, y espoleó los flancos de su caballo azul, que relinchó y partió como una flecha. Y el jeique Abd Al-Kaddús volvió á la gruta azul.

Y durante diez días dejó Hassán que el caballo caminase á su antojo, con tanta velocidad, que no le adelantarían el vuelo de los pájaros ni los remolinos de las tempestades. ¡Y anduvo de tal suerte un trayecto de diez años en línea recta! Y llegó, por último, al pie de una cadena de montañas negras, de cima invisible, que se extendían desde Oriente á Occidente. Y conforme se iba acercando á estas montañas, el caballo se puso á relinchar, aflojando su marcha...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 602.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y conforme se iba acercando á estas montañas, el caballo se puso á relinchar, aflojando su marcha. Y al instante, de todas partes á la vez, más numerosos que las gotas de lluvia, acudieron unos caballos negros, que fueron á olfatear al caballo azul de Hassán y á restregarse contra él. Y

Hassán quedó asombrado de su número, y temió que quisiesen estorbarle el camino; pero prosiguió su marcha y llegó á la entrada de la caverna negra que había en medio de rocas más negras que el ala de la noche. Y aquella era precisamente la caverna de que le había hablado el jeique Abd Al-Kaddús. Y se apeó, y tras de haber atado la brida al arzón de la silla, dejó entrar solo á su caballo en la caverna; y se sentó á la puerta, como hubo de ordenarle el jeique.

Pero no había transcurrido una hora, cuando vió salir de la gruta á un venerable anciano, vestido de negro, y negro él mismo de pies á cabeza, excepción hecha de la luenga barba que le llegaba á la cintura. Era el jeique de los jeiques, el muy glorioso Ali, Padre-de-las-Plumas, hijo de la reina Balkis, esposa de Soleimán (¡con todos ellos la paz de Alah y sus bendiciones!) Y Hassán, al verle, se echó á sus plantas, y le besó las manos y los pies, y se puso sobre la cabeza la orla del traje del anciano, colocándose así bajo su protección. Luego le presentó la carta de Abd Al-Kaddús. Y el jeique Padre-de-las-Plumas tomó la carta, y sin decir una sola palabra, entró otra vez en la gruta. Y ya comenzaba Hassán á desesperar, como no le veía volver, cuando he aquí que apareció, pero vestido entonces de blanco. É hizo á Hassán señas de que le siguiera, y echó á andar delante de él por la gruta. Y Hassán le siguió, y llegó tras del otro á una inmensa sala cuadrada, pavimentada de pe-

drerías y cada uno de cuyos cuatro rincones lo ocupaba un anciano vestido de negro y sentado sobre una alfombra, en medio de una cantidad infinita de manuscritos, con un pebetero de oro en que ardían perfumes ante él; y cada uno de aquellos cuatro sabios estaba rodeado por otros siete sabios, discípulos suyos, que copiaban los manuscritos y leían ó reflexionaban. Pero cuando entró el jeique Alí Padre-de-las-Plumas, todos aquellos venerables personajes se levantaron en su honor; y los cuatro sabios principales abandonaron sus rincones y fueron á sentarse junto á él en medio de la sala. Y cuando todo el mundo hubo ocupado su sitio, el jeique Alí se encaró con Hassán y le dijo que contara su historia ante aquella asamblea de sabios.

Entonces, Hassán, muy emocionado, empezó primero por derramar lágrimas á torrentes; luego, no bien pudo secarlas, con la voz entrecortada por sollozos, se puso á contar toda su historia, desde su rapto, llevado á cabo por Bahram el Gauro, hasta su encuentro con el jeique Abd Al-Kaddús, discípulo del jeique Padre-de-las-Plumas y tío de las siete princesas. Y en tanto que duró el relato, no le interrumpieron los sabios; pero, cuando hubo concluído, exclamaron todos á una, encarándose con su maestro: «¡Oh venerable maestro, oh hijo de la reina Balkis! digna de piedad es la suerte de este joven, pues sufre como esposo y como padre! ¡Y quizá podamos contribuir á devolverle esa jo-

ven tan bella y esos dos hijos tan hermosos!» Y contestó el jeique Ali: «Venerables hermanos míos, se trata de un asunto de importancia. Y tan bien como yo sabéis vosotros cuán difícil es llegar á las islas Wak-Wak, y cuánto más difícil todavía es volver de ellas. Y ya sabéis toda la dificultad que hay, una vez que se llega á esas islas después de todos los obstáculos salvados, en acercarse á las amazonas vírgenes, guardias del rey de reyes de los genn y de sus hijas. En esas condiciones, ¿cómo queréis que Hassán encuentre á la princesa Esplendor, hija de su poderoso rey?» Los jeiques contestaron: «¿Quién podrá negar que tienes razón, venerable padre? ¡Pero ese joven te ha sido recomendado particularmente por nuestro hermano el honorable é ilustre jeique Abd Al-Kaddús, y no puedes por menos de acoger sus intenciones de un modo favorable!»

Y Hassán, por su parte, al oír estas palabras, se arrojó á los pies del jeique, se cubrió la cabeza con la orla del manto del anciano, y abrazándole las rodillas le conjuró á que le devolviera á su esposa y á sus hijos. Y asimismo besó las manos de todos los jeiques, que unieron sus ruegos á los de él, suplicando al maestro de todos, al jeique Padre-de-las-Plumas, que tuviese piedad del infortunado joven. Y el jeique Ali contestó: «¡Por Alah, que en mi vida vi á ninguno despreciar la existencia tan resueltamente como este joven Hassán! ¡No sabe lo que desea ni lo que le espera este temera-

rio! ¡Pero, en fin, quiero hacer por él cuanto de mí dependa!»

Habiendo hablado así, el jeique Alí Padre-de-las-Plumas reflexionó durante una hora de tiempo en medio de sus viejos discípulos respetuosos; luego levantó la cabeza, y dijo á Hassán: «¡Ante todo, voy á darte una cosa que te resguardará en caso de peligro!» Y se arrancó de la barba un mechón de pelos del sitio donde eran mas largos, y se los entregó á Hassán, diciéndole...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 603.^a NOCHE**

Ella dijo:

...Y se arrancó de la barba un mechón de pelos del sitio donde eran más largos, y se los entregó á Hassán, diciéndole: «¡Esto hago por ti! ¡Si alguna vez te hallaras en medio de un gran peligro, no tienes mas que quemar un pelo de este mechón, y al instante iré en socorro tuyo!» Luego alzó la cabeza hacia la bóveda de la sala, y dió una palmada, como para llamar á alguien. Y al punto descendió de la bóveda, presentándose entre sus manos, un efrit entre los efrits alados. Y le preguntó

el jeique: «¿Cómo te llamas, ¡oh efrit!?» El efrit dijo: «Tu esclavo Dahnasch ben-Forktasch, ¡oh jeique Ali Padre-de-las-Plumas!» Y le dijo el jeique: «¡Aproxímate!» Y el efrit Dahnasch se aproximó al jeique Ali, que acercó su boca al oído del otro y le dijo algo en voz baja. Y el efrit contestó con un movimiento de cabeza que significaba: «¡Está bien!» Y el jeique se encaró con Hassán, y le dijo: «Mira, hijo mío, súbete á la espalda de ese efrit. Él te transportará á las regiones de las nubes, y desde allí te bajará á una tierra que es de alcanfor blanco. Y allí ¡oh Hassán! te dejará el efrit, porque no puede llegar más lejos. Y entonces habrás de caminar completamente solo por esa tierra de alcanfor blanco. Y una vez que hayas salido de ella, te encontrarás frente á las islas Wak-Wak. ¡Y allí, Alah proveerá!»

Entonces Hassán besó de nuevo las manos del jeique Padre-de-las-Plumas, se despidió de los demás sabios, dándoles las gracias por sus bondades, y se puso á horcajadas sobre los hombros de Dahnasch, que elevóse con él por los aires. Y el efrit le llevó á la región de las nubes, y desde allí bajó con él á la tierra de alcanfor blanco, donde hubo de dejarle para desaparecer luego.

Así, ¡oh Hassan, oriundo de Bassra! tú á quien antaño admiraban en los zocos de tu ciudad natal y hacías volar todos los corazones y pasmarse de tu hermosura á los que te miraban; tú que viviste dichoso tanto tiempo entre las princesas y susci-

taste en sus almas tanta ternura y tanto dolor, he aquí que, impulsado por tu amor á Esplendor, llegas, en alas del efrít, á esta tierra de alcanfor blanco, donde vas á experimentar lo que ninguno antes que tú y ninguno después que tú ha experimentado ni experimentará jamás.

En efecto, cuando el efrít le hubo dejado en aquella tierra, Hassán echó á andar en línea recta por un suelo brillante y perfumado. Y anduvo así mucho tiempo, y acabó por vislumbrar á lo lejos, en medio de una pradera, una especie de tienda. Y se dirigió por aquel lado y acabó por llegar muy cerca de lá tal tienda. Pero como en aquel momento caminaba por un césped muy espeso, dió con el pie sobre algo que se ocultaba entre la hierba; y lo miró y vió que era un cuerpo blanco como una masa de plata y del tamaño de una de las columnas de la ciudad de Iram. Y he aquí que era un gigante, y la tienda que Hassán veía no era otra cosa que su oreja, la cual le servía de pantalla para el sol. Y al verse despertado así de su sueño, el gigante se levantó rugiendo, y sintió tanta cólera, que se le llenó de aliento el vientre, mientras los esfuerzos tan considerables que para ello realizaba hacían gemir á su trasero; lo que produjo, á manera de trueno, una serie de cuescos extraordinarios que tiraron á Hassán de bruces en tierra, lanzándole por el aire después con los ojos desorbitados de terror. Y antes de que volviese á caer al suelo, el gigante le atrapó al vuelo por el cuello,

en el sitio en que la piel es más blanda, y con la fuerza de su brazo le tuvo suspendido en el aire, cual el gorrión en la garra del halcón. Y volteándole con el brazo, se dispuso á aplastarle contra tierra, pulverizándole los huesos y convirtiendo su longitud en anchura.

Cuando Hassán comprendió lo que le iba á suceder, agitóse con todas sus fuerzas, y exclamó: «¡Ah! ¿quién me salvará? ¡Ah! ¿quién me libertará? ¡Oh gigante, ten piedad de mí!» Al oír aquellos gritos de Hassán, se dijo el gigante: «¡Por Alah, que no canta mal este pájaro! Y me gustan sus trinos. ¡Así es que se lo voy á llevar á nuestro rey!» Y le cogió delicadamente por un pie para no hacerle daño, y penetró en una espesa floresta, dentro de la cual, en medio de un claro, aparecía sentado sobre una roca que le servía de trono el rey de los gigantes de la tierra de alcanfor blanco. Y estaba rodeado de sus guardias, que eran cincuenta gigantes de una estatura de cien codos cada uno. Y el que llevaba á Hassán se acercó al rey y le dijo: «¡Oh rey nuestro! ¡he aquí un pajarillo que he cogido y que te traigo á causa de su hermosa voz! ¡Porque trina de un modo agradable!» Y dió dos golpes en la nariz á Hassán, diciéndole: «¡Canta un poco delante del rey!» Y Hassán, que no entendía el lenguaje del gigante, creyó que había llegado su última hora, y empezó á temblar, exclamando: «¡Ah! ¿quién me salvará? ¡Ah! ¿quién me libertará?» Y al oír aquella voz, el rey se convul-

sionó y se bamboleó de alegría, y dijo al gigante: «¡Por Alah, que es encantador! ¡Hay que llevárselo enseguida á mi hija para que la divierta!» Y añadió, encarándose con el gigante: «¡Sí! ¡date prisa á meterlo en una jaula y á colgarlo en la habitación de mi hija, junto á su lecho, á fin de que la distraiga con sus cantos y sus trinos!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 604.ª NOCHE**

Ella dijo:

...«¡Sí! ¡date prisa á meterlo en una jaula y á colgarlo en la habitación de mi hija, junto á su lecho, á fin de que la distraiga con sus cantos y sus trinos!»

Entonces el gigante apresuróse á meter á Hassán en una jaula con dos grandes recipientes, uno para la comida y otro para el agua. Y también le puso dos cañas para que pudiera saltar y cantar á su antojo; y le llevó á la habitación de la hija del rey y le colgó á su cabecera.

Cuando la hija del rey vió á Hassán, quedó encantada de su figura y de sus lindas formas, y se puso á hacerle mil caricias y á mimarle de

mil modos. Y le hablaba con una voz muy dulce para domesticarle, aunque Hassán no entendía su lenguaje para nada. Pero, como veía que ella no le quería mal, trató de enternecerla con su destino, llorando y gimiendo. Y la princesa tomaba siempre sus gemidos y suspiros por cánticos armoniosos; y con ello experimentaba un placer extremado. Y acabó por sentir una inclinación extraordinaria hacia él; y no podía pasarse sin él á ninguna hora del día ni de la noche. Y al acercársele, sentía que todo su ser se impresionaba; y no comprendía qué manifestaciones pudieran hacerse con un pájaro tan pequeño. Y con frecuencia le hacía señas y le hablaba por gestos; pero tampoco la entendía él, y estaba muy lejos de adivinar todo el provecho que podría sacarse de una joven tan agraciada, aunque fuese gigantea.

Pero un día la hija del rey sacó á Hassán de la jaula para limpiarle y cambiarle de ropa. Y cuando le hubo desnudado, vió ¡oh prodigioso descubrimiento! que no estaba del todo desprovisto de lo que tenían los gigantes de su padre, por más que, en proporción, fuese aquello extremadamente diminuto. Y pensó: «¡Por Alah, que es la primera vez que veo un pájaro con estas cosas!» Y empezó á manosear á Hassán, y á darle vueltas y más vueltas en todos sentidos, maravillándose de lo que por instantes iba descubriendo en él. Y en sus manos Hassán parecía exactamente un gorrión entre las manos del cazador. Y al ver que entre sus ma-

nos el cohombro se convertía en calabacino, la joven giganta se echó á reír de tal manera, que se cayó de lado. Y exclamó: «¡Qué pájaro más asombroso! ¡Canta como los pájaros, y se porta con las mujeres tan cumplidamente como los hombres gigantes!» Y como quería devolverle cumplimiento por cumplimiento, le oprimió contra ella, y se puso á acariciarle por todas partes, cual si fuese un hombre de veras, haciéndole mil proposiciones, aunque no con palabras, pues un pájaro no podría entenderlas, sino con gestos y hechos, de modo que el pájaro hubo de portarse con ella absolutamente como un gorrión con su gorriona. ¡Y desde aquel momento Hassán se convirtió en el gorrión de la hija del rey!

¡Pero, á pesar de verse agasajado y mimado y acariciado cual un pájaro, y á despecho de lo que experimentaba entre las suntuosidades de la gigantesca hija del rey, y de lo que él le hacía sentir á su vez á ella, y no obstante todo el bienestar con que vivía en su jaula, donde la princesa le encerraba cada vez que había concluido su cosa con él, estaba lejos de olvidar á su esposa Esplendor, hija del rey de reyes del Gennistán, y á las islas Wak-Wak, término de su viaje, de las cuales sabía que no se encontraba muy distanciado! Y para salir de su apuro, de buena gana hubiera hecho uso del tambor mágico y del mechón de pelos; pero, al cambiarle de ropa, la hija del rey de los gigantes le había dejado sin los objetos preciosos; y por más

que los reclamaba por señas y con todos los gestos que se hacen en árabe, no comprendía ella lo que él le pedía, y siempre creía que deseaba la copulación. Con lo cual, cada vez que pedía el tambor, se le respondía con una copulación, y cada vez que reclamaba el mechón de pelos, tenía que efectuar una copulación; sucedió aquello tantas y tantas veces, en verdad, que al cabo de algunos días se quedó el joven en un estado á ningún otro parecido, y ya no se atrevía á hacer un gesto ni la menor seña por temor á la respuesta en acción de la terrible gigantea.

¡Eso fué todo! Y la situación de Hassán no cambiaba; y él se desmejoraba y palidecía en su jaula, sin saber qué partido tomar, cuando un día la gigantea, después de caricias más multiplicadas que de ordinario, se adormeció teniéndole oprimido contra ella, y le dejó escaparse. Y al punto precipitóse Hassán al cofre donde estaban sus antiguos efectos, y cogió el mechón de barba, del que hubo de quemar algunos pelos, llamando con el pensamiento al jeique Ali Padre-de-las-Plumas. Y he aquí que...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 605.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Y al punto precipitóse Hassán al cofre donde estaban sus antiguos efectos, y cogió el mechón de barba, del que hubo de quemar algunos pelos, llamando con el pensamiento al jeique Alí Padre-de-las-Plumas. Y he aquí que retembló el palacio, y de debajo de tierra surgió el jeique vestido de negro ante Hassán, que se arrojó á sus plantas. Y le preguntó el jeique: «¿Qué quieres, Hassán?» Y el joven le dijo: «¡Por favor, no hagas ruido, que va á despertarse! ¡Y entonces me verá entre sus manos obligado sin remedio á hacer de pájaro!» Y le mostró con el dedo á la gigante dormida. Entonces el jeique le cogió de la mano, y en virtud de su poder oculto, le condujo fuera del palacio. Luego le dijo: «Cuéntame qué te ha sucedido.» Y Hassán le contó cuanto había hecho desde su llegada á la tierra del alcanfor blanco, y añadió: «¡Y por Alah, que si hubiese estado un día más junto á esa gigante, se me habría salido el alma por la nariz!» Y le dijo el jeique: «¡Ya te previne, sin embargo, de lo que tendrías que sufrir! ¡Pero todo eso sólo es el principio! ¡Y además, tengo que decirte, ¡oh hijo mío! por si te decides á volver sobre tus pasos, que



en las islas Wak-Wak no surtirá ya efecto la virtud de mis pelos, y te verás abandonado á tus propios recursos!» Y dijo Hassán: «¡A pesar de todo, es preciso que vaya en busca de mi esposa! ¡Y todavía me queda este tambor mágico, que en caso de peligro podrá servirme para sacarme de apuros!» Y el jeique Alí miró el tambor, y dijo: «¡Oh! ¡lo reconozco! ¡Es el que pertenecía á Bahram el Gauro, uno de mis antiguos discípulos, el único que ha dejado de seguir la vía de Alah! ¡Pero ¡oh Hassán! has de saber que tampoco ese tambor podrá servirte en las islas Wak-Wak, donde se deshacen todos los encantamientos, y donde los genios que habitan la isla no obedecen mas que á su rey!» Y dijo Hassán: «¡El que ha de vivir diez años no morirá en el año noveno! ¡Si mi destino es morir en esas islas, no tengo en ello inconveniente! ¡Te suplico, pues, ¡oh venerable jeique de los jeiques! que me digas el camino que debo seguir para ir allá!» Y entonces el jeique Alí, por toda respuesta, le cogió de la mano, y le dijo: «¡Cierra los ojos y ábrelos!» Y Hassán cerró los ojos para abrirlos un instante después. Y había desaparecido todo, lo mismo el jeique Padre-de-las-Plumas que el palacio de la hija del rey y que la tierra de alcanfor blanco. Y se vió en la playa de una isla cuyos guijarros eran piedras preciosas de distintos colores. Y no sabía él si por fin había llegado á las islas tan deseadas.

Pero apenas había tenido tiempo de echar una

ojeada á la derecha y otra ojeada á la izquierda, cuando de pronto cayeron sobre él bandadas de pájaros blancos muy grandes, salidos de los guijarros marinos y de la espuma de las olas y que cubrieron el cielo con una nube densa y baja. Y el vuelo enemigo avanzó contra él en remolinos, con un estrépito de picos amenazadores y de alas agitadas; y al mismo tiempo lanzaron todos los gatzates aéreos un grito ronco, mil veces repetido, en el cual Hassán reconoció por fin las sílabas Wak-Wak que daban nombre á las islas. Entonces comprendió que había llegado á aquellas tierras prohibidas, y que las aves de allí le consideraban como un intruso y trataban de rechazarle hacia el mar. Y Hassán corrió á refugiarse en una cabaña que se erguía no lejos de allí, y se puso á reflexionar acerca de las circunstancias.

De improviso oyó gemir la tierra y la sintió tamblar bajo sus pies; y escuchó, reteniendo la respiración, y en lontananza vió espesarse otra nube, de la que poco á poco surgieron al sol puntas de lanzas y de cascos y brillaron armaduras. ¡Las Amazonas! ¿Adónde huir? Y el galope furioso se aproximó en un abrir y cerrar de ojos, rápido cual el granizo que cae, cual el relámpago que brilla. Y ante él aparecieron, formadas en cuadro movable y formidable, guerreras montadas en yeguas leonadas como el oro puro, de cola larga, de jarretes vigorosos, con las riendas altas y libres, más veloces que el viento del Norte cuando sopla con violencia.

por el lado del mar tempestuoso. Y cada una de aquellas guerreras, armadas para el combate, llevaba al costado un sable pesado, una larga lanza en una mano y en la otra una porción de armas, que asustaban al verlas; y con sus muslos oprimían cuatro jabalinas que mostraban sus cabezas espantables.

Pero, no bien aquellas guerreras divisaron al audaz Hassán de pie en el umbral de la cabaña, pararon en seco sus yeguas encabritadas. Y al dar en el suelo toda la masa de cascos hizo volar por el cielo los guijarros de la playa y se hundió profundamente en la arena. Y los nasales dilatados de los animales palpitantes se estremecían al mismo tiempo que las aletas de la nariz de las jóvenes guerreras; y las caras descubiertas bajo los yelmos de viseras altas eran hermosas como lunas; y las grupas redondas y pesadas se juntaban y confundían con las grupas leonadas de las yeguas. Y las lenguas cabelleras, morenas, rubias, leonadas y negras, se mezclaban ondulantes con las colas y las crines. Y las cabezadas de metal y las corazas de esmeralda refulgían al sol cual inmensas joyas y flameaban sin consumirse.

Pero entonces, de en medio de aquel cuadro de luz, se adelantó una amazona más alta que todas las demás...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 606.ª NOCHE**

Ella dijo:

...Pero entonces, de en medio de aquel cuadro de luz, se adelantó una amazona más alta que todas las demás, cuyo rostro no estaba descubierto bajo el yelmo, sino completamente oculto con la visera calada, y cuyo pecho de senos firmes relucía bajo la protección de una cota de mallas de oro más apretadas que las alas de las langostas. Y detuvo bruscamente su yegua á algunos pasos de Hassán. Y Hassán, sin saber si sería para él hostil ú hospitalaria, comenzó por hundir ante ella la frente en el polvo, levantando luego la cabeza, y diciéndole: «¡Oh soberana mía! ¡soy un extranjero á quien el Destino ha conducido á esta tierra, y me pongo bajo la protección de Alah y bajo tu salvaguardia! ¡No me rechaces, oh soberana mía! ¡ten piedad del desdichado que va en busca de su esposa y de sus hijos!»

Al oír estas palabras de Hassán, la jinete se apeó de su caballo, y volviéndose hacia sus guerreras, las despidió con un gesto. Y acercóse á Hassán, que al punto hubo de besarle pies y manos y se llevó á la frente el borde de su manto. Y ella le examinó con atención; luego, levantándose la

visera, se mostró á él al descubierto. Y al verla, Hassán lanzó un grito horrible y retrocedió espantado; porque, en lugar de una joven tan bella, por lo menos, como las guerreras adolescentes que acababa de ver, tenía ante sí una vieja de feo aspecto, que poseía una nariz tan gorda cual una berenjena, cejas atravesadas, mejillas arrugadas y flácidas, ojos que se injuriaban uno á otro, y en cada uno de los nueve ángulos de su cara, una calamidad. ¡Con lo cual se asemejaba del todo á un cerdo. Así es que Hassán, para no verse obligado á mirar por más tiempo aquel rostro, se tapó los ojos con la orla de su vestido. Y la vieja tomó este gesto por una gran prueba de respeto, persuadiéndose de que Hassán sólo lo hacía para no parecer insolente si la miraba cara á cara; y quedó en extremo conmovida por aquella muestra de respeto, y le dijo: «¡Oh extranjero, calma tu inquietud! ¡Desde este momento estás bajo mi protección! ¡Y te prometo mi auxilio en cuanto necesites!» Luego añadió: «¡Pero, ante todo, es preciso que nadie te vea en esta isla! ¡Y á ese fin, aunque estoy impaciente por conocer tu historia, voy á correr á traerte los efectos indispensables para disfrazarte de amazona, con objeto de que en lo sucesivo no se te pueda distinguir entre las jóvenes guerreras vírgenes, guardias del rey y de las hijas del rey!» Y se marchó para volver al cabo de algunos instantes con una coraza, un sable, una lanza, un casco y otras armas en un todo semejantes á las que llevaban

las amazonas. Y se las dió á Hassán, que cubrióse con ellas. Entonces le cogió de la mano y le condujo á una roca que se alzaba á orillas del mar, y sentándose allá con él, le dijo: «¡Ahora ¡oh extranjero! date prisa á contarme la causa que te ha impulsado hasta estas islas, que ningún adamita se atrevió á abordar antes que tú!» Y después de haberle dado las gracias por sus bondades, Hassán contestó: «¡Oh mi señora! ¡mi historia es la de un desdichado que ha perdido el único bien que poseía, y recorre la tierra con la esperanza de encontrarlo!» Y le contó sus aventuras sin omitir un detalle. Y la vieja amazona le preguntó: «¿Y cómo se llama la joven esposa tuya, y cómo se llaman tus hijos?» Él dijo: «¡En mi país mis hijos se llamaban Nasser y Manssur, y mi esposa se llamaba Esplendor! ¡Pero ignoro el nombre que llevan en el país de los genn!» Y acabando de hablar, Hassán se echó á llorar, vertiendo abundantes lágrimas.

Cuando la vieja hubo oído la historia de Hassán y hubo visto su dolor, quedó completamente conquistada por la compasión, y le dijo: «Te juro, ¡oh Hassán! que no se interesaría por su hijo una madre más de lo que yo quiero interesarme por tu suerte. Y puesto que dices que acaso se encuentre tu esposa en medio de mis amazonas, mañana te las haré ver desnudas á todas en el mar. Y después haré que desfilen una por una delante de ti, para que me digas si entre ellas reconoces á tu esposa.»

Así habló la vieja Madre-de-las-Lanzas á Hassán Al-Bassri. Y le tranquilizó, afirmándole que, por medio de aquella estratagema, no dejarían de descubrir á la joven Esplendor. Y pasó con él aquel día, y le paseó por la isla, haciéndole admirar todas sus maravillas. Y acabó por quererle con un cariño grande, y le decía: «¡Cálmate, hijo mío! ¡Te he puesto en mis ojos! ¡Y aunque para tu placer me pidieras á todas mis guerreras, que son jóvenes vírgenes, te las daría de todo corazón amistoso!» Y le contestaba Hassán: «¡Oh mi señora! ¡Por Alah que no te abandonaré hasta que mi alma me abandone!»

Y he aquí que al día siguiente, conforme con su promesa, la vieja Madre-de-las-Lanzas se puso á la cabeza de sus guerreras al son de los tambores. Y disfrazado de amazona, hallábase sentado Hassán en la roca que dominaba el mar. ¡Y de tal modo asemejábase á alguna hija entre las hijas de los reyes!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 607.^a NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que al día siguiente, conforme con su promesa, la vieja Madre-de-las-Lanzas se puso á la cabeza de sus guerreras al son de los tambores. Y disfrazado de amazona, hallábase sentado Hassán en la roca que dominaba el mar. ¡Y de tal modo asemejábase á alguna hija entre las hijas de los reyes!

Entretanto, las jóvenes guerreras se apeaban de sus caballos á una señal de la vieja Madre-de-las-Lanzas que mandaba en ellas, desembarazándose de sus armas y de sus corazas. Y surgieron derechas como husos y brillantes ¡oh delirio de lises y de rosas! cual los lises surgen de sus hojas y las rosas de sus espinas. Y blancas y ligeras, se metieron en el mar. Y la espuma mezclóse con sus cabelleras libres y retorcidas ó peinadas y enhiestas como torres. Y las protuberancias de las olas se confundían con las protuberancias de sus grupas vírgenes. Y se creerían corolas deshojadas sobre el agua.

Pero entre tantos rostros de luna y talles flexibles, entre tantos ojos negros y dientes blancos, entre tantas cabelleras de colores distintos y gru-

pas de bendición, por más que miró Hassán no reconoció la incomparable belleza de su bienamada Esplendor. Y dijo á la vieja: «¡Oh mi buena madre, no está Esplendor entre ellas!» Y contestó la anciana amazona: «¿Quién sabe, hijo mío? ¡Quizá la distancia no te permita enterarte bien!» Y dió una palmada, y salieron del agua todas las jóvenes y fueron á ponerse en fila sobre la arena, húmedas de pedrerías aún. Y una tras otra, flexibles y ondulantes, pasaron por delante de la roca en que estaba Hassán con la Madre-de-las-Lanzas, sin llevar encima de sí, por toda armadura, mas que sus cabellos esparcidos por la espalda, y ataviadas solamente con las joyas de su carne desnuda.

¡A la sazón, ¡oh Hassán! fué cuando viste lo que viste! ¡Oh conejos de todos los colores y de todas las variedades entre los muslos de aquellas jóvenes hijas de reyes! Estabais gordos, erais redondos, estabais rollizos, erais blancos, erais cual cúpulas, erais grandes, erais abovedados, erais altos, erais estrechos, erais abombados, estabais cerrados, estabais intactos, erais cual tronos, erais cual sargos, erais pesados, erais morrudos, erais mudos, erais cual nidos, estabais sin orejas, erais cálidos, erais cual tiendas, estabais pelados, teníais hocicos, erais sordos, estabais escondidos, erais pequeños, estabais hendidos, erais sensibles, erais cual golfos marinos, estabais secos, erais excelentes; pero de ningún modo podíais compararos con la historia de Esplendor.

Así es que Hassán dejó pasar á todas las jóvenes, y dijo á la anciana Madre-de-las-Lanzas: «¡Oh mi señora! ¡por tu vida sobre mí, que no hay entre todas esas jóvenes ni una sola que de cerca ó de lejos se parezca á Esplendor!» Y la vieja guerrera le dijo, asombrada: «¡Entonces, ¡oh Hassán! después de todas las que viste, no quedan mas que las siete hijas de nuestro rey! ¡Te ruego, pues, que me des algunas señas por las cuales pueda yo reconocer á tu esposa cuando llegue la ocasión, y describemela con sus particularidades! ¡Y retendré tu descripción en la memoria, é informada de ese modo, no dejaré de encontrar á la que desees!» Y Hassán contestó: «Describirtela ¡oh mi señora! es morir de impotencia; porque ninguna lengua sabría expresar todas sus perfecciones. Pero quiero darte una idea aproximada. Tiene ¡oh mi señora! un rostro tan blanco cual un día de bendición; una cintura tan fina, que el sol no lograría alargar su sombra en el suelo; una cabellera negra y larga, que cae sobre su espalda como la noche sobre el día; unos senos que agujerean las telas más duras; una lengua cual la de las abejas; una saliva como el agua de la fuente Salsabil; unos ojos como el manantial de Kausar; una fragilidad de rama de jazmín; unos dientes cual granizos; un grano de belleza en la mejilla derecha y un antojo en el ombligo; una boca cual una cornalina, que bebe en copa y jarro; mejillas cual anémonas de Nemán; un vientre elástico y deslumbrador, tan es-

pacioso y tan blanco como una tina de mármol; una grupa más sólida y mejor construída que la cúpula del templo de Iram; unos muslos vaciados en el molde de la perfección, tan dulces como los días de la reunión tras de la ausencia amarga, entre los cuales se asienta el trono del califa, santuario del reposo y de la embriaguez, y cuyo logogrifo lo describió el poeta así:

¡Mi nombre, objeto de tantos desvelos, se compone de dos letras famosas! ¡Multiplicad cuatro por cinco y seis por diez, y lo obtendréis (1).

Y cuando hubo dicho estas palabras, Hassán no pudo reprimir por más tiempo sus lágrimas, y se echó á llorar. Luego exclamó: «Mi tormento ¡oh Esplendor! es tan amargo como el tormento del derviche que ha perdido su escudilla, ó el sufrimiento del peregrino que tiene una herida en el talón, ó el dolor del amputado que se ve sin piernas y sin brazos!»

Cuando la anciana amazona hubo oído todo aquello, bajó la cabeza durante un momento, sumida en profunda reflexión, y luego dijo á Hassán: «¡Qué calamidad, ¡oh Hassán! ¡Te perderás sin remedio y me perderás contigo! Porque la joven que acabas de describirme es sin duda una de las siete

(1) La palabra árabe *Koss* (el *Kussos* de los griegos) se compone de dos letras, la primera de las cuales, la *kaf*, se representa por 20, y la segunda, la *sin*, por 60.

hijas de nuestro poderoso rey. ¡Qué propósito abrigas y cuán loca es tu audacia! ¡Entre tú y ella hay la distancia que entre la tierra y el cielo, y si persistes en tu deseo, correrás á tu perdición! ¡Escúchame, pues, Hassán! ¡Renuncia á ese proyecto temerario y no te expongas á rendir tu alma!...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 608.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...¡Escúchame, pues, Hassán! ¡Renuncia á ese proyecto temerario y no te expongas á rendir tu alma!» Al oír estas palabras de la vieja, Hassán quedóse tan turbado, que se cayó desvanecido; y cuando volvió en sí, lloró tan amargamente, que se le inundaron de lágrimas las vestiduras, y en el límite de la desesperación, exclamó: «¡Así, pues, ¡oh mi caritativa tía! es preciso que me vuelva desesperado, después de haber venido de tan lejos, y en el momento en que estoy próximo á conseguir mi propósito! ¿Cómo, tras las seguridades que me diste, iba yo á dudar del éxito de mi empresa y del alcance de tu poder? ¿No eres tú quien manda en las tropas de las Siete Islas, y para quien no

es imposible ninguna hazaña de este género?» Ella contestó: «¡Sí, por cierto, hijo mío, tengo mucho ascendiente sobre mis tropas y sobre cada una en particular de las amazonas que las componen! ¡Por eso, para apartarte de tu proyecto insensato, quiero que escojas entre todas estas jóvenes guerreras la que más te guste, y te la daré en vez de tu esposa! ¡Y después regresarás con ella á tu país, y estarás al abrigo de la venganza de nuestro rey! ¡De no hacerlo así, son inevitables mi pérdida y la tuya!» Pero á este consejo de la vieja, Hassán sólo contestó con nuevas lágrimas y nuevos sollozos. Y conmovida ante el exceso de su dolor, la vieja le dijo: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh Hassán! ¿qué más quieres que haga en favor tuyo? ¡Si llega á descubrirse que te he dejado arribar á nuestras islas, no me pertenecerá mi alma!» Y exclamó Hassán: «¡Por Alah, ¡oh mi señora! te aseguro que no he mirado de manera inconveniente á esas jóvenes, ni he prestado mucha atención á su desnudez!» Y dijo la vieja: «¡Pues precisamente has hecho mal, ¡oh Hassán! porque en toda tu vida volverás á disfrutar de un espectáculo semejante! ¡De todos modos, si no te incita ninguna de esas vírgenes á decidarte á regresar á tu país y á poner así en salvo tu alma, te cargaré de riquezas y productos preciosos de nuestras islas, y te colmaré de bienes que te harán rico y dichoso para el resto de tus días!» Pero Hassán se precipitó á los pies de la vieja, le abrazó las rodillas, y le dijo llorando: «¡Oh bien-

hechora mía! ¡oh pupila de mis ojos! ¡oh soberana mía! ¿cómo voy á regresar á mi país después de haber sufrido tantas fatigas y afrontado tantos peligros? ¿Cómo podría dejar esta isla sin haber visto á la bienamada cuyo amor me condujo aquí? ¡Ah! ¡piensa ¡oh mi señora! que quizá sea la voluntad del Destino que yo encuentre á mi esposa tras de todos los sufrimientos que hube de soportar!» Y cuando dijo estas palabras, Hassán no pudo reprimir el impulso de su alma, é improvisó estas estrofas:

¡Oh reina de la belleza! ¡Ten piedad del prisionero de dos pupilas que subyugaron á los reyes de los Khosroes!

¡Ni las rosas, ni los nardos, ni las esencias aromáticas podrían sustituir con sus virtudes aromáticas á tu aliento!

¡La brisa de las llanuras del Paraiso se detiene en tus cabellos para perfumar á los felices que la respiran!

¡Las Pléyades que brillan por la noche toman de tus ojos su claridad, y los astros nocturnos son los únicos dignos de servir de collar á tu garganta, ¡oh blanca joven!

Cuando la anciana amazona oyó estos versos de Hassán, vió que verdaderamente sería cruel arrebatarse para siempre la esperanza de volver á ver á su esposa, y se compadeció de su dolor, y

le dijo: «Hijo mío, aleja de tu pensamiento la aflicción y la desesperación. ¡Porque ya estoy en absoluto decidida á intentarlo todo para devolverte á tu esposa!» Luego añadió: «Al instante voy á empezar á trabajar en favor tuyo con toda mi alma, ¡oh pobre! ¡Porque bien veo que el enamorado carece de oído y de entendimiento! Te dejo, pues, para ir al palacio de la reina de esta isla en que nos encontramos, que es una de las siete islas Wak-Wak. Porque es preciso que sepas que cada una de estas siete islas está habitada y gobernada por una de las siete hijas de nuestro rey, las cuales son hermanas del mismo padre, pero no de la misma madre. Y la que aquí nos gobierna es la mayor de las hermanas, y se llama la princesa Nur Al-Huda. Y voy en su busca para hablarle en favor tuyo. ¡Calma, pues, tu alma, refresca tus ojos y espera mi vuelta con el corazón tranquilo!» Y se despidió de él y se dirigió al palacio de la princesa Nur Al-Huda.

Llegada que fué á presencia de la princesa, la vieja amazona, que era respetada y querida por las hijas del rey y por el propio rey, á causa de su sabiduría y de la educación y los cuidados que había dado y tenido con las jóvenes princesas, se inclinó y besó la tierra entre las manos de Nur Al-Huda. Y al punto levantóse la princesa en honor suyo, y la besó y la hizo sentarse á su lado, y le dijo: «¡Inschalah! ¡Ojalá sean de buen presagio las nuevas que me traes! ¡Y si tienes que hacer-

me alguna petición ó pedirme algún favor, habla! ¡Heme aquí escuchándote atenta!»...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 609.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...habla! ¡Heme aquí escuchándote atenta!»
La vieja Madre-de-las-Lanzas contestó: «¡Oh reina del siglo y del tiempo! ¡oh hija mía! vengo á ti para anunciarte un acontecimiento extraordinario que espero te sirva de distracción y de diversión. Has de saber, en efecto, que he encontrado tendido en la playa de nuestra isla á un joven de belleza maravillosa que lloraba con amargura. ¡Y como le interrogara acerca de su estancia allí, me contestó que su destino habíale arrojado á nuestras costas cuando iba en busca de su esposa! ¡Y como yo le rogara que me dijese quién era su esposa, me hizo de ella una descripción que hubo de sumirme en una gran emoción, á causa tuya y á causa de tus hermanas las demás princesas! ¡Y para decir toda la verdad, debo revelarte ¡oh reina mía! que jamás vieron mis ojos entre los genn y los efrits un joven tan hermoso como aquel!»

Cuando la princesa Nur Al-Huda hubo oído estas palabras de la vieja, montó en una cólera terrible, y gritó á la anciana amazona: «¡Oh vieja de maldición! ¡oh hija de los mil cornudos de la infamia! ¿cómo te has atrevido á introducir á un varón en medio de nuestras vírgenes, en nuestros dominios? ¡Ah! ¡vástago de impudicia! ¿quién me dará á beber un buche de tu sangre, ó á comer un bocado de tu carne?» Y la anciana guerrera se puso á temblar como una caña en medio de la tempestad, y cayó á las plantas de la princesa, que hubo de gritarle: «¿Es que no temes el castigo que atraerán sobre tí mi venganza y mi enojo? ¡Por la cabeza de mi padre, el gran rey de los genn, que no sé qué me retiene en este momento para no hacer que te corten en pedazos, á fin de que en el porvenir sirvas de escarmiento á los guías de infamia que quieran introducir en nuestras islas viajeros!» Luego añadió: «¡Pero, ante todo, date prisa á ir en busca de ese adamita temerario que ha osado violar nuestras fronteras!» Y levantóse la vieja, sin saber ya en su terror distinguir su mano derecha de su mano izquierda, y salió para ir en busca de Hassán. Y pensaba: «¡Esta afrentosa calamidad que Alah me envía por mediación de la reina me ha sido suscitada sólo por culpa de ese joven Hassán! ¿Por qué no le obligué á abandonar esta isla y á dejarnos ver la anchura de su espalda?» Y llegó de tal suerte al paraje en que se hallaba Hassán, y le dijo en cuanto le divisó: «Levántate, ¡oh tú, cuyo tér-

mino final está próximo! ¡Y ven á ver á la reina, que tiene que hablarte!» Y Hassán siguió á la vieja, diciendo: «¡Ya salam! ¿En qué abismo voy á ser precipitado?» Y de aquella manera llegó al palacio, entre las manos de la princesa. Y le recibió ella sentada en su trono y con el rostro enteramente cubierto por su velo. Y Hassán no encontró nada mejor que hacer en tan penosa circunstancia que empezar por besar la tierra ante el trono, y después de la zalema dirigir un cumplimiento en verso á la princesa. Entonces se encaró ella con la anciana y le hizo una seña que significaba: «¡Interrógale!» Y la anciana dijo á Hassán: «Nuestra poderosa reina te devuelve la zalema y te pregunta cuál es el nombre de tu esposa y cuál es el nombre de tus hijos.» Y ayudado por el Destino, contestó Hassán, encarándose con la princesa: «Reina del universo, soberana del siglo y del tiempo, ¡oh única de la época y de las edades! por lo que respecta á mi miserable nombre, sabe que me llamo Hassán el atribulado. Pero respecto al nombre de mi esposa, lo ignoro. En cuanto á mis hijos, uno se llama Nasser y otro Manssur.» La reina le preguntó por mediación de la anciana: «¿Y por qué te ha dejado tu esposa?» Él dijo: «¡Por Alah, que no lo sé! ¡Pero debió hacerlo á pesar suyo!» La reina le preguntó: «¿De dónde se marchó? ¿Y cómo?» Él dijo: «¡Se marchó de Bagdad, del propio palacio del califa Harún Al-Rachid, Emir de los Creyentes! ¡Y le bastó ponerse su manto de

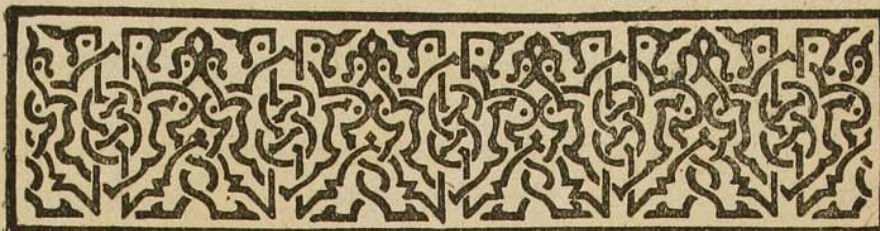
plumas y elevarse por los aires!» La reina preguntó: «¿Y no te dijo nada al marcharse?» Él contestó: «Dijo á mi madre: «¡Si tu hijo, torturado por el dolor de mi ausencia, quiere algún día encontrarme, no tendrá mas que ir en busca mía á las islas Wak-Wak! Y ahora, adiós, ¡oh madre de Hassán! ¡En verdad que me aflige mucho tener que marcharme así, y me entristezco con toda el alma, pues los días de la separación le desgarrarán el corazón y ennegrecerán nuestra vida; pero ¡ay, que ya no puedo más! ¡Siento que invade mi alma la embriaguez del aire, y es preciso que tienda el vuelo por el espacio!» ¡Así habló mi esposa! ¡Y tendió el vuelo! ¡Y desde ese instante es negro el mundo ante mis ojos y en mi pecho habita la desolación!» La princesa Nur Al-Huda contestó, meneando la cabeza: «¡Por Alah! ¡sin duda que, si tu esposa no quisiera verte más no habría revelado á tu madre el paraje en que se hallaba! ¡Pero, por otra parte, si te amase verdaderamente, no te habría abandonado así!» Entonces juró Hassán con los más firmes juramentos que su esposa le amaba verdaderamente, que le había dado mil pruebas de su afecto y de su abnegación, pero que no pudo resistir á la tentación del aire y la de su instinto original, que era el vuelo de las aves. Y añadió: «¡Oh reina, ya te he contado mi triste historia! ¡Y heme aquí ante ti, suplicando de tu clemencia que me perdones este paso audaz, y me ayudes á buscar á mi esposa y á mis hijos!

¡Por Alah sobre ti, ¡oh soberana mía! no me rechaces!»

Cuando la princesa Nur Al-Huda hubo oído estas palabras de Hassán, reflexionó durante una hora de tiempo; luego levantó la cabeza, y dijo á Hassán: «¡Por más que reflexiono acerca del género de suplicio que mereces, no encuentro mas que uno suficiente para castigar tu temeridad!» Entonces, aunque muy aterrada, la vieja se arrojó á los pies de su ama, y le cogió la orla de su vestido, cubriéndose con ella la cabeza, y le dijo: «¡Oh gran reina!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.





INDICE

	<u>Páginas</u>
HISTORIA DE CALIFA Y DEL CALIFA.. . . .	7-95
Empieza al final de la 554. ^a noche y termina al prin- cipiar la 576. ^a noche.	
LAS AVENTURAS DE HASSÁN AL BASSRI. . . .	97-239
Empieza en la 576. ^a noche y prosigue en este tomo hasta la 609. ^a noche.	



Editorial PROMETEO.--Llorca y C.^a S.^a L.^a Apartado 130, VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. 5 ptas. vol.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. 5 ptas. vol.—**ARTÍCULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.

La vuelta al mundo, de un novelista. (3 tomos). 15 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkin, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Marguerite, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo. 25 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Ilíada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—ESQUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESÍODO. 1 t.—EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARISTÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 2 t.—FEDRO: *Fábulas*.—SYRO: *Sentencias*. 1 t.—CICERÓN: *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—ARISTÓTELES: *La política*. 1 t.—LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.—CERVANTES: *Teatro selecto*. 1 t.—VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—GUILLERMO DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.—CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Victor Hugo, etcétera.—2 ptas. vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.

Pídanse Catálogos especiales de estas obras y Bibliotecas

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)